

ÁNGEL GANIVET

EPISTOLARIO



MADRID
BIBLIOTECA NACIONAL Y EXTRANJERA
LEONARDO WILLIAMS, EDITOR
LISTA, NÚM. 8
1904

EPISTOLARIO

ÁNGEL GANIVET

EPISTOLARIO



MADRID
BIBLIOTECA NACIONAL Y EXTRANJERA
LEONARDO WILLIAMS, EDITOR
LISTA, NÚM. 8
1904

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCHIVOS, OLID, 8, MADRID

PRÓLOGO

Publico en este libro una parte de las cartas que me escribió mi inmortal y desventurado amigo Angel Ganivet. Con las restantes que poseo podrán formarse aún ocho ó diez series como la presente.

Para formar este libro, no se ha hecho selección ninguna; sencillamente, se han sacado unas cuantas cartas del legajo en que se contienen todas, y sólo se ha dejado de imprimir la parte de ellas que, por referirse á sucesos familiares, no ofrece interés para el público.

En realidad este volumen no es más que una muestra de lo que será el Epistolario completo *de Ganivet, obra incomparable, en la cual se contiene lo más íntimo y lo mejor del alma del grande hombre desconocido.*

Bueno sería explicar al público algo de la vida de Ganivet. Me creo obligado á hacerlo, pero no en un prólogo, sino en un libro largo. Para satisfacer la necesidad que hay de prólogo en toda colección de cartas íntimas, copio á continuación unas cuartillas leídas por mí en el Ateneo de Madrid al comenzar la velada con que, en el curso actual, se conmemoró el aniversario de la muerte de Angel Ganivet.

Esas cuartillas dicen así:

«Voy á contaros, en las menos palabras que pueda, una historia rara y maravillosa: la vida de un hombre bueno, de un hombre sabio, de un hombre humano, de un hombre libre. Vo-

ces más elocuentes que la mía loarán sus obras escritas, ensalzarán la grandeza de su pensamiento, reflejarán el aleteo de su inspiración y os dirán cómo si existe una España joven, robusta, pensadora, valiente y capaz de redimirse por los hechos y por las obras del espíritu, el alma de esa España debe identificarse con el alma de Angel Ganivet, el filósofo, el poeta, el patriota, el inmortal.

Yo, señores, fuí el amigo más íntimo de aquel grande hombre, y lo digo con la orgullosa humildad ó con la altiva modestia con que el pobre pegujalero de la Mancha, nuestro sabio amigo Sancho, cuando llegase á viejo y oyera hablar de su amo el caballero de los Leones, diría llenándosele la boca de amargura y de lágrimas los ojos:—¡Yo fuí su escudero!...—Obligación de piedad fraternal cumplo hoy hablándoos tanto cuanto la emoción me lo permita de aquél que al llamarme hermano suyo, me concedió la más alta honra que de hombre alguno pienso recibir. Yo ví de cerca nacer su alma grandiosa, la ví ensancharse, crecer, tocar al cielo, perderse en la penumbra de lo desconocido, en aquella sombra de sombras que llamamos... no sé cómo, locura, insania, amencia, muerte.

Nueve años duró nuestra estrechísima convivencia, nuestra íntima comunión, que tengo la dicha de poder renovar á toda hora, pues casi siempre estuvimos separados por centenares de leguas, y nuestra comunicación fué epistolar, siendo las cartas que me escribió tan extensas, frecuentes y numerosas, que impresas formarían unos cuantos volúmenes, y reconstituirían á los ojos de los lectores el panorama de una existencia consagrada al recto pensar y al honrado sentir, de una existencia cuajada de bondad pura y compacta como tabla de mármol blanco, sin veta de egoísmo ni de bajeza. La noble biografía, mejor diré, psicografía que en sus páginas trazó Ganivet, escribiendo al hilo del pensar, con la libertad de quien habla á una tumba, es deber mío publicarla, y no esperéis que cometa la profanación de intentar resumir en cuatro desmayadas cuartillas lo que debe ser leído en toda su integridad y con devoto y silencioso recogimiento. Tampoco sería posible, ni oportuno siquiera, querer hacer pasar por este ambiente, en pocos minutos, nueve años de vida fecundísima á cuya intensidad ningún otro hombre de estos tiempos últimos ha llegado. Acerca de estos grandes espíritus, que en sus obras se han en-

tregado y ofrecido por completo á quien los leyere, como sucede con Miguel de Montaigne, con Ángel Ganivet..., y creo que con nadie más, no es factible escribir menos ni mejor de lo que escribieron ellos mismos, porque hombres de tan alto linaje y de tan gigantesca talla, sin querer, comunican su grandeza aun á los actos vulgares é íntimos de la vida y dan importancia y dignidad á cuanto palpan. Y así como, por ejemplo, en el divino poema homérico, Agamemnón, el augusto monarca despedaza una ternera sin perder ni un punto la nobleza mayestática de su continente, de igual modo, en ocasión memorable, alguien que nos oye y yo vimos á nuestro inmortal amigo, el autor del *Idearium español*, cortar, aderezar y guisar con sus propias manos la carne que había comprado para el almuerzo... y hacer esto, que no había hecho nunca hasta entonces, con la misma nobleza, gracia y aplomo con que ya en aquella época adobaba y componía la prosa castellana, por él llevada al extremo de la jugosidad y de la vibración. Es decir, que para él no había pequeñeces y nimiedades... ó el mundo entero era una nimiedad. Era un hombre completo, como el pan bueno y sano: con su harina y su salvado

y su acemite; todo era sustancioso en él, todo interesante.

Siendo así, bien se os alcanza lo difícil que es hacer en breves términos su biografía. Me contentaré, pues, con exponer desaliñadamente y sin orden lógico lo que se me vaya acordando para que tengáis de él una vaga idea.

Su figura y semblante... yo no sé cómo explicároslo. Sólo diré que la aventajada estatura, el imperio y prestancia del ademán, la gravedad benigna del gesto, la autoridad y proporción con que la cabeza, pequeña y bien redondeada, descollaba sobre los recios hombros y la absoluta naturalidad de todos sus andares, movimientos y posturas, imponían desde luego á quien le contemplaba por primera vez la firme convicción de que aquel hombre era un hombre único y señero, distinto y desligado en todo y por todo de los demás seres humanos: un eslabón roto de esta servil cadena que humanidad se llama: era más, mucho más que el vulgar *homo sapiens,* codeado y despreciado aquí y allá diariamente. Por eso alguien, haciéndose cargo de la extraña y profunda impresión que el mirar á Ganivet producía y de su calidad de tipo humano ó superhumano de transición, dijo que parecía un antropoide gi-

gantesco; y al decir eso daba á entender cómo era preciso colocarle más allá de los habituales linderos zoológicos: y yo tengo la evidencia de que si se le hubiese medido el cráneo, aquella caja huesosa tan bellamente modelada hubiera ofrecido un índice cefálico pasmoso, porque la desproporción que notaba quien le confundió con un antropoide era una desproporción inversa, determinada por un ángulo facial del mayor interés. No creo desvariar afirmando que era mi amigo un extraño ser, precursor de razas futuras, en las que, por virtud de no sé qué misteriosas selecciones, llegarán á condensarse calidades y partes meramente humanas con otras de tipos zoológicos más antiguos y más fuertes. Así, bajo la frente unida, alta y serena, apenas combada, brillaban en su cara los ojos, unos ojos de corriente alternativa que cuando se lanzaban sobre persona ó cosa digna de atención, la aprehendían llenos de ansia, como aprehenden los ojos del león la codiciada presa: y cuando vagaban distraídos parecían los ojos píos y llenos de ternura sobrehumana que naturaleza dió á los bueyes, fieles amigos del hombre.

Rompía la armónica serenidad del rostro una mandíbula inferior que avanzaba con in-

solente prognatismo, destacando hacia fuera los labios carnosos, de reposada comisura. Aquella quijada saliente que mucho tiempo llevó acusada aún con mayor energía por espesa sotabarba á la marinera, daba al óvalo del semblante un aire de testarudez y un aspecto de rebeldía que resultaban no muy simpáticos para la gente de poco más ó menos, pero que preocupaban á los hombres reflexivos y que arrebataban á las mujeres, reflexivas ó no. Sobre unos y otras sin querer y sin darse cuenta y sin hablar palabra, ejercía inexplicable é imperioso influjo, tal como debieron ejercerle todos los precursores y todos los Mesías. Se le escuchaba sin que él impusiera silencio, se le seguía ciegamente sin que ni sus palabras ni su gesto convidaran á ello. Cuando viajaba por España, en el tren le ocurrió muchas veces que le tomaran por viajante de comercio. El lo contaba riéndose de sí mismo, y añadía que no se explicaba por qué era esto. Y no se lo explicaba por innata modestia, pues lo que pasaba era que siendo él un hombre absolutamente natural y enteramente distinto de todos los demás de su tiempo y de su país, donde quiera que entrase ó estuviera, tren ó coche, posada ó calle, procedía con tal desembarazo é inde-

pendencia, que sus libres, alegres y sueltos modales contrastaban al punto con la hidalga é hipócrita tiesura y la necia afectación de que los españoles solemos dar muestras en cuanto nos hallamos unos en presencia de otros. Entraba y estaba en el tren *como un viajante,* porque entraba y estaba sin preocupación, sin la solemnidad propia de quien ejecuta un acto desusado, pues desusado es en los españoles de hoy el viajar, sino con toda sencillez y seguridad. Y así se hallaba en todas partes como en su casa, porque quizás el mundo entero no era demasiado ancho para casa suya: y mostrándose en él una cualidad de que presumo estará dotado el hombre más perfecto del porvenir, se adaptaba sin dificultad alguna á todos los climas y se encontraba tan á sus anchas en Sevilla en el mes de Julio como junto al círculo polar ártico en el mes de Diciembre. Y lo que le acontecía con los climas le acontecía con el ambiente físico y con la situación moral, es decir, que nada le cogía de sorpresa, y así en toda ocasión obraba como era prudente, reuniendo la sagacidad y cautela de Ulises al ímpetu y decisión de Aquiles, pues como el varón de Itaca peregrinó Ganivet por remotas naciones y en ellas habló sin dificultad sus idiomas, acep-

tó sin repugnancia sus costumbres y hasta reflejó en su rostro tan singular adaptabilidad, al punto de que en Amberes, según retrato que poseo, tenía el aspecto plácido y la traza bonachona y pachorruda de un celoso burgomaestre, y al trasladarse desde la pacífica y semiboba tierra de Flandes hasta la apartada y rebelde Finlandia, país de conjuración y de revuelta, adquirió su fisonomía no sé que expresión misteriosa, vaga y profética, ennobleciéndose y transfigurándose hasta llegar á una de las más espirituales bellezas que varón alguno haya alcanzado. Cuando vino á Madrid, de vuelta de Finlandia, en 1897, el cambio, mejor diré, el crecimiento de su personalidad había sido tan grande, que muchos no le reconocieron. Nada había ya en él de escoria humana. No andaba, ni hablaba, ni vivía como hombre. En la manera de responder, de fijarse, de marchar en una dirección, en la guisa y forma de reirse y de insinuarse advertíase ya (esto, claro está que lo notamos *a posteriori)* una completa disociación de su yo respecto del mundo entero y aun quizás respecto de sus propias sensaciones. El hombre había desaparecido, pero su alma proseguía lanzando en torno suyo los resplandores más vivos, como esos planetas tan

lejanos que su luz sigue llegando hasta nosotros y alumbrándonos y haciéndonos exultar de alegría muchos años después que ellos han muerto. ¡Oh, sí, muerto estaba ya entonces él, porque su cerebro que madrugaba para despertar á su pluma, ya tenía pensado y hecho el libro incomparable de *Los trabajos del Pío Cid*, y hasta tenía trazado su testamento en la tragedia mística *El escultor de su alma:* porque siempre tuvo y en repetidas ocasiones indicó, sin que yo; torpe y ciego de mí! le hiciera caso, el propósito de morirse CUANDO QUISIERA, y al personificarse él mismo en el conquistador Pío Cid, tuvo buen cuidado de tomar el nombre simbólico de ARIMI *el de la muerte misteriosa,* porque su pensamiento llevaba á su vida real lo menos tres años de ventaja; y ya en los últimos días de su existencia, cuando su verdadero yo andaba huyéndole, y la disociación, ¡caso terrible y cruel!, se convertía en enajenación completa, aprovechaba los pocos momentos que le quedaron de hallarse en posesión de sí mismo para escribir una página que cual depósito sagrado conservo, y en la que se ven, como á luz de relámpagos, los abismos del porvenir oscuro de la humanidad, en reducido Apocalipsis, á trechos confuso é indescifra-

ble, á ranchos lógico y claro con baconiana clareza.

Pero ya que he hablado de su rostro y figura mortal, debo deciros algo de su patria y padres, de su vida exterior y de sus hechos.

Nacido en Granada (1), ó como él decía, «espíritu destructor salido de las cuencas diluviales del Dauro», vano fuera que buscásemos antecedentes psicológicos ni etnográficos en relación con su nacimiento. El nombre de Ganivet, que en catalán, provenzal, valenciano y castellano de las Partidas significa *cuchillo*, nos dice su origen por la línea paterna: los ascendientes eran de la fortísima casta catalana-pirenáica, del lado de allá de los Pirineos.

Yo soy catalán candongo,
ingerto en godo silingo...

me decía en unos graciosísimos versos que me escribió justificando las temporadas de pereza ó letargo en que *no hacía nada* más que dejar crecer su pensamiento. Pero la candonguería que él trataba de disculpar no era sino esa calma reflexiva y meditabunda que es la mejor cualidad de los hombres del Pirineo: el silen-

(1) En 1865.

cioso esperar del cazador de gamuzas, tan contrario al desenfreno y desmandado alboroto que hoy algunos, pocos por fortuna, piensan ser carácter de aquella gente. De la misma raza provenía la naturalidad de Ganivet, su llaneza y simplicidad infantil y una fogosidad interna que raras veces se manifestaba, pero que al romper hacia afuera les parecía extravagante á los hipócritas y á los novicios en el arte de respirar aire libre.

Por parte de la madre, nos encontramos con un apellido casi puramente granadino y de rancio abolengo, *Siles*, y con otro que trasciende á castellano ricohombre, *García de Lara*. Lo castellano que en Ganivet había era tanto y tan bueno, que lo mejor de Castilla, el alma calenturienta de los místicos y el ardiente espíritu de los conquistadores parece haber prolongado las raíces vivas de su tronco muerto al través de un terreno tan fértil y sustancioso como el suyo, y haber encarnado en aquel verbo el más castizo, sano, oreado y multiforme que se escribió en el siglo XIX; porque tan español era, tan castellano de raza y de solar... que no pudo vivir en España, en esta España derrotada, desfigurada y contrahecha, y para mejor hablar y escribir su grandioso idioma, aprendió

con prodigiosa facilidad el griego, el latín, el sánscrito, el árabe, el francés, el inglés, el italiano, el alemán, el sueco y el ruso, como el gran señor que reune piedras preciosas de todos colores y clases para estimar y avalorar en más los brillantes que adora, pule y acaricia: y para mejor amar á la patria sinventura, vivió lejos de ella, horro de sus miserias y pequeñeces cotidianas, comprendiendo que lo grandioso no es amable sino contemplado de lejos, é iniciando con sus viajes y peregrinaciones esa provechosa disciplina que todos los países siguen, menos el nuestro, de conocer lo de fuera para apreciar mejor lo de casa. Por eso Ganivet, como el ingenioso hidalgo manchego, era optimista en el camino y pesimista en la posada; concebía siempre las más risueñas esperanzas al marchar, venía lleno de venturosas ilusiones al volver, y sólo al hacer asiento y morar en la casa que veía próxima á desmoronarse, caía alguna vez en triste modorra, de la que muy luego se despabilaba, no vayáis á creer que encontrándolo todo bien como Pangloss, el optimista por egoísmo y cobardía, sino como... como él solo, por generosidad y anchura de ánimo, por ese contentamiento interior, por esa robusta alegría que

heredó de su ilustre paisano y maestro Fray Luis de Granada, á quien causaba tan grande regocijo el ver trabajar á una araña como el contemplar el concorde movimiento de todos los astros del sistema solar.

En fin, de la rama granadina, por el apellido Siles declarada, tuvo principalmente dos cosas: la gracia urbana y elegante en el decir, hija de la poética decadencia de los últimos árabes españoles, con cuyo refinamiento y pulidez apenas si podrían soñar los prosaicos decadentistas bulevarderos; y el amor al agua, amor que si en todo granadino es pasión desenfrenada, en Ganivet era entusiasmo reflexivo, pindárico.—Todo esto—solía pensar contemplando el panorama que ante los bermejos torreones de la Alhambra se extiende,—todo esto lo ha hecho el agua. El seguir las subterráneas venas de las escondidas fuentes y los ignorados cursos de los ríos pequeños, era, en su opinión, una de las ocupaciones más juiciosas y dignas en que debía emplearse el hombre. El sistema de riegos de Mecina-Bombarón, en la Alpujarra, le parecía cosa mucho más sólida é importante que todos los sistemas filosóficos, y contad que él los conocía todos. Cifraba su felicidad en sentarse junto á *una fon-*

tana pura, como el otro Fray Luis, ya fuese la famosa fuente del Avellano, cuya sonora linfa cantará el nombre de Ganivet por los siglos de los siglos, ya fuese la *fuente grande* de Alfacar, que él mismo, después de haber recorrido toda Europa, proclamaba *sin rival en el mundo*. Y para que hasta en sus inclinaciones aconscientes hubiera algo de predestinación misteriosa, él que amaba al agua más que ninguna otra cosa del mundo, en el agua murió, en el agua del caudaloso Duina, triste y helada.

Referiros interesantes pormenores de su vida, que duró sólo treinta y tres años, como la de Cristo, como la de Garcilaso de la Vega, sería no acabar nunca. Lo menos importante será lo que digan los biógrafos probablemente: que Ganivet fué abogado y doctor en Filosofía y Letras, habiendo sido calificado como sobresaliente en todos los exámenes y grados; que fué, por oposición, archivero bibliotecario, y después ingresó, con el número uno, en la carrera consular, desempeñando cargos primero en Amberes, después en Helsingfors, en Finfandia y, por último, en Riga, donde murió. Todo esto no importa gran cosa ni á él mismo le interesaba. Algo más curioso es el empeño

que tuvo en ser catedrático de griego. Memorables fueron aquellas oposiciones en que Ganivet, que había empleado unos cuantos días (á veinte no llegaron) en la preparación, tuvo que luchar con un buen hombre que se había aprendido de memoria la *Iliada*, la *Odisea* y casi todos los poetas griegos, en Barcelona, dedicando á esta faena ocho ó diez años con jornada de más de ocho horas y sin descanso dominical. Claro está que el barcelonés, persona respetabilísima por otra parte, fué quien se llevó la cátedra. Y Ganivet decía:—La verdad es que no sabe el favor que me ha hecho, porque ¿cómo será posible amar á Homero teniendo que analizarle y traducirle á diario en clase? Tanto valdría estar casado con la Venus de Milo.—Y luego añadía:—¿Qué cara pondría una mujer un poco lista y espiritual que después de haberse enamorado románticamente de un hombre, y en un momento de expansión y deliquio llegase á averiguar que el objeto de sus ansias era un señor profesor de lengua griega?..

Porque á él, del mundo lo que más le preocupaba, sin duda, eran las mujeres. No sé yo cómo entrar en esta parte, la más interesante de su vida íntima, pero tan recatada y misteriosa que hubo en ella un secreto, el úni-

co secreto que me celó á mí y que fué la principal causa de la tremenda crisis que le llevó á la tumba.

Pero, en fin, diré que de la humanidad, las mujeres era lo que le parecía digno de atención. Respecto de los hombres le desengañó por completo el trato con algunos ejemplares escogidos, ya con un famoso abogado y hombre político, en cuyo bufete estuvo oscurecido algunos meses (¡tal perspicacia poseía y posee ese distinguido exministro y remendón de fracciones políticas desgarradas!); ya otro político y filósofo más afamado aún, á quien la potente originalidad de Ganivet, manifestada en un trabajo escrito, perturbó y trastornó de tal manera que, siendo ese ilustre varón por naturaleza y por oficio templado y tolerante hasta la afectación más empalagosa, al confrontarse con mi amigo, vimos surgir en sus ojos llameantes no sé qué reflejos de las pupilas de Torquemada, cuyo resplandor aún no se ha apagado y se ve aparecer como fuego fatuo, ora en ojos del púlpito, ora en ojos del Congreso. Ni los apóstoles oficiales de la tolerancia, ni los ministriles de la política de callejuela podían entenderse con un hombre como Ganivet, en quien cada sensación de las que in-

advierten ó menosprecian esos señores provocaba series y mundos de ideas jamás concebidas y de raciocinios jamás coordinados. No era posible que hombres zambullidos en fangales viejos de convencionalismos seculares y amarrados de por vida á toda la mentirología politiquera, se aviniesen á conceder la beligerancia á un hombre natural como aquél que, después de una larga temporada madrileña de oficinismo, Ateneo, oposiciones é incumbencias de tejas abajo, total, de lucha estúpida, insalubre y mezquina, al llegar al campo una hermosa mañana de Abril, sintió tan formidable alegría repartírsele por todo el ser que, lanzando salvajes gritos, se arrojó de bruces contra la tierra madre ¡y comió hierba!

No eran, no, los hombres quienes habían de comprender y amar á un hombre tan hombre. Comprendíanle y amábanle y seguíanle las mujeres, con aquel instinto sublime con que otras mujeres de otros tiempos siguieron al Redentor y le acompañaron hasta al pie de la cruz. Sobre ellas ejercía la seducción involuntaria, la extraña sugestión que no se explica ni se define. Y apartando otros muchos casos que el respeto me veda referir, os contaré que una tarde, allá por los calvos desmontes que hay entre la

Plaza de Toros y el Este, se encontró á dos bellas mujeres que estaban solas comiendo naranjas y pan. Acercóseles y mirando gravemente á la que representaba más autoridad, aunque ambas eran jóvenes y de honesto parecer, la dijo: —Usted es de Granada.—La moza le miró fijamente, y dijo con un poco de asombro y sorpresa:—Sí, señor.—Y él, entonces, rápido, replicó:—Y de Loja.—Con lo que el pasmo de ambas creció, porque, en efecto, de Loja eran. Y las dos mujeres quedáronse largo rato embebecidas y aleladas mirándole y oyéndole, y aun cuando lo que las dijo era cosa enteramente metafísica y no menos alquitarada y espiritual que lo que le dijo á Platón Diótima, la forastera de Mantinea, ellas lo comprendieron todo, y cuando acabó de hablar, yo os aseguro que ambas estaban enamoradas de él. Cuando se despidió, bien á pesar de ellas, le preguntaron en que les había conocido el pueblo, y con sencillez socrática respondió:—Que era usted de Loja lo conocí en el acento con que me contestó:—Sí, señor...—Y que era de Granada, en la manera de partir el pan.

Otros casos de sugestión en mujeres de más alto linaje vienen referidos en la novela de *Los trabajos de Pío Cid*, en la que lo real se mezcla

tanto con lo imaginado, que yo mismo no puedo separar lo uno de lo otro. Y todos ellos se explican por el conocido hecho de que para buscar el filón puro é inagotable del amor humano, sólo sirven mineros y exploradores con faldas.

Pero si á los demás ó á las demás sugestionaba con tanta frecuencia, claro está que él mismo no se veía libre de la autosugestión, tan propia de los grandes artistas, como Flaubert, por no citar otros ejemplos, y así, cuando escribió su fundamental novela filosófico-política *La conquista del reino de Maya*, para la cual se preparó con larguísimos estudios africanófilos, llegando á aprender el dialecto *bantú* que hablan los negros del Uganda, del Unyamuezi y del Ugogo, decía que no sólo al conocer ese rudimento de lenguaje había logrado estrechar y comprimir sus ideas hasta meterlas en los cauces angostos del cerebro de un negro semisalvaje, sino que pasó más de un mes en cama, víctima de todos los fenómenos que acompañan á esa enfermedad casi desconocida que los exploradores y los misioneros designan con el vago nombre de *fiebre africana*.

Noto que es hora de terminar este desmañado relato. Mucho siento que mi torpeza y la inexplicable angustia con que he escrito estas

cuartillas sean causa de que os hayáis quedado sin saber quien era Angel Ganivet. Por fortuna, yo os aseguro que lo mejor de su vida y de su alma está en sus obras impresas y en las que prometo solemnemente publicar cuando pase algún tiempo.

Dos días antes de morir, el 27 de Noviembre de 1898, cuando ya estaba lleno del propósito de la muerte, dejó en casa de su amigo, el barón Brück, noble sueco residente en Riga, un pliego dirigido á mí, que es un verdadero testamento, pues en él dice: «Por si esta declaración fuese necesaria, hago aquí el resumen de mis ideas y de mis deberes.» Lo que á estas solemnes palabras, que me helaron los huesos, sigue, no me atrevo á leerlo en público. Son cosas hondas, arcanos, adivinaciones y presentimientos en que solamente un cerebro miope verá súbito desvarío y no prosecución lógica de una idea que pasa las lindes de lo concebido, de un pensar que supera á los eunucos, inanes y mendicantes pensares ordinarios. Pero si de las seis proposiciones primeras, en que se muestra su cerebro luminoso con la acariciadora luz del sol que se pone, no quiero ni puedo leer nada, os leeré, para concluir, la séptima, en que aparece palpitante y sangrando su

corazón, el más honrado y generoso que he conocido. Dice nada más que esto: «No recuerdo haber hecho mal á nadie, ni siquiera en pensamiento; si hubiera hecho algún mal, pido perdón».

Yo os juro que esta es la verdad, y á mi vez os pido que me perdonéis, ya que habéis tenido la condescendencia de oirme».

F. NAVARRO Y LEDESMA.

Abril 1904.

EPISTOLARIO

I

18 Febrero 1893.

Cada día me va siendo más difícil concretar mis ideas y fijar mi pensamiento sobre un objeto determinado. Tenía idea del misticismo positivo ó efectivo de los místicos clasificados como tales, el cual consiste en una confusión de la personalidad con la idea general; hay en él anulación del sujeto como tal sujeto, pero no para desvanecerse, sino para exaltarse; lo que no conocía, y ahora he conocido, es un estado psicológico nuevo para mí, una especie de misticismo negativo producido por la repulsión espiritual contra la realidad. No se trata del nirvana ni de ninguna cosa por el estilo, sino de algo más sencillo y que se explica más fácilmente. El punto de partida, como en el misticismo religioso, es el desprecio del mundo sensible, el asco del espíritu por la materia; hablando en tono materialista, la incapacidad para asimilarse los elementos exteriores. En tal estado el espíri-

tu se va y lo que queda se convierte en objeto, porque lo que nos constituye en sujetos es la facultad de representarnos el mundo exterior. Cuando el pensamiento no puede fijarse en nada concreto, ni quiere obedecer las órdenes de la voluntad, es evidente que nos quedamos tan convertidos en cosa, como si fuéramos un espejo ó una planta. Pero en el misticismo positivo el espíritu conserva aún un centro fundamental de relaciones psíquicas; queda una función en vigor, la contemplación ó la intuición de lo infinito; y bien puede decirse que nada se pierde en el cambio, porque esta sola función abraza todas las ordinarias de la vida y ofrece de una vez lo que vanamente procuran las funciones particulares. En el misticismo de la segunda especie el espíritu que abandonó la realidad por demasiado baja no puede elevarse á la infinitud por demasiado alta y se queda vagabundo por los espacios, ni más ni menos que un cesante que pasea su hambre y sus esperanzas por los alrededores de su antigua oficina.

Lo más chocante es que mi estado tiene gran relación con el tuyo propio, que tú me representabas en el bicharraco japonés y me describías en tu última carta. El temor de perder las ideas es un signo mortal; no es que las ideas se van á perder, es que se va á escapar de nuestro dominio la inteligencia, que no podremos tener ideas cuando queramos porque la inteligencia no quiera fijarse en los objetos. Esta aversión es muy frecuente en los

tontos, porque en ellos la inteligencia no tiene posibilidad de apropiarse sinnúmero de cosas; es también un síntoma de la *abulia* ó debilitación de la voluntad, porque en este padecimiento la vida retrograda, no pudiendo vencer la pereza, que le impide continuar asimilándose elementos nuevos para renovar la vida al compás del tiempo.

En el fondo, muchos de los hombres nuevos son un poco *abúlicos*, con excepción de los que reciben instrucción compacta, sea en seminarios, sea en la compañía de la Institución libre, etc. La causa de la enfermedad es la falta de *atención*. La atención participa mucho de la voluntad y á su vez da el primer impulso para las posteriores funciones. Las gentes entre las que ahora estoy, tienen, quizás como su característica, más propia que otras muchas que señalan los partidarios de clasificar las razas y los tipos humanos, una facultad de atención, muy tarda y muy insistente. Se parecen al que pescaba las truchas con mazo. Tardan mucho en mover el aparato y por eso andan menos, pero con más seguridad. Aquí no se concibe un caso de *abulia;* no hace mucho he conocido á un señor de setenta y cinco años comenzando á aprender inglés y puede asegurarse que si vive aun cinco ó seis años lo aprenderá. En los pueblos meridionales la rapidez de percepción exige que ésta sea muy poco profunda; si además la educación aumenta esta flaqueza y la manía de vivir de prisa hace que la atención recaiga en muchas cosas á

la vez y á esto se agrega la debilidad orgánica producida por los excesos, cátate un *abúlico*, que si no figura en los anales clínicos como caso típico, figura en el mundo como caso corriente y frecuente.

Para que el cuadro resulte completo debo indicarte después de la enfermedad y de sus causas, sus remedios; este es el sistema admitido entre los sociólogos y psicólogos al uso, y yo no quiero reformarlo. Son muchos los recursos que la clínica espiritual puede poner en juego para el caso, todos de mi invención, puesto que ninguno de los autores que he leído dice palabra sobre este punto. Pero entre los diversos remedios sólo te voy á hablar de uno ya probado por mí y en virtud del cual me encuentro hoy en estado de *sujeto*, según verás, aunque algo turbio, por la presente. Cuando yo era, no pequeñito, sino escolar, padecía, enmedio de mi seriedad ordinaria é *impropia de mis años*, fuertes ataques de risa más ó menos sardónica, producidos por la influencia del principio de autoridad. Ver al maestro con sus disciplinas en ristre ó al catedrático explicando desde su elevado sitial y soltar yo á reir por dentro ó por fuera, constituía mi debilidad, que pagué bien cara en ocasiones; porque los correctivos me producían risa más fuerte aún y recuerdo que en cierta ocasión me propinaron tan desaforada tanda de disciplinazos, que riendo como un loco tuve que escaparme de la escuela.

Este defecto me duró hasta que tuve una feliz ocurrencia, inspirada por el temor de que me sobreviniese algún serio percance. Decidí que en el momento mismo en que se presentara el ataque de risa, debía acordarme de todos los muertos de mi familia, especialmente de mi padre, y en efecto, asociados por ley psicológica estos dos fenómenos, en lo sucesivo, apenas se me iniciaba la risa, se me presentaba para contenerla una lúgubre y enmarañada escena mortuoria que servía de contrapeso más que suficiente y mi enfermedad quedó curada de una manera radical.

De un modo semejante he procedido en el caso presente. Se trata también de una asociación de ideas; en prevención de que se presente ese estado de repugnancia intelectual que imposibilita para concentrar el pensamiento en un objeto dado, hay que tener un asunto favorito que tenga la virtud de interesarnos profundamente y que nosotros por haberlo manoseado mucho lo tengamos en relación con los demás; acudir á este asunto es tan práctico como meter de nuevo en los rails al tranvía descarrilado. En esto puede haber también mucho de caprichoso como lo era la costumbre de Stendhal de leer una página del código antes de ponerse á escribir. El remedio este que es solo de ocasión tiene una aplicación mas general y que tú, sin saber, y con resultados excelentes, según has de notar bien pronto, estás practicando. Hay que dejar de lado por algún tiempo las pequeñeces y en-

golfarse muy de lleno en la lectura de un autor grande. Estos días he repasado yo varios pasajes de la Iliada y continuaría si no me hubiese metido ya en la traducción de la obra alemana de que te hablé (me ha costado cinco francos) y á la que dedico tres horas diarias. Tu debes continuar con el P. Granada; si lo deseas haré que te envíen el «Libro de la oración y meditación» que es un manual de oro macizo; aunque con «La Introducción al símbolo» hay para criar sangre nueva en cantidad suficiente para matar todo el virus que con estos últimos belenes se te ha entrado en el torrente circulatorio.

Sólo admitiendo la existencia del tal virus puedo explicarme que califiques de bobada lo que dije en mi carta anterior sobre el conocimiento práctico de la vida. Lo de que la letra entra con sangre es un disparate, y lo que yo digo es que la letra entra con letra, esto es, que cada cosa se debe desarrollar por medio de su propia función, y la vida, por tanto, viviendo. El conocimiento teórico general se adquiere con la inteligencia, pero el conocimiento mundano se adquiere con las costillas, en el sentido alegórico de la palabra. Vaya un ejemplo: Yo creía que esta gente de acá era ordinaria y grosera; pero lo creía como creo que en Noruega hace más frío que aquí; no lo sentía como lo siento ahora después de haber topado con algunos tipos indígenas y de haber notado detalles como estos: que los transeuntes se com-

placen en atravesarse en la acera para hacerte salir de ella; que los chicos se entretienen, cuando pasa una persona distinguida, principalmente una señora, en tirarse ruidosos cuescos; que las innumerables fanfares no saben tocar más que una pieza, y ésta mal, etc., etc.

También había oído decir que eran ladrones, pero no podía decir como hoy digo que son los más ladrones de la Europa que yo conozco. Porque he visto que si voy á comprar una cosa anunciada á un precio y pueden esconder la etiqueta, me exigen el doble y me hacen ver que estaba equivocado; que si mando comprar una cosa me ponen el doble, á sabiendas de que yo estoy enterado, y sin vergüenza de que se descubra el abuso. El pan, por ejemplo, está aquí desde 15 céntimos á 30 el kilo, porque no paga derecho de aduana ni el trigo ni la harina. El precio ordinario es de 20 á 24 céntimos, según la clase. Pues bien, á mí me lo compraban los de la otra casa, de «La Cooperativa», á cosa de 16 ó 18 céntimos, y me lo ponían á 32, esto es, el doble; y así en todo. Y ahora resulta que los anteriores eran *considerados* al lado de los actuales y de los que puedan venir. En suma, el mismo jefe del Gobierno, Mr. Bernaert, ha dicho en la Cámara: «¡es que los belgas somos tan amigos del fraude!»; y se ha reído todo el mundo de la franqueza, porque en efecto, este es un país de ladrones, pero de ladrones que no se avergüenzan de serlo.

Dejemos á un lado todas estas cuestiones, y voy á aprovechar el espacio que me queda para darte noticias.—Las que tengo de mi casa son satisfactorias y todo marcha bien, aunque los negocios andan fuera de quicio y se temen escandaleras, porque el trigo ha subido hasta 67 reales y el pan está muy caro. Debo decirte que en Granada pelean mucho por el pan, que el grito de *¡pan á ocho!* ha sido el de las principales revoluciones.—Otra noticia es que noto una gran mejoría en ti siempre que te vas al campo y que, según mi opinión, debías trasladarte á él de asiento, si los *deberes* del cargo te lo permiten.—Ya está acordada la celebración en el año próximo de una Exposición universal en Amberes; se pretende hacer una segunda edición de Chicago, atrayendo á los expositores que hayan concurrido á ésta, y á quienes se ofrece ocasión de repetir, con poco gasto. —El tiempo primaveral, hasta el punto de que se puede pasear de noche para tomar el fresco; pero esperamos la vuelta de las tornas.—Mis relaciones con el jefe, medianejas; he decidido no aceptar más convites suyos ni de nadie, y atenerme al reglamento para todos los asuntos de oficina; el motivo es que yo no sirvo para tolerar intervenciones inquisitoriales en mis asuntos, y ya te dije que el jefe bajo capa de amistad, se metía hasta en leer lo que yo escribía, y aún de las cartas que me envían al consulado he recibido, no sé por qué, varias abiertas. Además padece de una *amnesia* total; hoy

dice que no te apresures y que vengas á las once, y al día siguiente va á buscarte á casa á las diez y media para ver por qué no has ido. Hoy te dice que no se enviará tal despacho hasta 1.º de mes para que vayan *escalonados*, y mañana te llama negligente porque no lo enviaste. Y por su parte la suegra ha llegado hasta á disponer que no se fume en la oficina porque la molesta el humo. Excuso decirte que yo he echado los pies por alto, que he cortado comunicaciones y que me atengo á la ley y nada más, haciendo dentro de ésta lo que me da la gana. El jefe no encuentra extrañas estas cosas, porque él las ha soportado en su calidad de aspirante á la bella mano de la hija de su jefe; pero yo no me voy á casar con nadie, ni quiero suegras antes de tiempo. — Hoy es el último baile de Carnaval; aquí no salen las máscaras á la calle, porque en estos últimos años abusaron demasiado; en vez de embromar al respetable público, se dedicaban á arrojarle patatas y otros proyectiles, y la barbarie se hizo intolerable. Quedan sólo los bailes, famosos en toda Bélgica, en los que se dan cita todas las gorrionas del país para hartarse de champagne á costa de los tunantuelos conquistadores. Cuadros de prostitución y socaliñas; bailar no se puede, ni andar siquiera. Entrada, cinco francos. Robo obligatorio. Propinas de un franco para arriba.

II

10 Mayo 1893.

Esta semana pasada ha sido de labor, habiéndome cabido la honra de redactar un trabajo estadístico para enviarlo á la Comisión de Convenios de Comercio. Se pedían unos datos que no existían, y por no decir que no, se me ocurrió emplear un sistema matemático, y deducir de lo conocido lo desconocido mediante fuertes dosis de lógica y de ungüento económico. El trabajo ha parecido muy bien, y sólo ante los hechos consumados he podido convencer á esta gente de que la cosa iba á derechas, pues sólo á regañadientes habían tolerado que se enviara, creyendo que era una guasa mía. Porque debo advertirte que se tiene buena idea de mi aptitud, pero mala de mi seriedad, y que mi jefe, acostumbrado á estornudar treinta veces antes de coger la pluma, no comprende la irrespetuosidad con que yo trato estos asuntos, y me cree un atolondrado *blagueur*.

Otro asunto que me cayó por banda fué una visita á un español, que, procedente del Congo, había ingresado en el Hospital y deseaba antes de morirse hablar con algún semejante que le entendiese. Resultó que el tal individuo no era español, sino nicaragüense, de Matagalpa, aunque en los casos de apuro toda esta tropa llama á Mamá, como si todo eso de las nacionalidades modernas fuera una broma y estuviéramos en el siglo XVIII. Cualquier poeta de segundo orden podía componer un poema con la conversación que me tuvo el desventurado matagalpés; un infeliz que por ser bueno, según me dijo, se había visto burlado por su mujer, á la que tuvo que abandonar con tres chiquitines, y obligado á buscar el pedazo de pan por todo el mundo, dejando un pedazo de pellejo en cada uno de los infinitos Panamás que explotan por todas partes los negreros de la civilización. La última aventura le ha pasado en el Congo, y después de exprimir allá las últimas gotas de sustancia, ha sido remitido para reposición á la *metrópoli comercial de Bélgica,* á la que llegó atacado por la fiebre amarilla y convertido en esqueleto de ocre. Por cierto que murió á los dos días de llegar, y que ha dado origen á ciertos rumores, pues creía el público que se trataba de un colérico.

Al mismo tiempo que esto ocurría eran recibidos con gran pompa en Bruselas y Amberes algunos de los héroes que están realizando la conquista del Congo, y esta misma noche hay banquete para

festejar á estos señores, que serán todo lo héroes que se quiera, pero que han tenido la desgracia de nacer en una época en que el heroísmo anda de capa caída, por lo menos el heroísmo que hoy se gasta, prostituído hasta el extremo de buscar, no la realización de grandes ideales, sino el *ascenso rápido en la escala respectiva*. Por ascender en cuatro años y no en veinte hay muchos subtenientes que se van al Congo á entregarla y los que vuelven se dan tono de haber contribuído á una obra civilizadora. En el fondo no hay tal obra ni tal civilizadora, y sí sólo una empresa comercial en grande, encubierta con rótulos filantrópicos, que incitan á los hombres de buena fe á coadyuvar á lo que, si viesen lo que hay en el fondo, no coadyuvarían. Lo que suelen hacer hoy los europeos en muchos puntos de Africa es destruir la obra de los árabes, los únicos que, aunque sea empleando la esclavitud, tienen condiciones para mejorar esos pueblos retrasados. ¿Qué necesidad hay de forzar la máquina, de hacer grandes transplantaciones humanas á climas tan duros, de ocasionar tantas atrocidades, de sacrificar tantos infelices para hacer dichosos á los negros salvajes? Cualquiera que piense, no ya con la cabeza, sino con los calzoncillos, comprende que no se trata de la felicidad de la raza negra, ni del progreso, ni de nada por el estilo; se trata de un negocio en grande escala, en que el buen Leopoldo tiene metidos buenos millones, que dará excelentes resultados si, como es

de esperar, no se acaba la raza de los héroes de relumbrón, que buscan la muerte ó el ascenso, y de los héroes oscuros, como el de Matagalpa, que buscan la muerte ó un pedazo de pan.

Ya que he nombrado á Leopoldo te diré, recordando una pregunta de tu carta anterior, algo que te lo dé á conocer.

Cuando los belgas, cansados de sufrir el yugo español, austriaco, francés y holandés, se resolvieron á ser nación, y lo consiguieron con el apoyo de Francia y Alemania, que se complacía en colocar tanganillos en medio para atenuar el choque que había de venir, y sobre todo con el apoyo de Inglaterra, *que no permite* que haya en litoral vecino á su casa ninguna nación decente, los delegados congresistas salieron en busca de un rey constitucional, y como era de ene se encaminaron al más excelente criadero de ellos que se conoce en Europa, al Palacio de Sajonia-Coburgo-Gotha, donde encontraron á Leopoldo I, que en prevención de los acontecimientos había preparado un *speach* que hoy leemos en mármoles y bronces: «Los destinos humanos no ofrecen á un príncipe misión más noble que la de contribuir á la libertad é independencia de un pueblo.» Los delegados se estremecieron de gusto y estuvieron á dos dedos de gritar el consabido eureka, pero se contuvieron por prudencia. El resultado, sin embargo, fué el mismo, pues Leopoldo vino y fué rey, y con sólo dejar hacer se hizo él feliz y los hizo felices á todos.

Bien es verdad que entonces había un ministro Rogier que sabía gobernar, y que llevó á cabo obras de tanto empuje en el orden material, que dieron á Bélgica una considerable delantera de la que aún se aprovechan. Nada más sencillo que establecer una red de ferrocarriles baratos, y, sin embargo, por este medio se atrajo Bélgica casi todo el comercio de tránsito de Europa, que se sostiene aún por rutina, aunque otras naciones hayan tardíamente emprendido la competencia. Amberes le debe casi todo lo que es; por todas partes se notan los efectos de la restauración del gran ministro; pero su época es por arte de birlibirloque el reinado de Leopoldo I; sobre éste llueven estatuas, y éste se lleva, porque en ello hay un interés dinástico, permanente, los honores que son debidos al *otro*. Con el tinglado tan bien dispuesto, poco ha tenido que hacer Leopoldo II para ir saliendo del paso. Es un hombre que ha estudiado poco y ha viajado mucho; tiene una gran memoria de las personas y poca ó ninguna de las ideas. Muchos palacios, muchos cotos, buena mesa y buenas chicas, inglesas especialmente. Lo demás le importa un rábano. La *música no le incomoda*, según una frase salida de sus labios augustos, que revela los puntos artísticos que calza el sobrino de Maximiliano de Méjico y de la loca Carlota, y padre de la afligida Estefanía, la viuda del suicida príncipe Rodolfo. Entre los belgas, su presencia produce entusiasmo; pero cuando se marcha, la plebe habla mal de

él, y la gente de buen sentido le acepta con la misma benevolencia con que se acepta una cataplasma para resolver un molesto flemón.

Con esto y con lo que te tengo dicho sobre los partidos y clases de la sociedad, creo que te sobra para saber al dedillo toda Bélgica y su anejo del Congo. Ahora voy á tu carta.

Veo con verdadero sentimiento que cada día se te va acentuando más el misantropismo, si así puede decirse, y contra él hay que acudir á tiempo. Ya que te precias de hacer las cosas sin amargor de boca, es preciso que renuncies á ese dejo despreciativo contra todo bicho viviente, que aunque esté muy justificado, no es provechoso. Por el camino que tú llevas, no hay más que un término lógico, que es la profesión en alguna orden regular, y entre ellas la de los benedictinos con preferencia. Aunque el desprecio ande por dentro, por fuera hay que demostrar que se va á gusto en el machito. No conviene ensuciar el agua «que hay que venir á beber», según el profundo cantar popular. El sentido práctico, de que tú hablas, consiste precisamente en esa doble naturaleza, especie de balancín, cuyos dos brazos mantienen el equilibrio: por un lado el optimismo bonachón nos permite marchar en filas con el fusil al hombro y la cara sonriente de quinto recién traído de la dehesa; de este modo llegamos, como todo el mundo, á cualquier parte, y evitamos quedar rezagados y que nos atropellen ó nos echen en los carros que

van á la cola; por otro, el pesimismo templa los ardores que á veces despiertan los pequeños éxitos, é impide que, enorgullecidos porque en un primer encuentro, sin saber por qué, hicimos algo bueno y nos dieron una medalleja, vayamos en refriega más seria á ponernos delante de los cañones para ser carne de ídem. Si yo fuera alemán, emplearía una metáfora trascendental para explicarte esto, diciendo que, en suma, hay que tener dos movimientos como el planeta en que vivimos: uno de rotación, que sirve para conservar el calor, y otro de traslación, para perderlo. Los astros que no tienen movimiento rotativo y sí de traslación, son astros muertos como los cometas; y los que no tienen movimiento de traslación como el sol, son perpetuamente ascuas. Las relaciones sociales, dígase lo que se quiera, son un gran medio de ventilar y de refrescar el espíritu, y esto lo dice uno que por vivir demasiado á solas anda á estas horas requemado física y moralmente. A esto me vas á contestar que ventilación no te falta, sobre todo ahora que con tu potro te dedicas á caballear por los caminos toledanos, que ojalá no midas nunca con tus costillas.

Cuando yo estudiaba Retórica, emprendí la lectura de Lope en la Colección Rivadeneyra, y me quedé á la mitad ó cosa así. Todavía rueda por mi casa un cuaderno de apuntes que tomé. Por un lado apuntes de Lope, y por el otro apuntes de historia. Lo más curioso es que yo hacía el trabajo con la mala intención de dedicarme á crítico en

un periódico local y buscar la filiación de las obras que cayeran bajo mis garras. Conociendo el teatro antiguo, pensé que no habría quien me metiera mano. Después se me olvidó el propósito, y hoy ya apenas me acuerdo de lo que leí. Uno de los trabajos más difíciles para mis entendederas es hacerme cargo de las obras teatrales leyéndolas, y en Lope la dificultad es mayor, porque la acción peca por exceso, y sin ella la letra resulta algo muerta. Después que por un par de pesetas le han dado á uno *hechas* las mejores obras clásicas, se necesita heroísmo para leer y *hacer* uno mismo las demás. Yo creo que me moriré sin poner mano nuevamente en esas caballerías.

No pude decirte en mi anterior lo que opino sobre Renán. No estoy conforme contigo, sin duda, porque yo no he leído las obras que tú conoces, que son chispazos sueltos del pensamiento de Renán, y tú no conoces «La Historia del pueblo de Israel» y los «Orígenes del Cristianismo», que yo he acabado de leer (11 vol.), que constituyen la obra completa del autor. En ellas el pensamiento es clarísimo y uno, aunque se nota que, conforme pasa el tiempo, hay mayor desembarazo para expresarlo. La parte más floja es la *Vida de Jesús*, en la que ha querido mezclar al elemento histórico algunos motivos sentimentales de púlpito, que, á mi juicio, no pegan.

El defecto capital de la obra entera es el de obedecer á cierto espíritu de disidencia que no quiere

romper en absoluto ó no puede romper con el núcleo de origen. De donde resulta que cuando el autor *duerme*, la obra no es, como pretende ser, una historia crítica racionalista de la religión, sino una explicación racionalista de temas teológicos y dogmas. Valiera más callarse por completo y escribir sólo con arreglo á los datos ó fuentes puramente históricas, aunque el trabajo resultase incompleto, que acudir á las mismas fuentes eclesiásticas para aplicarles un sentido racional, que no pasa de la superficie y que produce el mismo efecto que si se forrase con piel humana una estatua para darle mayor valor artístico. Yo soy más radical que Renán en este punto, y llego á un término opuesto. Se puede negar todo valor positivo á la religión y protestar contra sus ingerencias prácticas, pero admitir íntegro su sentido ideal y no retocarlo con pinceladas críticas. No hay necesidad de términos medios. Júpiter y Venus tienen una significación ideal, y acaso, si hubiera medios de comprobación, se demostrara que fueron en su origen un jefe de tribu y una prostituta primitiva; pero si el tiempo se ha encargado de transformarlos en dos figuras interesantes, no hay para qué remover el pasado. Sin ser pagano se puede desear una Venus más perfecta que la clásica, y sin ser cristiano se puede aspirar á un Jesús más divino que el que ha formado la tradición. El trabajo noble sería el de elevar, y el estúpido es el de satisfacer la vanidad personal, destruyendo lo que no debiera tocarse. Los

sectarios chillan contra la ignorancia que cierra los ojos á la verdad; pero si no hubiera ignorancia y nos quedáramos todos con la verdad solo, ¡valiente *juerga* nos esperaba! Yo estoy, pues, en contra de Renán y su escuela, y me tomo la libertad de colocarme en esta interesante oposición, porque yo creo que las razones que antes expongo valen más que las que le sirven á Renán para intentar destruir lo que diez y nueve siglos se han encargado de ir componiendo con bastantes penas y fatigas. Por lo demás, yo le concedo más mérito que tú: creo que sabe bastante de lenguas clásicas para estar al corriente de los trabajos pacienzudos de la escuela alemana que le sirven de base; anda bastante bien de materiales históricos y escribe con precisión, salvo alguna que otra tonada patética. Hace unos días leí una frase de un escritor ruso, relativa á Taine, y en la que compara á éste con un perro que tuviera toda la traza de cazador, pero al que faltara... la nariz; pues bien: siguiendo el ejemplo, Renán es un gran cazador, provisto de todo cuanto puede necesitar, hasta de una docena de perros si se quiere, pero que sale al campo y tiene la desgracia de disparar contra el guarda. Por eso su obra mejor es la *Historia del pueblo de Israel*, en la que casi se limita á apuntar.

Una vez que he terminado la lectura de Renán, voy á dedicarme por completo á la traducción alemana de que te hablé. Cuando la haga y lea varias novelas que puedo sacar de la Biblioteca popular,

si, como espero, me dan otra licencia, te diré cosas interesantes sobre la novela alemana. De los libros que tú me citas, conozco tres, y los demás de nombre. No sé si los tendrán aquí, pues andan bastante mal de libros alemanes. Sólo en la *Popular* tienen algunas novelas.

No hay nada más interesante que el estudio comparativo de la novela alemana y la francesa; si lo hiciera un habitante de la luna, por él llegaría á conocer perfectísimamente ambas naciones. Todo lo alemán (hablo de este siglo) es pesado, macizo, repleto de ideas, de tendencias, de filosofía y aun de metafísica; lo francés es casi volátil y sin consistencia, y las tendencias son á exagerar los unos y los otros. Hay novelas alemanas que parecen tratados de economía política, y el arte supremo en Francia es hoy no enseñar nada. Odio á la pedagogía artística ó al arte pedagógico. Así se comprende que mientras en cada calle de París hay un hombre con más talento que Caprivi, éste se basta para reventar á todos los franceses. A pesar de la paliza del 70-71, los franceses siguen haciendo *esprit* y los alemanes armándose con la pesada maza como el testarudo pescador de truchas. Aplícate el cuento, pues así como Francia con todo su espíritu no podrá parar el golpe premeditado y brutal de la gente del Norte, cuando llegue el día de la guerra (¡sálvese el que pueda! Parece que estoy contagiado por Caprivi antes de disolver el Reichstg), así tú si sigues haciendo ascos á todos y viviendo en plena

orgía psicológica, te verás un día aplastado por cualquier Pérez y Díaz empollador, y aun si se quiere, por cualquier entrometido Gutiérrez.

Chico, me duele ya el brazo, como es natural que me duela después de la larga tirada escrita, y me retiro por el foro. Todo sigue igual en este emporio y en Bruselas, donde me aburrí ayer unas cuantas horas.

III

25 Mayo 1893.

Estamos en plena feria y tengo la cabeza destrozada de oir día y noche los organillos que están casi enfrente de mi casa. Esta feria de aquí es como todas, aunque tiene algunos rasgos característicos de la raza, que decía Taine, cuyas obras estoy leyendo de cabo á rabo, con bastante más satisfacción que las de Renán. Este, con ser contemporáneo, parece haber escrito un siglo antes que aquél; aunque quizás esta impresión se produzca por la diferencia de temple de ambos escritores: Renán es francés y Taine inglés, el uno está cargado de prejuicios, de presunción y de *morgue*, como todos los franceses, y el otro ve mucho más claro y piensa con mucho más sentido común y si propende á lo sistemático es á lo sistemático inglés, frío, duro y hasta apelmazado y cargante, no á lo sistemático francés ampuloso y relumbrante, generalizador y sintético al estilo de Castelar. Pero volviendo á la feria te diré que, los detalles que carac-

terizan en ella la raza flamenca, su pesadez y su brutalidad son de lo más expresivo que puedas imaginarte. A primera vista no ves más que muchas tiendas de quincallería indecente, muchas vistas, galerías, museos y teatruchos y mil tendajos ó pabellones donde se ocultan los monstruos, los adivinos y las adivinas, el hércules y la mujer-pájaro y mil sandeces por este orden, y de vez en cuando un tío vivo ó una montaña rusa ó un restaurant, todo ello á lo largo del bulevard, desde el palacio de Justicia hasta la estación del Sur.

Pero lo brutal empieza cuando consideras que todo este tinglado dura cuarenta días con sus noches, tiempo que se considera indispensable para que el público se canse. Así mismo los restaurants aparentes son en realidad comederos de *papas fritas* con un poco de sal por único *agrément;* los organillos son de vapor, de suerte que arrancan por la mañana y no paran hasta bien entrada la noche, con lo cual se vuelve uno loco, sin poderlo remediar. Mientras dura la feria, ella es el centro ó mercado de las *cocottes* de todos precios y puede uno convertirse en Tenorio por muy poco dinero; es también el centro de los rurales, cuyo aspecto revela la inutilidad de los caminos de hierro. Los caminos de hierro, con sus trenes movidos por la electricidad, como se proyecta ahora uno entre Bruselas y Amberes, servirán para abaratar las mercancías, pero no para pulimentar á los hombres; porque ahora mismo estoy yo viendo que de

muchos pueblos distantes cinco ó diez minutos de tren de Amberes, vienen gentes tan brutalmente desaforadas como nuestros más acreditados paletos. No importa que vengan á diario á la ciudad á sus negocios ó quehaceres y que la conozcan al dedillo; llega un día de fiesta, se ponen sus mejores trapos y llegan tan brutos y tan ridículos, como si aparecieran por primera vez á la *luz de la civilización*. Esto te confirmará lo que yo te he dicho mil veces; lo importante no es conocer, sino *pasar*, *sufrir*, *vivir* (ó como quiera decirse) para saber á qué atenerse. Hasta que uno entre dentro de las cosas ó las cosas entren dentro de uno, no se puede decir que se las conoce, aunque hayan pasado mil veces por el entendimiento. El baturro que viene todos los días á Madrid, sigue siendo baturro; pero el baturro que se establece en Madrid, al poco tiempo es madrileño. Y es que el conocimiento simple es sólo la primera materia amorfa de la que el sentimiento compone después cosas diferentes. En una de las rachas filosóficas que me suelen dar, creo que te dije que el sentimiento como facultad no existía, aunque lo personalicemos algunas veces. Realmente lo único que hay ó que *es*, es la voluntad, la fuerza creadora cuya primera materia es el conocimiento y cuyo impulso es el sentimiento ó lo que llamamos tal. Con esto (que parece una perogrullada), se quiere decir que el conocimiento á solas no es nada ó no es nada bueno ni malo, y que conforme el hombre va perdiendo el

impulso ó sentimiento y va quedándose solo con noticias intelectuales que no le interesan (ó sea conforme se va volviendo escéptico) va al mismo tiempo anulándose para toda obra y llega á quedar como molino parado: el trigo en la tolva y el motor dispuesto á dar vueltas; pero el agua que ha de moverlo no viene. Comprenderás que no siga por este camino, pues para desenvolver este tema de psicología patológica no tengo tiempo ni espacio, y volvamos á la feria. El *clou* de este año ha venido, como viene casi siempre, de París. Ya habrás oído hablar de la danza serpentina, invención de Loïe Fuller de las *folies Bergére* de París. Yo he visto la danza en inglés, francés y belga, pues hay numerosas artistas de todos los puntos del globo que se dedican á explotar la idea genial de la *primera serpentina*. Pero no creo haber visto más que una grosera imitación de la auténtica, aunque bastante para decirte que se trata de algo artístico, de algo que debió representarse en Grecia, aunque nada digan las crónicas. El pensamiento es sencillo y consiste en envolverse la artista en una larguísima y amplísima túnica, en alargarse los brazos merced á dos muletas de torero y en colocarse bajo la acción de un foco eléctrico de luz cambiante. Con esto ya no falta más que mover el cuerpo hábilmente para que bien pronto aparezca la bacante al desnudo y envuelta por una larga serpiente enroscada, que ora baja hasta los talones cubriéndola por completo, ora sube, sube hasta más

arriba del ombligo, descubriendo artísticamente la forma femenina pura, helénica, sin artificio y, para el que sabe mirar, sin impudor. La serpentina es la danza de la mujer por la mujer misma, y Loïe Fuller tiene la inmortalidad más asegurada que Carnot. Si no me engaño no ha de faltar un Taine, que la coja como dato importante para caracterizar un período histórico de Francia. Leyendo esa historia de la literatura alemana te extraña la pobreza de sus primeros períodos; esto se nota en todas las literaturas del Norte, excluyendo, hasta cierto punto la inglesa, que merced al elemento normando francés recibió una levadura latina suficiente para que fermentara el espíritu nacional. Respecto de la literatura de los Países Bajos, ya te dije que había empezado á estudiarla, y préviamente dejé la empresa, no por falta de ánimo, sino por falta de asunto. He hojeado unas enormes memorias (siete grandes infolios) y una obra en tres volúmenes titulada «Horae Belgicae», y en ambas he encontrado de todo menos verdadero arte. La erudición llega á un punto envidiable y produce la gran figura de Erasmo y las ciencias de aplicación adquieren en Holanda, cuando florece la Universidad de Leiden, un extraordinario desarrollo; si bien en estos mismos puntos hay que reconocer que, los principales hombres que representan el movimiento, son extranjeros atraídos por el gobierno republicano, fundado sobre las ruinas de nuestra dominación. Pero en toda la literatura no se encuentra apenas

un artista. En el siglo de oro solo hay un poeta familiar, una especie de Teniers de la pluma, Cats, cultivador de la poesía del hogar, que es la que por aquí priva. En toda la época moderna sólo *descuella* como novelista popular Henri Conscience. Lo demás es imitado de Francia, ó tan vulgar, que no merece la pena de ser leído. En el tiempo en que otros países sostenían una brillante literatura, aquí se consagraban á las manufacturas de tejidos y á buscar *debouchés* á su industria; y aun la gran escuela de pintura sabido es que tiene su origen en Italia, á donde iban á estudiar los artistas flamencos, aunque luego se nacionalizara y tomara otro rumbo, especialmente en Holanda con Rembrandt. Aun para este rumbo más nacional ejerció influencia la escuela de Colonia, de donde era natural el mismo Rubens. En el fondo, estas razas tienen tan poco calor, que sin estímulo poco ó nada harían en el terreno del arte; sólo cuando la gente del Sur ha martilleado fuertemente, se encuentran con fuerzas para transformar lo conocido, y ofrecer, aunque tardiamente, obras de arte de aparente originalidad. Y quién sabe si en algunos casos habrá no sólo influencia de raza, sino algo más; pues no se acostumbra á sacar la filiación de los artistas y aun sacándola no hay que fiarse mucho, pues la génesis es cuestión misteriosa y complicada.

Ya que la lectura de la obra de Heinrich te inspira el deseo de aprender alemán, no debes dejarlo de la mano y empezar seriamente la tarea; pero

debo advertirte que la lectura del alemán con traducción engaña mucho; en cuanto te quedes con una página de alemán cerrado, no das un paso ni con ayuda de cien diccionarios. La dificultad está, no tanto en la enrevesada construcción, como en la abundancia de partículas análogas y la complicada formación de los verbos, sobre todo cuando son compuestos de partícula separable. Posible es todo con buena voluntad, pero el aprender el alemán como tu dices, es dificilísimo. Yo estoy ahora traduciendo la obra que te dije, y aunque á la simple lectura me enteré de todo, al traducir ahora punto por punto, tardo cerca de media hora por página. Esto hasta acostumbrarse al estilo del autor, pero cuando pasas á otro autor hay que empezar de nuevo, porque el alemán se presta mucho al estilo personal. Hay pues que tener gramática y estudiar las declinaciones, conjugación, verbos irregulares y partículas y, con este lastre ya puedes lanzarte á traducir. Para empezar, Lessing es de los más adecuados.

Mientras tú tienes esos planes, yo tengo los de aprender inglés (ya creo que te lo dije) y probablemente empezaré el mes próximo, con un señor muy práctico que enseña por el método natural y bocal, y lleva una peseta por hora, como los simones en España. A razón de tres horas semanales, veremos el tiempo que tardo en aprenderlo. En cuanto al piano, lo dejé hace un mes para tomar otro que era casi igual y me costaba sólo ocho pe-

setas mensuales, en atención á que era parroquiano seguro, pero todavía no me lo han traído ni yo tengo prisa, porque ahora el tiempo convida á estar en la calle. Además, como tengo más conocimiento con los capitanes, casi todas las semanas tengo una ó dos comidas á bordo y otros tantos días perdidos desde las cuatro hasta la hora de dormir. Las mañanas, desde las siete ó las ocho, las dedico á leer, unas veces en casa, otras en el Parque, los libros que saco de la Biblioteca. Todo lo cual no quiere decir que abandone el piano, pues más pronto ó más tarde lo continuaré. En algunas cosas lo que me sujeta no es la falta de tiempo ni de voluntad, sino la escasez de fondos. Ahora no hay medio de pedir á casa (ni aunque lo hubiera lo emplearía), y tengo que vivir sobre mí mismo; de suerte, que si un mes se estira uno demasiado, el siguiente hay que encogerse en igual proporción, porque no quiero deudas. Dicho esto, y sabiendo tú que no tengo más que 11 ó 12 francos diarios y la facilidad con que se van, sin saber por donde, comprenderás que haya que andar con tacto, hasta que suene la hora dichosa en que se pueda caminar sin estas trabas. Aunque yo temo que no va á llegar nunca, porque el mal no está en la escasez del dinero, sino en mi falta de capacidad financiera, y aun teniendo triple sueldo, andaría mal y quizás peor.

Anoche pusieron en el Royal *Lisístrata*, una comedia, mitad traducida, mitad imitada de la de

Aristófanes, estrenada hace poco en París. Los parisienses creen que están ya tan á punto de caramelo en asuntos de *esprit*, que representan una segunda edición de Atenas y que pueden reproducir todo el teatro griego, sin cambiar gran cosa y sin temor de chocar con el público. Así, pues, no tardarán en traducir y representar todos los dramáticos griegos y se quedarán tan frescos. Tratándose de un tema tan á la moda como las huelgas, nada más acertado que presentar la huelga de mujeres, que constituye el asunto de *Lysistrata*. Y una de dos: ó la obra está muy echada á perder, ó Aristófanes no es tan fiero como lo pintan. No hay comedia, sino una serie de cuadros ó una ristra de sátiras mal intencionadas. Los críticos de París creo que han venido ahora á caer en la cuenta de que Aristófanes es una especie de Rochefort, un pamphletista aristocrático, irritado contra la democracia gobernante. Aquí, el crítico más *escuchado*, el del *Précurseur*, compara á Aristófanes con Aurelien Scholl. En cuanto al público nada hay que decir, pues no le hubo. Otra comedia anunciada es la de Maeterlink «Pelléas et Melisande», que se presentó como fruto simbólico de la estación y que ha chocado mucho en París. Fuera de esto, no hay nada de particular, pues sólo quedan abiertos é invadidos por las *serpentinas* los teatrillos veraniegos *ad usum vulpecularum*.

He estado en Bruselas buscando cuarto, y es fácil que cuando mejore de fondos tome uno y

me traslade interinamente, porque esto está agotado del todo. Mientras tanto, queda el recurso de tomar por tres francos 70, un billete de ida y vuelta, y regresar en el tren de la una, á dormir á casa.

IV

14 Junio 1893.

Me encuentro sometido á una laxitud tal, que apenas puedo tirar de la pluma. Después de algunos días de fresco relativo se nos ha descolgado un calorazo irresistible que parece preludio de tormenta, segun el trastorno nervioso que siento desde esta mañana. Bien que me dí un buen hartazgo de andar bajo los ardores del sol y sin otra defensa que mi bastón, con el objeto de desechar los últimos resíduos de un catarro que me ha tenido un par de semanas en un verdadero valle de lágrimas. He comprado los avíos indispensables para empezar á ronchar el inglés á solas, y con este motivo he visto si en los baratillos había libros utilizables. Ni de alemán ni de inglés se encuentran más que libros de gramática y de comercio; nada que huela á arte ni á diez leguas. De alemán sólo había una historia que por el tamaño me pareció muy mala. Esto no tiene nada de particular, pues en la Biblio-

teca tampoco hay casi nada. Después de leer la Historia de la literatura inglesa, de Taine, deseé comprobar algunas impresiones leyendo algunos autores en francés, pero los pocos que hay están traducidos en flamenco. En relación es mucho más lo que hay de alemán que de inglés. De Sainte Beuve no tienen noticia estos bibliotecarios, pues hace tiempo que pregunté, con objeto de leer la colección de *Causeries*, que había empezado en Madrid, y se extrañaron hasta del nombre. Aquí ya te he dicho repetidamente que se confía mucho en el patriotismo y quieren llenar la Biblioteca con libros de gorra. Sistema funestísimo, pues ningún genio tiene la genialidad de repartir sus libros gratis; al contrario, es un signo del genio exigir por su obra algunos cuartos, aunque sean pocos. Yo tengo el principio práctico de no leer obras que llevan asterisco ú otra indicación de haber sido donadas por sus autores. Aquí priva el asterisco. En estas circunstancias, he tomado el partido de continuar indefinidamente la lectura de libros de viajes por Africa, que es el continente que me simpatiza más.

Me parece algo caprichoso lo que dices de mi retrato, exceptuando lo de las barbazas que, en efecto, me recorté á poco de retratarme, no habiéndolo hecho antes porque quería que el retrato fuese de invierno; la moda aquí es ahora la barba, muy recortada en pico, y se concede una gran importancia al arreglo de ella. No hace mucho el citado joven Oscar me dijo con muchos rodeos y precau-

ciones (y no era la primera vez), que parecía raro que yo no concediese al ramo de barberos toda la importancia que es necesaria, pues me exponía acaso á las iras de la crítica. Entonces realmente me fijé y vi que no se encuentra una persona que lleve la barba recia y redonda, que después de todo es contraria á la estética flamenca, cuyo tipo ó figurín es Van Dyck ó Teniers. Quizás sea esto lo único que conservan del siglo clásico. Este joven Oscar, que se cuida de tales cosas, está perdidamente enamorado de una modistilla que no vale un pito, y á la que cree una virtud ejemplar. Pero con todo el dolor de su corazón ha tenido que romper, por lo menos aparentemente, temiendo que el cónsul escribiera á su papá, D. Tiburcio, que no sé si será tan feroz como el hombre lo pinta. Este Oscar y otro no menos tipo, Máximo Z***, que se da tono de *dandy* y es corresponsal de *La Epoca*, y que está empleado como el otro en su *bureau* comercial, son los representantes españoles en Amberes, ó por lo menos los que se dan tono de tales, sin beneficio por parte de España. En cambio hay dos españoles que son belgas por prescripción, y que, sin embargo, presentan rasgos más típicos. Ya te cité á un navarro llamado Valle, que era profesor de este Instituto superior de Comercio, y me parece que no te he hablado, aunque te lo ofrecí, del más importante, un héroe de Pérez Galdós, que pudiera hacer *pendant* con el padre de las señoritas de *Miau*. Este tipo está caracterizado por su solo nombre,

pues se llama (no en la imaginación de nadie, sino en el Registro civil ó eclesiástico puede verse) don Plácido Espantoso. Es efectivamente un hombre plácido, pero que espanta por sus grandes rarezas. Ha sido armador y ha iniciado grandes filones que á él le han hecho perder y á otros enriquecerse, y hoy está casi tronado y menospreciado por su familia, que es flamenca, pues cometió el disparate de casarse aquí. Su manía es vivir pegado á los barcos españoles, oliéndolo todo y sin aceptar nunca nada de nadie. Su única función es firmar como testigo eterno en todos los documentos consulares en compañía de los capitanes que están de turno. Es el único medio de reunir dos firmas de españoles, mayores de edad, etc. Ahora mismo empieza á caer una horrible tormenta y empiezo yo á sentir algún alivio en la cabeza, que me cruje de puro gusto.

Una novedad es que ahora tengo á pasto buen vino español, y no caro, para alternar con la cerveza que á la larga yo creo que debe de aguachar el organismo por muy fuerte que sea. Lo tomo á un tabernero de Rentería ó de Mundaca que acaba de establecerse aquí, procedente ó expulsado de Liverpool. Este tabernero (el marqués) tiene una cuñada bilbaína muy guapilla, á la cual le ocurrió hace poco un lance muy bueno. Se vino aquí escapada de su casa para casarse con un caballerete, que le ofreció venir detrás de ella cuando los papeles estuvieran en regla para volver en seguida á

Bilbao. Los papeles no pudieron arreglarse por culpa mía, pues realmente no estaban corrientes, y en caso de faltar á la ley yo faltaría, naturalmente, para descasar á todo el mundo, no para casar á ningún prójimo. En esto del matrimonio, cada día tengo mi criterio más *arreté*, y lo estimo más como una de las últimas bajezas que puede cometer el hombre por someterse al brutal instinto de la especie, al «crescite et multiplicamini». En todos los pueblos que obran con algún sentido de la naturaleza es cosa extraña la monogamia; existe el comunismo absoluto, cuando los pueblos son pequeños y forman unidad política; la poligamia, cuando las tribus ó pueblos son fuertes ó ricos y pueden conquistar ó comprar mujeres, á las cuales se obligan á mantener, ó cuando hay un gran excedente femenino, y el mejor acomodado se encarga de sostener y cubrir... las atenciones de ese excedente para que la sociedad no salga perdiendo; la poliandria, en los pueblos agrícolas, expuestos á que les conquisten las mujeres, y obligados, cuando esto ocurre, á afiliarse por turnos á cualquiera de las que quedan. Esto es, sobre todo, admirable, pues el hombre satisface su necesidad y aún tiene facultad de elegir, y, en cambio, sólo está obligado á la manutención el día de turno. Con la ventaja inapreciable de ser padre de todos los hijos de la tribu, sin serlo particularmente de ninguno. Sobre todos estos detalles caben discusiones, pero lo que es indiscutible es que cualquiera de estos modos de

satisfacer las exigencias de la especie, que nos obligan á hacer tan grandes majaderías, es superior á la monogamia, con la cual únicamente pueden existir y existen, al lado de las señoras encopetadas, que nos tratan, aunque seamos sus maridos, como á criados ó mozos de cuerda, las bandas cerradas é innumerables de prostitutas, y el cúmulo de incidencias que de éstas se deriva.

Pero recogiéndome la cabeza, que es lo que parece que hoy funciona mal, ó tomando el hilo del razonamiento, la joven bilbaína, ó Eduarda X, se tuvo que volver con las manos vacías á Bilbao, quizás echándome maldiciones, y de seguro sin sospechar que mi criterio sobre su particular asunto obedecía á tan profundas razones como éstas que acabo de decirte y otras muchas que tú sabes y que no hay para qué repetir. De regreso en Bilbao, resultó que el futuro estaba tísico..., y la muchacha rompió las relaciones y se volvió con su hermana definitivamente. Lo notable es que esta chica, que viaja á la inglesa, sola por trenes y barcos, con rapidez no inferior á la de César ó Alejandro, es tan tonta como cualquier otra de su clase, de donde deduzco yo que lo mismo las inglesas y alemanas que las españolas y griegas podrán hacer ó monoimitar lo que les parezca; pero que en el fondo todas quedan *mujeres*, sin que las modificaciones exteriores en la manera de vivir influyan para nada en lo esencial. No vayas por todo esto á hacer alguna suposición caprichosa, pues aunque me han

invitado repetidas veces á que concurra en *petit comité* á casa de la chica, no he ido ni una vez, ni pienso ir, obedeciendo en esto á un criterio cerrado de castidad y de honestidad, que me favorece altamente, y que favorece más aún mis planes científicos y literarios, de los cuales algún día te hablaré.

Hoy he encontrado un Swift de la Biblioteca Marpon y Flammarion por 30 céntimos (mitad de precio). Si encontrara más compraría toda la colección; pero creo que en alemán é inglés no habrá ediciones tan baratas.

A pesar de los 37° á la sombra, no me conmueves, y me considero más infeliz que tú á los 27° que aquí disfrutamos, sin una pizca de aire. Estas bajas llanuras tienen el inconveniente de que cuando sopla el viento (que es cuando no debe soplar) se hiela uno y se le descompone la máquina nerviosa, y cuando no sopla (que es cuando hace más falta) se ahoga uno y se le descompone también la máquina. Faltan las montañas y hasta los chichones geológicos de menor cuantía, y con ellos los deliciosos términos medios que hacen por ahí más sufrideras las elevaciones y depresiones de temperatura.

Continúa la feria en todo su esplendor y continúan los organillos en todo su apogeo, y los ciudadanos comiendo patatas fritas con el mejor apetito. Yo he hecho algún gasto de ellas, alternando con el famoso *nougat*, de Montélimar, que se vende á precios módicos.

Una de las novedades de la feria ha sido la llegada al Palais Indien de tres compatriotas nuestros, un macho y dos hembras: él de Cádiz y ellas de Sevilla (Triana) y Zaragoza respectivamente. Personalmente no valen un pito ni él ni ellas; pero él toca el pandero magistralmente y ellas bailan lo que pueden en el género flamenco (de España), adulterado por largas residencias en diversas localidades de Rusia, Austria y Alemania.

V

22 Julio 1893.

Hace días te envié un suplemento literario de la *Independence belge*, en que hay varias cosas que te gustarán, y como sabes aproveché un cartón en que vi una canción picante. Esto se llama mezclar lo útil con lo dulce y un poco más. En lo sucesivo te enviaré algunos suplementos que lo merecen, con los cuales estarás al corriente de varios asuntos del exterior, puesto que la *Independence* no le cede hoy á ninguno de los periódicos de París, y lleva muy bien la batuta en cuestiones de arte. Ya te he dicho que aquí son más papistas que el papa, y que recogen como maná bendito todo lo francés que huele á *esprit*, ó que lleva el sello de moderno, de fresquito, de fin de *siècle;* y en la trasmisión, aunque se pierde alguna pureza que es sustituída por un equivalente de ordinariez, se va ganando en claridad. Dadas las maravillas que realiza la división del trabajo, un cualquiera, dedicado exclusivamen-

te á buscar el espíritu de la semana, llega á encontrarlo, y en un artículo de recortes como el *Journal des Journaux* te sopla (esta es la palabra) todo cuanto tiene punta, entre lo infinito que se escribe por salir del día. Prepárate, pues, á recibir recursos muy útiles para tu redondeamiento espiritual, porque debo advertirte que tú sin salir de ahí, y yo antes de venir aquí, estábamos metidos de patas en medio de la «corriente de la vida contemporánea», ya sea por un fenómeno de auto-sugestión, ya por virtud de un principio panteista, cada día más patente, según el cual á un mismo tiempo viven en las más apartadas comarcas del mundo plantas de una misma familia y pensamientos de un mismo orden, porque es la naturaleza la que crea á aquéllas y es el espíritu el que engendra éstos.

En todo el tiempo que llevo aquí, y leyendo á diario mucho de literatura *jornalera*, lo único que recuerdo como cosa original es un artículo de crítica, que tiene trazas y pretensiones de extravagante. Jean Psichari, desenvuelve en él «con gran copia de razonamientos» el dicho vulgar de que de lo ridículo á lo sublime no hay más que un paso. Para ser gran artista hay que arrojarse en brazos de lo ridículo, y sólo el que tiene valor para crear tipos profundamente ridículos, crea tipos duraderos. El que se queda á la mitad del camino, y cubre piadosamente las bajezas del hombre, es el que nos hace reir y no con buena intención. Psi-

chari no cita el *Quijote*, que le vendría de perilla, pero aduce mil ejemplos. Werther no es ni más ni menos que un joven que hace el oso; Fausto un majadero como tantos otros que cultivan la ciencia con la seriedad del asno. Otelo pasa por los trances que nos hacen reir, cuando los vemos en nuestro vecino de enfrente ó de al lado, y Hamlet parece un jovenzuelo que erige el escepticismo en *pose*. A mi juicio, lo que hay en esto de exacto es que lo sublime es una forma de locura, puesto que su efecto es la tristeza. Cuando se intenta presentar un hombre juicioso, realizando acciones heroicas, se cae en el ridículo, porque el heroismo produce una tensión fuerte, y el buen juicio una impresión suave; en total, una gran diferencia en la velocidad de dos máquinas, que, por tanto, no pueden ir juntas. Los autores que presentan un tipo ridículo, pero dejando entrever que en el fondo hay algo de locura, consiguen indefectiblemente impresionarnos y hasta hacernos llorar. En verdad, su arte consiste en repetir un hecho muy corriente, que ha experimentado todo el que haya visto un loco en su vida. Fíjate y verás cómo la lectura, y mejor la representación del Hamlet, produce el mismo estado de ánimo que una visita al Nuncio de Toledo. Quería uno reir al principio, de los disparates é incongruencias que ve, pero luego viene el dolor producido, más que por reflexión, por la mirada del loco, esa mirada tan característica y tan sugestiva, y se sienten ganas de llorar y de huir.

Al lado de esta impresión, nada significa la del incendio del buque con mil pasajeros, ni el desplome de un edificio en que mueren aplastadas diez mil personas. Tan convencido estoy de que en todo lo que va dicho hay una gran doctrina estética, que voy á decirte que los que la siguen son hoy los únicos que descuellan en el arte. Los principales personajes de Zola son locos. El recurso supremo de Ibsen es la locura, y Tolstoi es él mismo un hombre ridículo, del que se reiría todo el mundo si no le defendiera la locura mística de que se halla poseído.

Era cosa convenida entre los estéticos que el loco no podía ser asunto del arte. Luego vinieron los de la escuela antropológica á decir que el genio es un loco *sui generis*. Sin embargo, lo que hay de verdad es que el loco es el gran asunto del arte, y que el artista no necesita serlo, aunque se den casos en que la obra inventada nos impresione tanto que pretendamos ponerla en práctica. Si Tolstoi practica lo que escribe, la mayor parte se ha contentado con escribir, sin cometer locuras de ningún género. El quid está en saber explotar la locura del hombre, y á mí me parece que ese quid consiste en presentar primero las ridiculeces y cortar á punto nuestra risa con aquella mirada siniestra que lanza el loco enjaulado, ó bien con la mirada cosquillosa del loco risueño y pacífico. Repasa en tu memoria los tipos más salientes de la literatura y verás cómo encuentras algo de esto en todos ellos. Y esta

es la razón también de que la impresión total y final de las obras humorísticas, en el sentido noble de esta palabra, desde el *Quijote* hasta la *Feria de vanidades*, de Thackeray, desde Swift á Heine, sea siempre más triste que la de las obras pretendidamente serias. Cuando el autor es subjetivo, el loco que asoma la cabeza es él mismo, como ocurre en estos dos últimos; cuando es objetivo, los locos son los personajes; pero el resultado es igual. No niego que haya exposición en hacer afirmaciones absolutas, y creo también que como la realidad tiene muchas caras, cuando se toma un punto de vista sistemáticamente, todo se deja ver por este punto, y por consecuencia todas las obras artísticas serían jaulas de locos. En Galdós, por ejemplo, sacaríamos bastantes, los mejores, «Orozco», «Viera», «Guillermina», «Leré», «El padre de las *Miau*», etc. Pero lo substancioso en esta cuestión es que el punto de vista ofrece un criterio fijo para crear tipos con probabilidad de acierto, y por otro lado, la observación se facilita, circunscribiéndose á los rasgos ridículos y á las locuras humanas; puesto que su combinación parece ser que da una idea completa y perfecta de lo que somos.

Un ejemplo fresco de lo dicho es el anunciado *Docteur Pascal*, de Zola, que acaba de aparecer. He leído dos artículos críticos, y con ellos basta para hacerme cargo de la cosa. El doctor vive en Plassans, separado de su familia, cuyas miserias conoce de sobra, y pensando aprovechar este cono-

cimiento para fundar la gran ley de la herencia. Con lo cual su madre se enfurece, porque, considerándose autora de toda la trama, no quiere que sirva para comidilla del público. Pero la ciencia ante todo—dice Pascal,—iniciando el tema serio, esto es, la chifladura que le ha cabido en suerte. Una hija de Arístides Rougon (el Maccard de «Argent») es la única que vive con su tío, pero se pone de parte de la abuela y pretende robar á éste los *documentos humanos*, coleccionados para vergüenza de toda la casta. Pascal la sorprende, la explica la grandeza de su objeto, el bien de la Humanidad—continúa él tan serio,—y la convence. No sólo la convence, la enamora—y aquí entra lo risible. El tío se enamora como un mentecato, y entre tío y sobrina alimentan un idilio, eminentemente ridículo..., si no fuera porque al final viene la separación. ¿Por qué? Porque Pascal, entre la mujer y la ciencia, antepone ésta, esto es, porque cuando la ridiculez se iba á adocenar, terminando por una aventura de chicuelos, la manía científica endereza la situación, y Pascal continúa siendo héroe de la ciencia, más héroe que si no hubiera realizado las precedentes chiquilladas. Cae Pascal enfermo, y á pesar de su enfermedad continúa la obra científica; su deseo sería vivir sólo para terminarla. Pero la muerte se le echa encima al mismo tiempo que la noticia de que Clotilde, la sobrina, está preñada de él. Enternecimiento, llamada, y quién sabe si proyectos de paternidad burguesa y

de abandono de la ciencia. La muerte, lo serio, corta oportunamente la situación, y queda sólo Clotilde y después de ella, un hijo de Pascal, la herencia que éste trataba de descifrar, hecha carne, convertida en una incógnita, en la eterna X que aparece al fin de la ciencia, como protesta de nuestra debilidad contra nuestra presunción. Después de esto, ríete de los que hablan de obras inconscientes del genio. La obra esta está tan bien calculada como una operación matemática. Si Zola hubiese escrito, como decían, la epopeya de la ciencia, en serio, nadie sabe dónde hubiera ido á parar, aunque á nada bueno de seguro. Un hombre que se llama amante de la ciencia y entusiasta por el progreso ha tenido que dar una solución escéptica ó irónica, formada por el contraste entre las ridiculeces que como hombres hemos de cometer, y la gravedad con que queremos cubrirlas mediante manías particulares que nos adornan. La solución de Zola es pesimista y filosóficamente estaba ya dada en la «Metafísica del amor», de Schopenhauer. Nosotros somos miserables siervos de la especie á la cual servimos para proporcionarnos un placer engañoso y brutal. Pascal se pasa la vida trabajando para la ciencia ó para su propia gloria (esto es lo más propio), y al cabo resulta... con un hijo, esto es, con un nuevo servidor de la especie humana, que acaso sea peor que todos los Rougones anteriores. Lo cual no quita para que el público tome la cosa por el lado simbólico y vea en todo

ello una expresión de los elementos que han entrado ó debían entrar á componer la X, la Francia posterior al Imperio fallecido en Sedán.

Según todo lo que va dicho, no me parece bueno tu sistema de dejar á la naturaleza que obre como tenga por conveniente. Lo que se cuaja espontáneamente dentro del arca de los ajos es la forma particular de la obra, pero para que cuaje hay que meter dentro algo sustancioso. La impresión recibida no basta, pues podría ocurrir que dicha impresión fuese huera, y á pesar de las tres semanas de empolladura no saliera el pollo. Hay personas que conocen los huevos fecundados, y éstas son las que deben dirigir la echadura. Para distinguir el valor de las impresiones hay que tener criterio, sin contar con que la impresión misma lleva en sí cierta traza de nuestro criterio; lo que motiva que las impresiones ó emociones sean distintas en las distintas personas. Pero aunque la impresión haya sido tomada según nuestra manera de ver, no lleva en sí la cantidad suficiente de idea en todas ocasiones, porque hay momentos en que estamos desequilibrados ó apasionados, y no vemos las cosas con serenidad. Cuando nos ocurre una gran desgracia, vemos tristezas que antes no veíamos en todo lo que nos rodea y recogemos impresiones falsas, que luego desechamos por inútiles y á veces como ridículas. Para componer se necesita estar lleno de impresiones, pero éstas no dicen nada mientras no las fecunda esa idea constante, de que

yo te hablaba. Por eso, los que escriben excitados por la pasión caen en el sentimentalismo y en la hinchazón. Yo recuerdo que cuando mi paisano A*** M*** perdió á su mujer, se incomunicó del resto de sus semejantes, y *aprovechó* las impresiones y la exacerbación de aquellos momentos para componer de un tirón un poema, que él cree su obra maestra, y que es una majadería con circunstancias agravantes. Esto no depende sólo de que se trate de un poeta muy malo, sino de que no es posible llenar con fuegos fatuos el espacio que debe ocupar el pensamiento. Hay temperamentos que componen en frío, otros que componen en caliente; lo que no puede variar es la primera materia.

Como demostración práctica de esto tú puedes servir de ejemplo. Hallándote á 37° era natural que sintieras calor, que los estragos del sol te impresionaran; pero esta impresión es circunstancial, y en circunstancias normales te parecerá impropia para la poesía. Dado este precedente, los materiales empleados en revestir la impresión son perdidos. Esta opinión mía no tiene nada de particular, pues ni el Himno al Sol, de Espronceda, que toma al astro-rey por todo lo alto me deja satisfecho. Si la poesía de la naturaleza es filosófica, exige grandes cuadros, poemas enteros, y si es descriptiva, no puede formar ó no conviene que forme temas separados, sino ir engarzada en composiciones de otro género.

En el «Ahogado» hay pensamiento y hay impresión. *Il y a du naturel*, como es moda decir hoy á todo pasto.

Siguiendo mi discurso, creo que el pensamiento es claro y bueno, pues ha servido para obras magistrales. Rebajar al hombre hasta donde se merece y un poco más es el eterno filón de la sátira. Si antes se hacía esto en forma directa y con tono sentencioso se *flagelaban los vicios humanos*, hoy este recurso no alcanza, porque todo lo que huele á sermón parece insoportable. Ha habido que recurrir á medios indirectos, ó á los contrastes en que se muestra la estupidez de nuestra especie de una manera clara y precisa, para que el lector se encargue de sacar la punta, ó á la defensa de lo indefendible con el sano propósito de acabar de rematarlo. Esta forma de sátira es la más enérgica, y se reduce á un mecanismo tan sencillo como la suerte de varas: el picador debe defender al penco y parece que lo defiende, pero como el penco no tiene resistencia, todo Dios viene al suelo; el picador, bien ó mal escapa, y el penco se queda pataleando. Para emplear este recurso hay que ser un poco canalla, pero el arte no tiene entrañas, y la sátira las tiene de hiel. Ya recordarás que el severo Taine disculpa con gusto á Swift diciendo que «bello es también un palacio cuando arde.» Y luego pone en boca de un tercero, que acaso sea él mismo: «Sobre todo, cuando arde.»

Noto que para buscar comparaciones me voy siempre á las alturas; y es que creo, como te he dicho mil veces, que mejor es no ser nada que ser una medianía, y que de lo que se trata es de saber si hay fuerzas para llegar muy alto, ó si debe uno quedarse en su casa. Ninguna persona decente debe aspirar á ser Palacio, ni Ferrari, ni Rueda, ni Cano, ni Codina, etc. etc., aunque alguno de estos coma un poco mejor que el común de los mortales. No se debe buscar la justificación de lo que se hace, bueno, mediano ó malo, que esto es trabajo de abogado, y sabido es que el abogado, por el hecho de serlo, es una bestia nociva para el arte (ejemplo, nuestro excelente amigo D***). A mí me produce gran perplejidad la impresión que te ha servido para exponer ese pensamiento de tu composición. El contraste entre la gentuza y el cadáver produce el efecto apetecido; el de los *hombres oscuros* no me gusta, porque la idea se particulariza á una *clase* y pierde la *generalidad* que debe tener. Supongamos que el asunto fuera la ejecución de un condenado á muerte. El contraste entre la canalla y la víctima produce la misma impresión, aunque el tema sea más gastado. ¿Pero la produciría el contraste entre el condenado y el sacerdote, los hermanos de la Paz y Caridad, la fuerza pública y aun el mismo verdugo? Yo creo que no, porque estos llenan una misión necesaria, dado un sistema social. En un sentido muy alto, es cierto que en la ejecución la única persona digna parece

ser el muerto, y que nos parece estúpida la intervención de quienquiera que sea. Pero el desprecio recae sobre la chusma que voluntariamente saborea el espectáculo, no contra los que intervienen por caridad, por mandato ó por necesidad. La sátira contra estos iría contra la pena de muerte, y la sátira contra los hombres oscuros ó el desprecio contra las aves de la curia recae sobre la justicia, ó lo que es peor, va contra la necesidad imprescindible del procedimiento penal y del levantamiento del cadáver, que no se ha de dejar abandonado para que llene el aire de miasmas. Todo esto parece alambicado, pero no dejará de ocurrírsele así á bulto al lector y quitará fuerza al pensamiento. Tu composición parecería intachable á los coloristas que no ven en la palabra más que la virtualidad para expresar un rasgo ó un matiz, y juzgan el summum del arte la trasmisión exacta y viviente de lo visto; pero tu objeto no es ese, pues desde el verso «que desde allí arriba parecía risible y grotesco», se inicia á las claras el sentido satírico que se completa en las dos estrofas siguientes. Yo creo que la composición ganaría suprimiendo las dos estrofas penúltimas y ampliando en dos el cuadro indicado en la que las precede, y sin necesidad de esta ampliación te puedo asegurar que á mí me satisface mucho más sustituir esas dos estrofas por una hilera de puntos y leer en seguida la última, que es la mejor de todas. Vuelve á leer la composición en la forma que yo te digo y dime lo que te

parece. El cuadro queda convertido en mancha; pero la mancha expresa más que el cuadro. Y conste que soy yo en esta ocasión el partidario de la *incoherencia*.

En cuanto á la estructura, esas dos mismas estrofas, condenadas á muerte, son las que menos me agradan, y de las restantes, á la única que encuentro peros es á la tercera: «con crueldad acusaba la forma—proporciones tan raras é insólitas;—llena de zozobra—contemplar absorta»—son versos que se prestan á algunos reparos.

. . .

He leído lo que dices de Goethe, y precisamente estos días he pensado yo sobre el asunto con motivo de la publicación de varias anécdotas que al hacer la crítica del *Werther*, de Massenet, han desempolvado los críticos. Esa misma idea que hoy se tiene de Goethe, después de escudriñar toda su vida la tuvo, por impresión, como es natural en las mujeres, Carlota Buff, cuando Goethe tenía solo veinte ó veinticuatro años. El genio trató de suplantar en el corazón de Carlota á un tal Kutzner, mozo fornido y de los que se entregan sin reservas, y Carlota, á pesar de los destellos que brillaban en los ojos del genio, le dió unas magníficas calabazas y hasta le trató con dureza un día que Goethe se atrevió á darla un beso. Kutzner la hizo madre de una docena de robustos infantes y Goethe se desahogó escribiendo el *Werther*, en el que no hay

de verdad más que el beso. Y cuentan que siendo ya muy jamona se reía Carlota de los cuadros de cenador en que aparecía ella como una enamorada romántica, víctima de su deber conyugal. En toda su vida no se le ocurrió siquiera comparar á su marido, hombre de corazón, con Goethe, hombre de cabeza. Y en verdad que este rasgo sería bastante para reconciliarnos con el sexo débil si no estuviera averiguado que es un rasgo constante en la mujer y que es obra del instinto, que no busca satisfacciones platónicas, que impone el deber de la maternidad, que abre los ojos para buscar el hombre útil, el hombre *trabajador*, dispuesto á gastar su pólvora en descargas y no en salvas.

Sobre lecturas de viajes te diré que sus efectos son monótonos, si se leen autores que sólo van á descubrir y pasan por encima de todo; pero hoy casi todos los Estados europeos tienen establecimientos permanentes y se pueden publicar estudios de interés. Yo he leído una colección de viajes publicada en Barcelona por una Sociedad de literatura, los cuatro ó seis tomos de Montaner y Simón y otros varios. Aquí he leído los viajes de Stanley y me han parecido una brutalidad, porque Stanley es un hombre inculto y cruel, é iba también derecho á su objeto, sin fijarse en lo que veía y dejándose la caravana á girones muerta de cansancio y de

hambre. Lo que sí interesa es la obra de los europeos residentes, que han estudiado los idiomas y se pueden hacer cargo de la vida de los indígenas, la cual tiene el mérito, por lo menos, de no parecerse á la nuestra.

VI

30 Junio 1893.

He pasado un buen rato leyendo tu carta de hoy, en la que hay de todo y para todos los gustos: «crítica y sátira», semblanzas, caricaturas y retratos. El de D. Tiburcio debe ser exacto; pues yo vi una acuarelita enviada como regalo á este cónsul y no obstante ir firmada por un catedrático de la escuela de Bellas Artes, me apresuré á decir que era muy mala y que aparte de otros defectos había uno importante, como era representar una flamenca por medio de una paisana del celta D. Tiburcio. Por muy malo que sea un artista, si tiene delante una gallega, no puede sacar una flamenca, aunque la cuelguen una mantilla más grande que la plaza de toros de Madrid.

En cuanto al retrato de Z***, respondo de que es exactísimo, salvo que hoy tiene la barba un poco recortada. Al día siguiente de escribirte comí á bordo del *Goya*, y antes de ponernos á la mesa

llegó el tal Z***, que me tiene entre ojos, porque no quiero reunirme con él, porque no quiero comprarle vino ni tabaco (porque es comisionista en todo género de comercio), y porque varias veces, y entre ellas comiendo por primera vez en su compañía á bordo del *Velarde*, hace una semana, hablé en contra de los velocípedos, hiriéndole en la viva afección que profesa por estos aparatos. No quiso acompañarnos á comer, por haberlo hecho ya, pero se dedicó á decir sandeces y á hablar contra el matrimonio; todo ello porque se ha acercado á dos ó tres chicas de capital, que le han calabaceado y porque usufructúa, según dicen, á una jamona que se le beneficia á él, mientras él cree que se la beneficia á ella. Como yo sé que se precia de ser gracioso y esta tarde estuvo desafortunado, me dió la ocurrencia de decirle cuando se marchaba: ¿hombre, se va usted sin querer hacernos ninguna gracia? y él tomó la cosa por donde quemaba, y salió haciendo *fú* como el gato. Esto te puede dar idea del cutis y de la cabeza que se gasta el hijo de su padre, que es un abogado que no ha querido declararse en huelga en Guadalajara.

En esta semana pasada he tenido cuatro convites en el *Velarde*, que es de la línea de Hamburgo y dos en el *Goya*, que es de los de esta línea. El capitán de éste ó é capitá addalú, que dice el cónsul haciendo el arrendajo, es de los mejores: un hombre optimista hasta el punto de estar satisfecho de su mujer, que aquí dicen malas lenguas, es una

inglesa decente, pero insoportable, y de tomar como un recreo la temporada que va á pasar ahora en Archena para curarse de viejos alifafes. El capitán del *Velarde*, D. Juan Bautista Tortajada, es un tipo excepcional. Sabe mucho más que algunos de nuestros críticos de tanda, ve todo lo que mira con gran claridad, habla con pausa y es católico del ramo de jesuítas. Uno de los temas admitidos por *aquí arriba* como dogmas, es el de considerar el catolicismo como causa de degradación de las naciones católicas y el protestantismo como causa del engrandecimiento de las naciones protestantes; yo creo que si en España hubiera muchos tipos como este (en vez de haber abundantes charlatanes y discutidores), se demostraría que el catolicismo no se opone á los adelantos ni á los engrandecimientos. Bien es cierto, para decir la verdad entera, que tampoco los favorece; pero de aquí solo se saca como consecuencia que los españoles, siendo católicos y trabajando, podrían enriquecerse, de la misma manera que los ingleses no descenderían del puesto en que están, aunque dejasen de existir los ridículos «ejércitos de salvación», que los domingos infestan los paseos públicos de las ciudades de Inglaterra para maniobrar con arreglo á la táctica militar, como si fuesen á dar la batalla á otro enemigo que el que llevan consigo, la estupidez y el *spleen*. Todo esto lo digo porque Macaulay, que es uno de los hombres de espíritu más independiente que me he echado á los

ojos, dedica párrafos y más párrafos á sostener el dogma antes indicado; y es que aun el entendimiento más enérgico no se libra de caer en los moldes vulgares para evitarse la molestia de penetrar más en el fondo. Se ha visto que ciertas naciones bajaban mientras otras subían, y se ha notado que aquéllas eran católicas y éstas protestantes, y no ha habido más que hacer. Se han encontrado dos magníficas tapaderas para cubrir todas los hechos históricos. Es posible que en el porvenir se vuelvan las tornas; con cambiar las tapaderas, la filosofía de la historia queda incólume. Sin embargo, no hay que esperar al porvenir, porque hoy mismo, mientras Alemania é Inglaterra están muy altas, merced á las industrias de colonizar y falsificar, Noruega anda por los suelos, á pesar de sus grandezas del tiempo Gustavo Adolfo, y Holanda va de capa caída, desde que sus amigos los ingleses le quitaron las mejores colonias (las que adquirieron separándose de nosotros.) Mientras España é Italia están atascadas á la entrada de la cuesta, no obstante los Camachos, Gamazos, Cos-Gayones, Conchas, Crispis, Giolittis y Grimaldis, que ejercen de carreteros, Francia y Austria están á una altura bastante decorosa. Esto sin contar con que los rótulos no corresponden casi nunca á la mercancía. Aquí somos nosotros el prototipo del catolicismo, porque nuestro soberano se llama *S. M. catholique*, y los que somos de casa, sabemos lo que hay en esto de verdad.

Lo mismo ocurre en todas partes *mutatis mutandis*.

Me extraña que creas que en la cuestión matrimonial he dado yo un cambio, siendo así que quizás sea este el único punto en que, desde antes de nacer, tenía un criterio fijo. Si ha habido variación, ha sido para desenvolverlo y extenderlo cada día más y con mayor convencimiento. Lo que hay es que, dado el hecho fatal del matrimonio, yo encontraba preferible la mujer de puertas adentro á la señora de salón. La primera es una imposición de la naturaleza y se puede tragar cuando no hay fuerzas para revelarse; la segunda es imposición de la naturaleza, y además engendro de nuestra simplicidad, que revela, no como algunos creen, sentimientos caballerescos, sino mansedumbre consciente. Los antiguos caballeros se alanceaban por una mujer, pero una vez conquistada, la metían bajo siete llaves. En esta mujer, en la castellana, está el origen de la esposa burguesa de nuestros días, en la cual hay algo de morisco, porque no en vano los moros estuvieron varios siglos haciéndonos compañía. La señora de salón es importada del extranjero, y tiene sus raíces en el espíritu revolucionario francés, y en sus hijuelas: el *feminismo*, el nihilismo de las mujeres rusas, etc. Aquí hay mujeres que escriben á diario y defienden sus derechos, imitando perfectamente el *juego* de los partidos y de las opiniones. Ahora hay discusión ardiente sobre si la mujer puede ó no puede *veloci-*

pedear y el triunfo es para la afirmativa. En Amberes hay más de cien señoritas con velocípedo, y no es raro ver por las calles céntricas el espectáculo estupendo de un *ménage* que sale á pasear en bicicleta. La madre delante como un *guión*; detrás la hija casadera, la que sigue, el niño zangalón y el arrapiezo, y cerrando la banda el papá, en un pesado triciclo. Este cuadro es el ideal de Z*** y demás estúpida canalla metalizada.

Mas por lo que hace á las mujeres, yo creo que tienen toda la razón de su parte y que los hombres no debemos negarnos á lo que piden.

La naturaleza de la mujer exige que su lugar sea inferior al del hombre en cuanto á los asuntos de interés general. Hay mujeres que gobiernan admirablemente una casa, pero no hay ninguna que pueda gobernar una localidad; un reino sí, porque otros lo hacen por ella. Su gran habilidad consiste en conocer las personas por impresión y las cosas por presentimiento; pero esto de vez en cuando.

Dada la condición subalterna que debe tener la mujer en bien de ella y de todos, nada más insensato que declararla igual al hombre y no poner esta igualdad en las leyes que se refieren á la vida práctica. Se da la libertad y se niega la bolsa, creyendo que con esta ficción la mujer quedará satisfecha. Sí quedaría cuando las cosas quedaran ahí; de un lado la vanidad enorgullecida con la consideración de ser igual al hombre; del otro, el estómago tranquilo con la confianza de que nunca fal-

tará el lastre. Pero aquí llega el conflicto. El hombre se convence de que ha hecho un disparate y se retrae del matrimonio. Es el único recurso después que se ha cacareado contra todas las formas de familia distinta de la moderna, dejándolas para uso exclusivo de los salvajes. ¿Qué hará la mujer, igual al hombre teóricamente, pero sin medios de subsistencia? Pedir la igualdad práctica ó caer en la prostitución, puesto que el realce de la *señora* exige que se llame prostituta, no á la que se vende por dinero, sino también á la que se entrega sólo á un hombre para asegurar su manutención. ¿Y qué es la prostitución más que la poligamia y la poliandria disfrazadas y más *sucias* que entre los *salvajes?*

Quizás conozcas la contestación que un diplomático turco dió á otro francés, que se extrañaba viendo que en un harém se distinguía perfectamente la sultana ó la esposa, de las concubinas, cada una de las cuales ocupaba el lugar y el rango correspondiente á sus propios meritos:—Crea usted, amigo mío, que nosotros hacemos lo mismo que los demás hombres de Europa, solo que lo hacemos con más comodidad y con más limpieza.— Tanta fuerza tiene la realidad, que aquí por ejemplo (y lo mismo ocurre en todas partes), á pesar de una legislación dura en contra, los nacimientos ilegítimos representan constantemente un 25 por 100 ó más. El que no puede ó no quiere casarse, tiene una querida; cuando ésta se pone enferma ó

le aburre, busca chicas volátiles ó va á las casas de prostitución. En resumen, una poligamia costosa, molesta y asquerosa.

Entretanto, las mujeres que no se casan y que no tienen rentas, un 50 por 100 del total, tienen que vivir arrastrándose ó pidiendo medios legales para ganarse el sustento y acaso para atraer á algún esposo consorte, de esos que hoy se prestan gustosos á desempeñar el papel que antes parecía indigno en las mujeres. El porvenir próximo de la cuestión femenina parece ser la gradual emancipación, y con ella el rebajamiento del hombre y de la sociedad. Y si llega un día en que la mujer de carrera, hoy tolerable por ser un bicho raro, se encuentre por todas partes en las filas de la burguesía y de la ciencia, habrá que suplicar á la Providencia que caiga sobre nosotros otra nueva invasión de bárbaros y de bárbaras, porque puestos en los extremos, es preferible la barbarie á la ridiculez.

En la mujer burguesa se ven todavía los restos de la vida antigua, y los inconvenientes de la igualdad de los sexos resultan atenuados; pero en la mujer educada para brillar fuera de su casa por la ilustración, por la elegancia ó por otras cualidades, yo no veo agarradero posible. Con ella tiene que desempeñar el marido el papel de editor responsable; uno da el nombre y cubre todo lo que sea necesario cubrir, y la gloria, cuando la hay, es para los demás. Por eso citas muy acertadamente á Platón, que se complacía con el trato de las mu-

jeres de *esprit*, pero cuidando de no cargar con ninguna. Esto mismo se siente hoy, y aunque parezca brutal, y lo sea en la forma, el caso de «La Montálvez», de Pereda, no deja de tener realidad. Hay que crear un tipo que represente á la mujer griega, á la vez ideal y disoluta, siempre independiente del hombre (no por ministerio de la ley, sino por mérito propio) y sabiendo vivir sin arrastrarse, aun en medio de la más cruda prostitución; de la misma manera que el hombre sabe sacudirse el fango que recoge en un día de bacanal y coger al día siguiente los pinceles y pintar Madonas, como Rafael. (Conste que no quedo satisfecho ni mucho menos de este párrafo que me ha salido sin pensar, mientras discuto sobre la forma en que se ha de enviar la cuenta de derechos obvencionales, por estar á fin de año económico).— Pues bien... para crear ese tipo de mujer necesitamos nosotros hoy en Madrid (porque en el resto de España el problema es más difícil): 1.º Una mujer que sirva para el caso; 2.º que no esté educada en el santo temor de Dios; y 3.º, que se case con un marido tolerante, con el marido ideal, según tú.

Así recordarás que Pepe Guzmán, hombre de cierto gusto, cuando conoce á la Montálvez y cree encontrar en ella el tipo de mujer que hace falta para la obra, lo primero que hace es sacarla de quicio y lo segundo empujarla para que se case con el hacendista. Sin dejar su mojigatería la Montálvez podría pasar por joven recogidita y buena para

las funciones de iglesia; sin casarse con un hombre aborrecible había el peligro de enganchar al hombre amado y dar de hocicos en la Vicaría, donde empieza la gracia de Dios, pero donde se acaba la gracia estética del asunto. Una vez planteado así éste, sólo hacía falta para sacar una novela de punta, un artista pagano, que viera la cosa desde su verdadero punto óptico. Con las ideas religiosas de Pereda el fin tenía que ser una estupidez, y los personajes debían quedar estropeados para que no padeciera la moral.

La conclusión de todo esto es: que para el amor ovidiano tenemos por fortuna en España buenos materiales, y no muy caros, dada la situación de las demás plazas europeas; que para el amor platónico (con gotas del otro se entiende) escasea la primera materia y se necesita una manipulación más complicada, y que en ambos casos resulta confirmada la tesis de mi antiguo compañero de dominó, Mr. Gouban, á saber: «que le mariage est très bon... mais pour les autres.» Queda solo un cabo por atar: el término medio que tú condenas, representado en la mujer casera. Si hay un hombre que no puede pasar sin alguien que le ordene todos los chismes de la casa, y ese hombre no puede echar mano de un asistente ni de una buena ama de llaves (¡invención metafísica de los escolásticos de sotana!), me encojo de hombros. Con motivo de las frases que dedicas á hablar sobre amistad, de la amistad según Schiller, te diré que en efecto,

debe ser una cosa muy rara esa amistad, pues no sólo se encuentra pocas veces, sino que hay muy pocas personas que la comprendan siquiera. Yo no he encontrado ninguna. A mi jefe, por ejemplo, no puede entrarle en la cabeza que dos personas se escriban frecuentemente sólo por la satisfacción de comunicarse sus impresiones, y menos aún que lean tantas páginas de *letra menuda*, sin objeto ni utilidad. El escribe á diario cartas de felicitación al que asciende, al que obtiene una cruz, al que tiene una desgracia; es un hombre servicial y desprendido con los amigos, es de lo mejor que hay en el género. Y sin embargo, no comprende la amistad sin la utilidad, sin algún pegote extraño que la complete. Esto es general, y yo no encuentro, como te digo, jamás una persona que se reconozca amiga de otra *porque sí*. Mucho afecto, mucho desinterés, todo lo que se quiera; pero cuando se miran las cosas con calma se ve que hay una de dos cosas: ó historia (y esto es lo mejor, porque revela gratitud) ó esperanzas. Las esperanzas de sacar jugo en una de las mil formas conocidas, es lo que sostiene casi siempre la amistad.

En este mismo momento recibo carta de mi antiguo habilitado, diciéndome que tiene en su poder el piquillo que me debía. Con este motivo le pagaré á Daniel y le obligaré á escribirme, aunque sea solo para acusar recibo. Aquí tienes un ejemplo, y otro podría ser mi amigo M*** R*** de verdadera amistad, de amistad desinteresada y sin se-

gunda intención; pero una amistad tan fría que no puede vencer al abandono, y que solo da señales de vida cuando hay algún motivo. Si á cualquiera de esos dos amigos le hago un encargo, me lo hacen y me contestan; pero si no hago encargo no me lo hacen, como es natural, pero no me contestan tampoco.

Estos días hemos tenido aquí dos fiestas originales, de que no quiero dejar de darte noticia, porque revelan muy bien el carácter local. La primera fué una ceremonia rara, que se llama celebración de las bodas de oro de obreros pobres. Precisamente en mi barrio se ha dado el caso de que dos individuos de sexo diferente hayan ido tirando del pellejo hasta el punto de llevar cincuenta años de casados sin haber tenido un *sí* ni un *no*. Esto se dice también cuando uno de los cónyuges se muere. Los vecinos del *quartier* abrieron una suscripción para cubrir los gastos y hubo serenatas, procesión pública por el estilo de nuestro viático, con la pequeña diferencia de que en vez de los oleos le sueltan á los bienaventurados pacientes una de trompetazos que tiembla hasta la mole del palacio de Justicia, banquete ó *raout*, *exhibición* pública y ensordecedoras aclamaciones. La función tiene lados conmovedores (sobre todo el de llevar cincuenta años metidos en la misma cama), lados prácticos, que le hincharían la *quatrina* á Pedregal y lados ridículos, que no hay para que ensañarse en señalar.

La segunda manifestación social tiene puntos de contacto con la primera. Se trata de que el cura de la Catedral lleva, desde ayer, veinticinco años de ser decano de los párrocos de Amberes y con tan fausto motivo todas las casas de la parroquia y algunas más (salvo las de los ateos) estuvieron durante el día y la noche adornadas con banderas y colgaduras, algunas de las cuales cruzaban de balcón á balcón cubriendo las calles. El vulgo se contentaba con estas expansiones, pero la aristocracia, entre ella nuestro representante, desempedraba los pavimentos con los veloces carruajes para agolparse á la puerta de «notre venerable pére doyen» y hacer *acto* de catolicismo. En estas y otras circunstancias hay que demostrar lo que se es, para señalarse y entrar en la fracción católica. El que se mantiene reacio no entrará en ninguna parte, porque aquí los bandos se hacen guerra á muerte y no hay un católico que admita en su casa á un liberal por nada del mundo. En cuanto á los curas, ya comprenderás que aquí están mejor que ahí, sin comparación posible. Se dan importancia de directores generales por lo menos, no se familiarizan con todo el mundo y se hacen valer dando conferencias á tres francos la entrada (y si el conferenciante es jesuíta el local se llena). Cuando esto ocurre en una ciudad liberal como esta, donde el Ayuntamiento es todo liberal, no sé lo que pasará en Flandes, donde el catolicismo parece estar en pleno período inquisitorial.

VII

5 Julio 1893.

Para anunciarte el envío de algunos recortes y suplementos, que creía no te vendrían mal, acudí al procedimiento de todos los comerciantes, á dar un poco bombo al artículo. Esto no quiere decir que yo te haya engañado, pues el primer suplemento te lo envié sólo por el artículo de Tallenay y el de Víctor Hugo. Después sí te he mandado algunos recortes azules, que tienen alguna chispa, y dos *Fígaros*, en los que habrás encontrado cosas buenas. Aquí no hay espíritu francés, sino afrancesado; pero esto no quita para que haya periódicos, como la *Independence*, bien costeados. Hace algunas semanas ha publicado artículos de un gran crítico inglés sobre la pintura francesa y de un francés sobre la inglesa que han llamado la atención.

Sin embargo de todo, te diré que en el tiempo que aquí estoy, lo más original que había leído era un artículo que no lo es, el de Psichari, y te decía cuatro generalidades de él. Hasta aquí todo iba bien, pero como del hilo se viene al ovillo y desde que no creemos en nada, tenemos necesidad de inventar todas las mañanas unos cuantos dogmas, que nos permitan pasar el día como seres racionales, yo me encontré en buena disposición para echar los pies por alto, y saqué de la nada la teoría de lo ridículo y la locura como elementos integrantes de lo bello ó de lo artístico. Lo disparatado del sistema está en emplear por exageración las palabras ridiculez y locura en vez de usar otras más suaves, por ejemplo, las de hombre interior y exterior que tú escribes. El hombre *exterior* (y todos lo son) es ridículo ó vulgar. Si es vulgar tiene poca substancia artística, porque una cosa es que lo vulgar se embellezca por la manera como se representa, y otra que lo vulgar sea bello en sí, cosa que yo no creo. Si es ridículo ofrece más aliciente para el artista, no por ser ridículo, sino por servir como elemento de contraste con el ser interior. El hombre *interior* (y lo son muy pocos) es el *loco* de mi cuento, al que la gente llama *chiflado*, los antropólogos *vesánico* y los artistas *apasionado*. Y aquí entra lo esencial de mi doctrina: el tipo artístico es siempre una combinación, no arbitraria, sino natural, de rasgos ridículos y de locuras ó de arranques pasionales. En el hombre vulgar, se demostrará habili-

dad artística y nada más, si se toma como tipo; en el apasionado y en el ridículo habrá interés, pero el resultado se conseguirá á medias. Yo no recuerdo en este momento ningún tipo exclusivamente ridículo, que sea grande en la historia del arte. Falstaff, por ejemplo, es ridículo, pero tiene mucho de serio y de grande; porque si aparentemente no hace más que bufonadas y sirve de diversión á todo el mundo, tiene un fondo de pasión que enternece. Su *exterior* sería ridículo, pero cuando se le ve ir una vez y otra á las citas de amor, de las que siempre sale con las manos en la cabeza, sin dejar de reir, se comprende que en el *interior* hay algo sublime capaz de arrostrar una burla tras otra. A esto le llamaba yo locura, pero si se quiere se puede variar, como te digo, la palabra. Cuando los estéticos han definido lo ridículo como desequilibrio de fondo y forma, han definido un compuesto y no un simple. Lo ridículo es sólo lo que cae por fuera, y cuando hay entre esto y lo interior un desequilibrio, lo ridículo se purifica y se enaltece. Pero somos tan *canallas* que llamamos ridículo á un hombre que quiere amar y no puede porque es jorobado, y llamamos sublime al que quiere subir al cielo y no puede porque está amarrado á la tierra. Para mí Falstaff es tan sublime como Prometeo. Lo que hay es que se habla mucho contra el vulgo y todos somos vulgo, y que los juicios artísticos se suelen establecer desde el punto mediocre en que estamos colocados la generalidad de los hombres. Un críti-

co como Taine ó como Sainte-Beuve no deja de ser un hombre que, pensando muy alto, juzga, sin saber cómo, con arreglo á la ordinariez de la vida que vive. Los que hacen menos que él son ridículos; los que hacen más son sublimes. Tartarin va al primer encasillado, porque ninguna persona de buen sentido habla como él ni hace excursiones como él (aunque quizás algunos las hacen peor, por ejemplo, los excursionistas por abono á alguno de los *bureaux belges);* cualquiera de los soldados que en *La Debàcle* se deja pegar un cañonazo por la patria irá al segundo encasillado, porque ninguna persona de buen sentido acostumbra á ponerse en sitio donde le puedan maltratar su respetable organismo.

Pues de la misma manera no hay tipo verdaderamente artístico si se le despoja de la parte exterior y se le deja sólo la médula. El clasicismo hacia eso, en literatura como en pintura y escultura, y precisamente si la reacción romántica y después la realista van á alguna parte es á esa, á cubrir los esqueletos clásicos, que suelen impresionar más por su antigüedad que por otra cosa. Ya citabas á Edipo, y decías que no hay medio de hallarle el lado ridículo; es cierto y ahí está el mal, pues á poco que reflexiones entre Edipo y San Albano no hay más que un paso. Lo chocante en el clasicismo es el contraste entre la vida y los personajes. Estos son tan secos y lamidos como las figuras cristianas, y, en cambio, la vida rebosa de sensualidad. A

cualquiera se le ocurre pensar que el defecto que se nota en las *pastorales*, ese falseamiento de tipos, que por más que se haga no cuajan dentro del cuadro de la naturaleza en que se les colocó, es un defecto general en toda la literatura clásica. Tú en este punto debes ser más extremado que yo, porque, según veo, estás metido de patas dentro del espíritu germánico.—No digo esto por las palabras que citas de Goethe, sino porque te muestras refractario á quitar nada de la impresión dada por la realidad. Entre los germanos, los flamencos se llevan en este punto la palma, y tú que has visto muchos cuadros flamencos habrás notado la valentía con que los artistas copian la naturaleza; yo he visto alguno en que, sin hacer falta para el asunto, se ha trasladado al lienzo todo lo que el artista vió, sin quitar ni poner nada, aunque sepa y vea que el conjunto (como dicen los clasicófilos) va á padecer. Porque para él el conjunto no era la expresión de una idea ó de un momento, sino la pintura de algo interesante de la vida en un lugar determinado (pues no se vive en el aire). Compárese cualquier *Dúo* ó cualquier *Partida de juego* de los pintores meridionales con el *Duo* y la *Partida*, de Teniers. En los primeros, personas y expresión; en el segundo, personas, expresión, mesas, sillas, cazuelas, gato, candil, botijos, etc.

Tú tienes simpatía por este segundo modo de ver las cosas y yo te aplaudo, porque es el mío, aunque quizás yo me quede detrás de ti. Por lo

tanto, me extraña que me derribes mi castillo de naipes y creas que es una herejía artística (ya que no moral, lo que me sería menos sensible), lo que apuntaba sobre la necesidad que tiene el artista de acudir á los dos resortes infalibles de lo bello natural. Y lo peor del caso es que para aplastarme invocas á Goethe, como si no supiéramos que la estética de Goethe viene á ser poco más ó menos como la pastoral que un obispo de las carnes del cardenal Moreno dirigiese á sus fieles ovejas para demostrarles que hay que comer poco y que así se gana el reino de Dios. ¡Que la poesía debe tratar asuntos limitados, modestos y amorosamente reales! ¡Que lo absoluto puede ocultarse detrás de ese modesto velo de limitación, modestia y amorosa realidad! Esto debió decirlo Becquer ó en nuestros días A. F. Grilo; pero no el hombre que se embuchaba todo el pensamiento de su siglo, que escribía con más intención que un toro, que se remontaba hasta las alturas, donde viven las ideas madres y pretendía ser más filósofo que los cultivadores de la metafísica. Detrás de esas declaraciones de Goethe lo que se ve es el deseo de evitar los estragos que su sistema había de producir en cabezas que no teniendo seguridad para remontarse tampoco quieren quedarse en tierra. Para los poetas de pocos alcances está muy bien el consejo, pero ya te decía que para ser esto mejor es no ser nada. Podrá decirse que Goethe trató también ó practicó asuntos pequeños y que compuso baladas,

que son una maravilla. Todos los asuntos no se prestan á que el poeta se eleve á lo absoluto, ni tampoco está siempre el ánimo dispuesto para tamaña empresa; pero la fama del poeta se ha de cimentar sobre lo grande, y el que no llega á lo grande, dice Pero Grullo que se queda en lo mediano. Esos asuntos limitados y modestos sirven para ensayar y para afilar las armas; pero despues hay que ir más lejos.

Te resistes á creer en la necesidad que hay de pasar las impresiones por el tamíz de las ideas fijas, y yo insisto en mi opinión y voy á defenderla de nuevo.

Lo que tú llamas temperamento, es un estado constante del individuo, en el cual, uno de los componentes, es la idea fundamental en cuestión; pero puede ocurrir que en momentos determinados ese temperamento se modifique por circunstancias exteriores y sea necesario suplirlo artificialmente por obra de la reflexión, pues de lo contrario, se perderían la integridad y la consecuencia, que son indispensables en un hombre de mérito. Puede haber un general muy valiente, que en determinada batalla, sabiendo ó sin saber por qué, se deje dominar por el miedo y vuelva bonitamente las espaldas al enemigo. ¿No te parecería más prudente que, aun sintiendo el miedo, dominara su cobardía y permaneciera en su lugar para no destruir su fama de valiente? Lo uno es natural, lo otro es hipócrita; y sin embargo, esto último es lo prudente,

porque no se encamina á producir un engaño, sino á evitar que un momento de cobardía destruya toda una leyenda de valor. Aun para el público es conveniente usar de estas estratagemas, porque produce mal efecto todo cuanto tiende á modificar su concepto formado sobre las personas. Nos parecería inconcebible que Cánovas saliera ahora pronunciando un discurso demagógico y absurdo, que Salmerón escribiese un tratado de metafísica por el estilo del P. Ceferino. En cualquier orden, las personas que tienen un carácter adquirido, y más aún las que merecen tenerlo, deben conservarlo, ocultando las pequeñas fluctuaciones diarias que lo descompondrían. Esto no se opone á la conversión, pues cuando realmente hay cambio absoluto de ideas, cambio determinado é irrevocable, el carácter se completa y no pierde nada de su valor. A cualquiera se le ocurre que San Pablo y San Agustín, dos ejemplos de conversión súbita, son siempre los mismos caracteres, aunque movidos ayer por una idea, mañana por la opuesta. Pero las pequeñas flaquezas deben quedarse guardadas y no influir en asuntos de trascendencia.

En este sentido te decía que el poeta debe tener una idea constante ó un criterio fijo y personal; pesimista ú optimista, creyente ó ateo, decidido ó vacilante, retrógrado ó innovador. Sea cual fuere el matíz será bueno si se refleja constantemente en sus poesías. Lo que no me parece propio de un

gran poeta es dedicarse á la fotografía y trasmitirnos en una composición ideas lúgubres á lo Heine y en otras ideas progresistas á lo Quintana. Este ejemplo te dará á entender lo que quiero decir, si mis explicaciones no son claras, y te convencerá de que debe haber algo más que el temperamento, debe haber por lo menos cuidado de ver las cosas cuando el temperamento está en condiciones normales y cierta parcialidad para prescindir de aquellas impresiones que no favorecen nuestro modo de pensar y que no consiguen, sin embargo, modificarlo. Si eres enemigo del matrimonio y has compuesto algo contra esta venerable institución, no estará bien que, si un día. (todo puede ocurrir), presencias un cuadro de familia que por el momento te haga reconocer la bondad del hogar doméstico, las delicias de la púdica esposa y de los traviesos hijitos, sanos, sonrientes y juguetones, recojas tus impresiones y las aproveches para un cuadrito del género Fray Luis de León. Si las presentas como es debido sólo servirán para descomponer tu personalidad poética; y aun es probable que la ejecución sea mala, porque así como el que no es adulador, no encuentra palabra para adular, el que no es de ánimo apacible no suele encontrar medios para describir un cuadro tranquilo y de suave entonación. Si los adulteras y deslizas algún veneno de tu cosecha, algo que suministre no la impresión misma, sino tu manera de ver, poco conforme con la de la generalidad, no conseguirás

ningún efecto, porque el principal arte del poeta está en conocer que el que lee gusta de ver cómo en un hecho que á él nada le decía, el artista encuentra bellezas ocultas y que descubiertas, parece imposible que no haya podido descubrirlas todo el mundo de puro naturales y sencillas y hasta vulgares. Los inventores son los que *caen* en cosas en que los demás no habíamos *caído* y á los poetas les pasa lo propio; por esto al poeta se le conceden todas las libertades menos una, la de adulterar la realidad, sacando de ella consecuencias impropias, violentas ó forzadas.

Cuanto va escrito sería completamente incongruente, si no hiciera, para terminar, una indicación: que me parece absurda tu teoría del temple de los aceros y de las poesías, y suicida la de las erupciones cutáneas y literarias. Claro está que si las poesías se hubieran de colocar como las espadas en la panoplia, que no ve ni oye ni entiende, no habría que decir palabra; estamos en la misma situación de Juan Palomo. No creo que tu salida sea más que un recurso, porque de lo contrario revelaría una pretensión de aristócrata ó de *amateur*, que trabaja por puro gusto y con refinado egoísmo. Y lo peor del caso es que casi siempre los que tal dicen y hacen son pésimos artistas, que desprecian al público porque le temen. Una cosa es que no pienses por ahora publicar nada, y otra que desees, como debes desear, ir avanzando y explorando el terreno para ver si algún día puedes dar

la batalla, ó si esto te parece muy retumbante, puedes poner el huevo gordo.

Y en cuanto á las dichosas erupciones, parece imposible que desconozcas los adelantos de la terapéutica. No hay que mahometizarse hasta ese extremo, que aún disponemos de algunos específicos para combatir toda clase de *dermatosis:* ahí están el iodo y el arsénico, entre otros, que hablarán por mí.

Realmente todas las recetas del arte poética son filfa, y la medicina más segura es dejar que la Naturaleza obre; pero hay momentos en que hasta los médicos más conservadores se convierten en radicales y aconsejan los procedimientos rápidos.

Ya comprenderás, por lo que va escrito, que hoy escribo deprisa, porque no quiero retrasar la carta y tengo que ir esta tarde á devorar el consabido *arroz* á bordo de uno de los barcos españoles. Sin embargo, te diré que ese error que tú achacas á Goethe me demuestra á mí que desde el genio al pipiolo todos los hombres son lo mismo que el gallego que daba puñetazos en la reja. Lo que se obtiene fácilmente no merece ningún respeto, y lo que no se puede obtener, después de darnos malos ratos, nos deja aún llenos de admiración. Digas tú lo que quieras, yo creo que Carlota fué una mujer ordinaria, dotada del instinto necesario para distinguir lo que le convenía, y creo que Kützner ó Koestner era un hombre á la altura de Carlota. Goethe dormía más que Homero, y se enamoró

de la chica porque sabía cuidar muy bien á sus numerosos hermanitos; si no fué Goethe el enamorado, lo sería el instinto de la especie que estaba dentro de él; y Goethe fué amigo de Koestner, más que por las cualidades de éste, por debilidad, por reconocerse inferior en el punto debatido. Pero lo que desde luego tengo por cierto, es que de las relaciones supuestas en el Werther, no queda en pie más que el beso.

Puesto que sigue la racha lírica, no dejes de enviarme algo que me refrigere en este arenal desierto y caliginoso en que vivo.

VIII

24 Julio 1893.

Á pesar de tu silencio, pensaba escribirte días atrás, pero me lo ha impedido una breve alteración en mi siempre buena salud.

Ha dado la coincidencia de que en la semana pasada se celebraban los días de S. M. Leopoldo II, y con este motivo no hubo oficina dos días, que yo alargué hasta cuatro, incluso ayer domingo, sin que en todo este tiempo cesara la desagradable función. Hoy vine al Consulado, como de costumbre, aunque bastante estropeado, y tropecé en uno de los cajones destinados á las cosas inútiles, con unos brevajes, que el verano pasado nos envió el Sr. Vivas Pérez, de Almería, para ensayarlos en los coléricos, y tuve el buen acuerdo de tomarlos y propinármelos, en vista de que no me costaban nada y de que yo creo que todas las medicinas son, poco más ó menos, la misma cosa, con diversos nombres. El resultado ha sido

instantáneo, pues á la primera dosis he entrado en caja y ya me encuentro restituído á mi primitivo esplendor y lozanía. No quiero investigar las causas de mi enfermedad, ya que la considero pasada, pero me parece que habrán tenido parte en ella la leche ó las verduras, y, más que nada, el calor sofocante que disfrutamos, y la cerveza y mantequilla, de que abusamos.

Por fin llegó tu carta, y con ella la buena noticia de que al fin estás en posesión de tu jefatura. Siempre es agradable tener que hacer algo, y yo creo que no te faltarán distracciones en el nuevo cargo; pues aun prescindiendo del material, te queda el personal de visitantes y de artistas, de los que puedes reirte un poco ó con los que puedes entablar relaciones útiles.

Mi vida oficial sigue, en cambio, sus cauces rutinarios, que ahora son los más apetecibles, porque con el verano las pocas aguas que suele llevar se han ido quedando en el camino y estamos como río seco, convertido en carretera. Se me olvidó decirte que, según he leído en el *Diario de Sesiones* del Congreso, han acordado elevar esta oficina á «Consulado general», fundándose en la importancia que ha adquirido últimamente, y que yo, que estoy aquí, no veo ni es posible que nadie pueda ver. ¡Buenos deben andar los otros Consulados ó bueno debe ser el personal que hay en ellos!

El Cónsul cree que será él el favorecido con el ascenso, y excuso decirte lo alegre que estará, más

que nada, por conseguir esta breva en tiempos tan difíciles como estos en que preside la figura despiadada y patriótica de D. Germán. Para mí lo más sustancioso sería que me concedieran el sueldo mínimo de los vicecónsules que sirven en Consulados generales, ó sea 4.500 pesetas; pero creo que me quedaré como estaba hasta que me canse y me marche de aquí. Hasta ahora voy bien, porque tengo todo el tiempo libre para mis cosas y me distraigo escribiendo un par de obras que pienso publicar cuando vaya á España. Una de ellas está en embrión, y la otra en manipulación muy avanzada, pues ya voy por el capítulo once, y tendrá, á lo sumo, veinte. El principal mérito de estas obras es que no pertenecen á ningún grupo de los conocidos: no son de arte, ni de ciencia, ni de historia; no son idealistas ni naturalistas, ni buenas ni malas, ni de buena ni de mala fe. Si fuera posible te enviaría retazos de ellas; pero creo que no sacarías nada en claro, y además me darías tu opinión desfavorable al fondo y á la forma, y hasta que las termine no quiero que me desanimen, pues temería no llegar al fin. Mi posición respecto de estos engendros es la misma de un padre respecto de un hijo que le nace podrido por leyes inevitables de la herencia. Aunque no es plato de gusto que le nazca á uno un hijo lleno de alifafes, al fin y al cabo en caso necesario hay que quererlo ó, por lo menos, darle los primeros cuidados hasta que se muere ó se sana, ó se queda, como es frecuente, vivo y

con la podredumbre más ó menos tapada é inofensiva.

Veo que en el fondo coincides conmigo en la apreciación del *Dr. Pascal*, que yo no he leído ni quiero leer, por las razones que tú indicas. En el momento que una obra de arte se convierte en *uno de tantos* apoyos de una tesis general, pierde el interés y más aún la pureza que los asuntos artísticos deben tener. Habrá cosas nuevas, cuadros excelentes, tipos admirables, etc., etc., pero ya nadie impedirá que todo esto parezca como un andamiaje armado para levantar en alto un bloque ya conocido que hemos tenido entre las manos y estamos hartos de sobajear. Aún en el caso de que el artista lleve esa segunda intención, debe procurar que el público no vea las manipulaciones ni se familiarice con las ideas, que va á colocar en lo alto de su obra.

Mi opinión sobre Zola se acerca mucho á la que tengo formada sobre Sagasta ó Silvela, ó cualquiera de nuestros *políticos hábiles:* una vez que se entera uno de lo que quieren y de los recursos que emplean para conseguirlo, no hay medio de leer sus discursos ni de encontrarles la punta á sus maravillosas tramas políticas, que dejan boqui-abiertos á los periodistas y asistentes á la tribuna. Variarán los recursos hasta lo infinito, pero lo fundamental siempre es lo mismo; y no se encontrará nunca en ellos una creación política, pensada y acabada como las de Castelar ó Cánovas, los úni-

cos hombres que representan algo en la última mitad de este siglo. Detrás de Sagasta se ve la mayoría, los amigos, los compromisos adquiridos; detrás de Silvela, la vanidad, el odio al jefe de los húsares; detrás de Gamazo, los trigueros; detrás de Zola, el documento humano y la fisiología y una porción de principios científicos fresquitos y coleando. En cambio, detrás de Cánovas ó Castelar, aunque haya todo aquello, lo que se ve es un plan político definido, y detrás de Daudet, por ejemplo, aunque se encuentra algo de esto último, lo que se ve es arte puro y sensible. Cuando pase un siglo, cada cosa se quedará en su sitio, porque para las cosas del espíritu el tiempo es como para las materiales la distancia, sin que sea posible pasar por encima del uno ni de la otra. Lo que hoy es grande tiene que serlo por fuerza para todos, lo mismo que el Guadarrama es una gran montaña y los Alpes lo son también para el que se encuentra en sus faldas; alejándose varias leguas el Guadarrama será un cerrote y los Alpes una gran cordillera, y pasando varios años los hombres de nuestro tiempo tomarán la altura que tienen en realidad, muy diferente de la hoy presente á la vista de sus asombrados contemporáneos. Y basta de jaquecas y de vulgaridades, que ni como evacuación me puedo permitir prolongar más. Baste decir que estoy conformísimo con tu teoría del espigón, que ya leí en los artículos de *El Correo*, y que hay muchos que viven y son grandes por el

espigón, hasta que se lo descubran los analíticos del porvenir. Pero es que hay muchos que sin espigón no se tendrían de pie, y entre ellos quizás esté yo y mis obritas en planta, que no tienen nada que las sostenga, y me parece que en cuanto las ponga en pie se me van á caer á pedazos.

Hoy te envío dos suplementos y unos recortes, para que te distraigas, y siento el efecto de alguno de mis envíos anteriores. No sé qué te pasaría si te hubiese llegado á mandar otras cosillas más fuertes de un tal Rameau, que escribe en tesitura mallarmista. Aquí hay plaga de simbolistas y de decadentes de la izquierda radical. Las «páginas de la Walonia y Flandes», son algo así como los «Lunes de la Independencia», cátedra abierta para los principiantes. En otra te hablaré con más sosiego y sensatez.

IX

18 Agosto, 1893.

Ayer te escribí una carta, ó mejor dicho, concluí de escribirte una carta á fuerza de tirones y buena voluntad, y á pesar del estado de vaciedad en que me encuentro, en parte producido, como te decía, por el calor, y en parte por el desequilibrio que causa en todas mis facultades, escasas como tú sabes para todo lo que es artístico, el empeño en que ando metido, la obsesión de mis propias ideas en revolución permanente en mi cabeza, por falta de facilidades para hallar su desagüe natural. Porque, aunque sea adelantar propósitos, que yo deseaba conocieras por primera vez impresos, las cosas que me bullen en la mollera no son para ocultas, ni para habladas, ni para pintadas, ni para cantadas, sino para defecadas en una sola deposición grande, como un haza de muchas fanegas de marco real; y por falta de medios de expresión me veo obligado

á ir evacuando poco á poco en varias porciones, que ya puedo asegurar que serán veintitres, de las cuales diecisiete han salido ya, dejándome un poco más tranquilo. Mi situación es la de un enfermo, que hallándose poseído de una fiebre muy intensa, imaginara, contra su deseo, que el mundo se había convertido en una deyección grande, muy grande, y quisiera taparle con flores traídas de todos los jardines de la tierra, sin que todas estas flores sirvieran para maldita de Dios la cosa; antes al contrario, las inmundicias estrechándole se le metían por todos los conductos, le invadían y amenazaban con matarle de la muerte más ignominiosa que hombre haya recibido en el mundo. Este es el *leidmotiv* de mi composición y sin que te diga una palabra más comprenderás lo que me pasa. A un artista de bríos le vendría grande dominar estos *materiales* y presentarlos en forma medio decente; para un pobre ciudadano como el que esto escribe, la empresa es peliagudísima y realizable sólo merced á un giro hábil que yo he dado al asunto. Cada hombre tiene su punto fuerte y mi fuerte ya sabes tú que es la voluntad; conociendo esto he trasformado la composición de tal suerte, que en vez de obra de imaginación que debía ser, y de imaginación zorrillesca, sea obra de empuje, de fuerza. Si fuese posible emplear cierto género de metáforas diría que en vez de echar fuera de mí esta obra auxiliándome de lavativas, purgantes y demás adminículos del arte terapéutico-poético, la voy á echar

como un héroe, *apretando* con todas mis ganas, como rata preñada de elefante.

En todas las cosas de esta vida se encuentra placer, si se sabe saborearlo, y yo puedo asegurar que lo hallo, y muy grande, en estas apreturas en que vivo; no voy en busca de la inmortalidad, ni en busca de dinero; á lo sumo recibiré algunas desazones, amén de los trastornos materiales que ahora sufro por reflexión (que no hay duda que la hay) de mis ideas sobre mi organismo.

Para distraer un poco el espíritu me vine hoy temprano á casa, á las nueve, decidido á tumbarme á mis anchas y leer un poco en el último tomo de la historia de Macaulay, que aun está por despenar; pero me encontré, cuando no la esperaba con tu carta, la he leído muy despaciosamente y aseguida me he puesto á escribirte, aunque seguro de que no acabaré esta noche. Pero hay que aprovechar los pequeños momentos de libertad espiritual para no pasar las semanas y los meses sin cumplir con los deberes primordiales por satisfacer raras manías. Nunca falta que decir y menos cuando se dice como digo yo las cosas á lo que salga y cuando se dicen á quien como tú no se asusta de oir barbarizar; pero con todo esto, no es menos verdad que si yo no lo tomara á pechos y dejara salir las cosas espontáneamente, como antes, no hallaría medio de escribirte nada medianamente sensato por estas veinticuatro horas, por las razones expuestas y remachadas. Me ha costado un

trabajo enorme recoger la atención para hacerme cargo de las estadísticas del año y fraguar la memoria comercial, y con el cónsul he tenido varias cuestioncillas porque viene á darme conversación cuando estoy escribiendo y no me entero ni siquiera del hecho (para él trascendental) de su presencia, lo cual achaca á irrespetuosidad, habiendo llegado á decirme que ni por todo el oro del mundo tendería su vista sobre mis garrapatos y menos sobre los de mi amigo, el de la *letra menuda*, que por tal nombre se te conoce aquí. Mi fortuna es que se me teme, porque ya anuncié á su tiempo que en cuanto me incomodara demasiado la oficina me marchaba con la música á otra parte, y así el que alza el gallo soy yo, cuando es preciso y nunca por mi gusto. Al tocar este punto no dejaré de indicarte que nada hay tan disparatado como eso que se dice de que debe granjearse la amistad y las simpatías, etc., de las personas con quien se trata. Esto no conduce á ninguna parte sino es á convertirle á uno en comodín. Lo prudente es elegir el terreno en que pueda uno pisar fuerte y después hacerse respetar y temer, y si es posible, tratar á los demás á puntapiés. El hombre, en general, no entiende más que un idioma, el de las ofensas (y el de las injurias si es de muy baja condición) y para uno que conteste la ofensa con la ofensa hay un millón que responde tirándose por los suelos. Sólo los seres débiles y miserables buscan el amparo de todo el mundo, por no fiarse de sí mismos, solicitan las

amistades, se deshacen en finas atenciones, se quiebran de puro complacientes. En cada uno de estos seres está el germen de un tirano, que no sacará á la luz su tiranía sino en el caso de que su posición llegue á ser tan fuerte que pueda herir á mansalva; por el contrario, los hombres que son dignos de llevar los pantalones, y lo son muy pocos, son y deben ser despreciativos, y en la apariencia orgullosos y groseros, y deben tratar á los demás por debajo de la pata, si quieren ser respetados. Aunque la plebe cree que estos caracteres son despóticos, la realidad es que en ellos se encuentra el verdadero criterio liberal, el de Carlos V y Felipe II. Una cosa es ser liberal pudiendo ahorcar en un día á unos cuantos millares de súbditos y otra serlo cuando no se puede mover un juzgado de primera instancia, sin que estalle una revolución. Si los cobardes y ramplones liberales que hoy nos mandan se vieran con el poder del duque de Alba en los Países Bajos, no nos dejaban ni la camisa. Así por una paradoja, que más pertenece á la psicología que á la política, la libertad hay que buscarla en el poder de los hombres fuertes. Cánovas es más liberal que Sagasta, Narváez era más liberal que Cánovas, Prim era más liberal que Narváez y si llega á gobernar Cabrera hubiera sido más liberal que Prim. El hombre más liberal que ha habido desde la revolución francesa en Europa ha sido Napoleón, que consideraba á sus varios millones de súbditos como manadas de borregos y

los trataba como buen pastor á palos y á pedradas cuando era preciso En cuanto un gobernante forma buen concepto de sus gobernados, revelando con esto valer muy poco, se encuentra entre ellos como uno de tantos y no hay que esperar nada bueno de él. Para dirigir el gobierno de las naciones hacen falta pasiones grandes, pero estorban las pasioncillas comunes. La cualidad esencial de un político debía ser la de sentir repugnancia y asco del común de las cosas y de las personas; esto es, todo lo contrario de lo que hoy priva, siendo como es número obligado de toda profesión política el afirmar, con optimismo, que está próximo el día de la felicidad de todos los ciudadanos, y que todos los bienes serán pocos para mejorar indefinidamente á la noble humanidad. Este grave error político, este estúpido afán de asegurar que en la mano del gobernante está la felicidad de todo el mundo, no es más que una prolongación ó ampliación del falso procedimiento que indicaba al principio, de ganarse amistades y simpatías, no por medio de grandes halagos ó promesas. La inmunda democracia es la responsable de esta farsa y es la responsable de todo lo que ha venido después: socialismo, comunismo, anarquismo, etc. Desde el punto en que para ganar los votos del pueblo se afirma que este debe ser feliz y venturoso y que para conseguirlo no hay más que dar cuerda, esto es, dar libertad absoluta, y luego se ve prácticamente que con la libertad se está tan mal

como sin ella, vienen otras soluciones á terminar la serie. Reparto, nivelación, propiedad colectiva, etcétera, expedientes que vienen á sustituir á la libertad individual y que demostrarían al fin que no habíamos adelantado ni un paso más y que había que cambiar de dirección, enseñando primeramente que hay que aguantarse con lo que venga, porque el mundo está constituído así y no pensar en Jaujas imposibles. Una vez hechas de este modo *las entrañas* llegaba el momento de repartir varias tandas de palos generales y alguna que otra descarga de fusilería y después me comprometía yo á ser un Solón ó un Licurgo; mientras no se haga esto iremos muy mal y todo, parece mentira, por una pequeñez como la de adular y mentir para pescar tajada de la soberanía nacional. Sea, pues, nuestro lema político desde hoy en adelante:

«Patria, paciencia y trabajar».

X

21 Agosto 1893.

Anoche hubo gran *cortége aux flambeaux*, por el estilo del que sale todos los años para cerrar las fiestas de Agosto. Es una especie de pequeño *Landjuwel*, una serie de cuadros con luces á la veneciana ó eléctricas, en la que figuran desde los reyes más ilustres de la Historia hasta anuncios de pastelerías y tabernáculos. El más notable ha sido uno representando el homenaje de la nación á Conscience, que tiene el gran mérito de ser él solo en este país. Nosotros tenemos centenares de escritores y no nos acordamos del santo del nombre de ninguno de ellos, si no es para tirarlos por los suelos, y aquí están orgullosísimos con su Conscience que, según sabes tú, no pasa de ser un *romancier* popular, autor por añadidura de muchos folletines. Es evidente para mí que el 90 por 100 de los concurrentes al cortejo no han leído á Cons-

cience, porque este es uno de los pueblos en que se lee menos. La afición más decidida ya te he dicho que es la música y antes que la música la embriaguez. Pero sin saber nada, saben someterse á una cabeza y trabajar como burros, y presentan al exterior bellos cuadros, que no dejan de producir impresión. Treinta ó cuarenta jayanes tirando como negros de una carreta, sobre la cual va el viejo novelista con sus barbas blanquísimas, en actitud de escribir y rodeado de figuras vivas que se postran con gran reverencia y de grandes túmulos en los que aparecen escritas las leyendas de sus novelas más notables; es una apoteosis de las artes, muy en armonía con el espíritu democrático y muy bien urdida para redimir al pueblo del infamante papel de *bête de somme.* Sin embargo, la verdad es que en el homenaje á Conscience lo que se ve realmente es una cabeza pensante y varios burros de tiro, que aquí por disposición especial se asocian con alegría inconsciente á empresas que no comprenden ni á medias. Más interés tienen otros dos cuadros, el que representa la *nao* «Santa María» y el que figura á los Reyes Católicos recibiendo á Colón de regreso de América. Ya se puede recorrer Francia, Italia y Portugal (por no citar más que países latinos) en la seguridad de no encontrar nunca, ni con ningún motivo, nada que huela á español puro; si algo se ve son disparates mal intencionados con objeto de rebajarnos más aún que estamos rebajados á los ojos de todo el

mundo. Francia se lleva la palma en este empeño ruin y mezquino. En Bélgica, sea porque se conserven aún algunos restos de nuestra influencia, á pesar de la poca simpatía que nos tienen, sea porque la neutralidad, no ya política, sino social y espiritual en que se vive, permite obrar con más justicia, se aceptan con entusiasmo las grandezas de todos los países, sin celos ni predilecciones. El espíritu comercial tiene esta ventaja: al mismo tiempo que materializa las cosas tocantes al espíritu, las ensancha y las extiende con más amor que otros sentimientos que parecen más ideales. El deseo de vivir en buenas relaciones con todo el mundo para prosperarlas y aumentar incesantemente las utilidades, lleva á un cosmopolitismo perjudicial para la nación en que se desarrolla, porque hace desaparecer lo sustancial y característico de ella, pero excelente para las demás, que encuentran una especie de mercado neutral donde exponerse y compararse. A la inversa, las naciones que se incomunican, conservan mejor sus rasgos propios, pero se hacen odiosas por su injusticia, como le ocurre cada día más á Francia, antipática hoy á todo el mundo por la estúpida vanidad con que pretende imponerse y rechazar toda influencia exterior, cuando todos están en el secreto de que si á Francia se le quita París, se queda reducida á un perfecto modelo de ordinariez y de *platitude*, y si á París se le quita el cosmopolitismo, hay que apagar é irse.

XI

4 Septiembre 1893.

Varias veces se me ha ocurrido suprimir el encabezamiento de mis cartas, porque me parecía y me parece que ni las dos palabras que van al principio expresan nada, ni aunque expresaran algo, servirían para significar la clase de afecto que nos une, y que sin necesidad de palabras separadas, se demuestra por el contexto todo de nuestras cartas; para lo que sirven, por el contrario, es para dificultar el comienzo de las mías que casi siempre renquea, por no haber aquí nada de lo que es costumbre que vaya en las introducciones epistolares, noticias íntimas de la vida familiar, del estado de salud y de otras cosas de cajón. Y, sin embargo, bien mirado, me parece también que nada hay inútil en el mundo, y que quizás los dos inútiles vocablos representan nada menos que la diferencia capital que nos separa ó nos distingue. Tú empiezas poniendo un título literario y un número

de orden, revelando con el primero que buscas el arte puro y que tienes *esprit de suite* artístico también. Yo empiezo como la gente ordinaria, y á veces concluyo por las regiones metafísicas, revelando que por un lado me sale la harina y por el otro las ideas, que en conjunto me deben dar á lo que yo me figuro, un corte de pensador farináceo, que no habrá más que pedir. El *esprit de suite* tampoco me falta, puesto que conociendo la cosa, persisto en ella; pero mi pertinacia es testarudez de mala ralea, obstinación de un antiguo proletario que no niega, como otros, su ascendencia ni su procedencia, y que aspirando á pensar con elevación, parte siempre de lo más bajo y vulgar, no por gusto, sino por fuerza. Tú tienes más la tiesura castellana de los hidalgos de buena raza, el orgullo apático é indolente de los castellanos anteriores á la venida de los Borbones, aquellos que después de fundar un imperio doble del romano en su época más esplendorosa, se echaron á dormir y querían tener á raya á las naciones con solo la fuerza de sus ronquidos; yo tengo más parte de los aluviones modernos, y á veces siento no sé por qué, algo que me dice que mis tatarabuelos ó chorlos (en pasando del tata, en Andalucía todos los ascendentes son chorlos) debieron ser siervos de la gleba y que me incita á tomar el desquite. Tu que crees estar en perfecto desequilibrio, eres á mi juicio mil veces más equilibrado que yo, porque si tu organismo flaquea, tienes al menos la

posición y la *tendencia* fijas y determinadas en la mecánica social, mientras que mi organismo flaquea poco, pero mi posición es indecisa y mis tendencias dudosas y á veces enemigas. Mi instinto me arrastra á lo ordinario ó mejor á lo popular, á lo que gusta é interesa al pueblo bajo, hasta el punto de que una copla popular sea andaluza, gallega ó flamenca (de aquí), me impresiona mil veces más que una poesía ó una composición musical de autores que sean reputados por genios. Lo mismo me ocurre con las costumbres, los trajes, las fiestas y la conversación.

En cambio, tomado el pueblo como organismo social, me da cien patadas en el estómago, porque me parece que es hasta un crimen que la gentuza se meta en cosa que no sea trabajar y divertirse. Al mismo tiempo creo que la organización del trabajo con el régimen liberal es insensata; pues someter la vida de los hombres al tira y afloja ó al alza y baja del mercado, como si se tratase de manufacturas, será muy liberal, pero es indecoroso para el género humano. Me parece mal que los altos manden en los bajos hasta el extremo de no haber mandado yo nunca nada á nadie, ni á los criados de mi casa; mi placer es que sean listos y lo hagan sin que se les diga. Me gusta lo bueno y aun lo selecto y lo aristocrático, pero no querría ser aristócrata por nada del mundo y desprecio á los que merodean el trato con gentes de pergaminos. En suma, mi credo no puede

reducirse á fórmula razonable, pues se compone de mucho amor y mucho palo para los pequeños, y mucho desprecio y mucha autoridad para los grandes. Despréndese de todo esto, que en el fondo de mi humilde personalidad haya un vergonzoso dualismo, y que partiendo de abajo por instinto y mirando hacia arriba por afición me quede enmedio, en la situación más penosa de todas las que puede haber en la vida, puesto que me revientan por igual los que dejo detrás y los que tengo delante, y no encuentro, aunque lo deseo, á quien mirar con buenos ojos; porque los que están en medio me parecen peores que los precedentes.

No debes, pues, echar á mala parte los deseos un tanto brutales que yo manifiesto de vez en cuando de tratar las gentes á la baqueta. Tú dices que me reserve para cierta clase de tontos, que pones en solfa en tu última carta; pero es que esos tontos lo invaden todo en nuestro miserable tiempo, no sólo ese campo que tú señalas del estúpido amor. Sin ir más lejos hoy, mientras almorzaba, eché la vista sobre un papel, que resultó ser una hoja del *Excursionist*, semanario que, con otros muchos, sirve de pasto á los *amateurs* del *tourisme* belgas. Las dos líneas que leí (que debían, sin duda, formar parte de un programa de viaje por Niza ó cosa tal, á 200 ó 300 francos, *vin non compris)*, decían poco más ó menos: «A las once y cuarto de este día paseo en coche por los alrededores, *á través* de un bosque de limoneros y naranjos...» Aquí tienes una

manada inmensa de personas, que quizás sean inatacables por las flechas del amor más ó menos cursi, y que se sienten atraídas hacia las sorpresas del *sport turístico;* leen ese anuncio, se inscriben en el *bureau* ó *bureel,* se empaquetan en un coche de 3.ª ó 2.ª, ó más frecuentemente *demi-classe,* una mezcla de 2.ª y 3.ª, y se encajan bajo la dirección de Mr. Parmentier ó uno de sus delegados ó subdelegados, en Niza ó en el mismo valle de Sorrento, se acuestan tranquilos, quién sabe si pensando en lo que han leído del «país donde florece el naranjo», se levantan, toman el indispensable *dejeuner libre* (si es que no entró también en el trato), y á las once y veinticinco en punto se meten en un coche y atraviesan, con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón ó en el hígado, ó en cualquiera de las entrañas que usen los tales bicharracos, el suspirado *bois d'orangers*, contando acaso el número de estos y creyendo de seguro hacer una hombrada y ser felices un poco tiempo aspirando el tan acreditado perfume del azahar *dans la source légitime, sans contre façons et sans se méfier des idem id.*, que anuncian en la cuarta plana. Y donde no haya este género de vilezas habrá otras peores, como la de las carreras de velocípedos. La semana pasada hubo una (y ya las hay á diario) entre París y Bruselas, que fué ganada por un albañil de Verviers; el rey se apresuró á recibirle y á hablar con él largamente; los periódicos lo pusieron por las nubes; el héroe *vervietois* fué recibido en

su ciudad natal con música y colgaduras. Z*** nos refirió su triunfo con emoción que apenas podía contener y con envidia que se conocía á las cien leguas.

Por todas partes llueven majaderías por el estilo, de modo que parece que ya se ha acabado el sentido común y el espíritu universal y particular, y que los hombres se han dedicado á sacar las últimas consecuencias, que son siempre las peores, á unas cuantas ideas manufactureras de última invención. Creo que estoy en mi derecho sosteniendo la necesidad de sentir fuerte y groseramente contra la mayoría de los semejantes, reservando siempre á cada cual la facultad de sentir á su modo; el que sea débil, como tú crees que lo eres, se limitará á hablar, y el que se encuentre con gávilos puede *ampliarse* un poco y atizar duro, cuando sea posible. Esto no quiere decir que yo me declare por los procedimientos demasiado violentos, aunque debiera hacerlo por bien de mi salud. Hoy he descubierto que quizás la causa del mal humor que se enseñorea de mí dependa de irritación al hígado ó sea hepatitis, porque arrojo infinidad de calculillos rojos, que no pueden provenir más que de la fiebre y del estado de excitación en que nos hemos encontrado estos días atrás por los calores, y en que me encuentro yo ahora sin necesidad de calor, ni de otros excitantes artificiales.

Por lo que á mí me molestan ciertos tratos y manejos, me figuro (y figurándomelos no hay que de-

cir que me molestan como si fuesen propios) lo á mal traer que debes estar con esos en que andas metido. Pero hay siempre un consuelo para quien está dispuesto á admitirlos en considerar cuánto más bajos no son otros papeles que desempeña la humanidad. Todo lo que se roza con el dómine es dolorosísimo en nuestra querida patria, y yo lo he rehuído siempre con coraje, dispuesto antes á cometer cualquier desaguisado que á *ripollear* por las repugnantes timbas pedagógicas, que en Madrid abundan y dañan más, mucho más que en las provincias. Sin embargo, á poco que te pares y reflexiones, encontrarás centenares de sabios que irán recogiendo las yerbas que tú arrojes. Lo mejor es, desde luego, servir al Estado, y aun esto tiene dos inconvenientes: ganar poco y tolerar á los jefes, que, siendo por lo general hombres de cincuenta ó sesenta años, se desarrollaron cuando había progresistas y moderados, es decir, en la época más deshonrosa para España que registran nuestros anales, salvo la actual que las va á mejorar á todas en tercio y quinto.

Todo lo que no sea servir al Estado ó cobrar de él sin servirlo, es ignominioso y horripilante, exceptuando en algún caso tener casa abierta y ser amo y señor de ella. Ni los propietarios tienen de qué envanecerse, dadas las amarguras que hoy se pasan para hacer sudar algunas gotas de sustancia á la propiedad rústica y urbana, ni los comerciantes é industriales están libres de sufrir la

pesadez y la brutalidad y la grosería de la gente, que en tiempos de apuro, antes de soltar una peseta se toman la libertad de envolverla en una nube de insultos y de injustificadas reticencias. Relativamente están mejor los que sirven *á caza de un amo* y entre estos aventajan á todos los que se dedican á desasnar pequeñuelos ó grandezuelos, porque tienen la ventaja de poderse vengar ingiriendo en las tiernas cabezas ideas absurdas y en los tiernos corazones sentimientos rastreros, que en su día produzcan el cataclismo social que como la venida del Mesías todos los hombres de bien esperan, sin merecerlo. En esta obra demoledora deben trabajar todos los ciudadanos que sepan leer y escribir, seguros de merecer bien de la patria. Si las sociedades no hubieran de tomar otro giro distinto del que hoy llevan, sería criminal, porque como ya te he dicho varias veces, hacemos muy mala figura en el *concierto europeo;* pero lo grave, lo que no llega á ver *El Imparcial* ni Gamazo es que en el supuesto caso de que triunfaran en toda línea los economizadores y llegáramos á enderezar nuestra hacienda y á tomar parte en el concierto, como otra nación de primer orden, el trabajo sería perdido, pues habríamos llegado á donde no nos conviene llegar, que es á donde se encuentran las naciones que nos han precedido. Si el fin de un período de reforma y zarandeo va á hacer llegar á equipararnos, por ejemplo, con Bélgica, mejor es curarse en salud, es decir, mejor es no curarse ni

tomar medicina alguna y morir como hombres, borrarnos del mapa, sin hacer nuevas contorsiones. Sólo dos hechos son bastantes y sobrados para dar idea de lo que trae consigo el adelanto por el que se suspira: en el orden político la anulación de todas las personas de sentido común y la exaltación de todos los elementos bajos de la sociedad; no hay más medio de reunir mayoría de hombres (cuando la mayoría es la que buscan los partidarios del sufragio puro, sin el bendito encasillado que entre nosotros va dando largas al advenimiento efectivo de la democracia) que proponer una idea vulgar que sea comprensible por esa misma mayoría, y como no es de esperar que los hombres capaces quieran descender á apretar fuertemente la mano de los honrados electores y á proponer majaderías, resultará que el porvenir es de los que no proponen majaderías por cálculo, sino de los que las sienten de veras y las exponen como cosa natural y peculiar. Con decir que en París, en la ciudad del *esprit*, en el *cerebro* de Europa y demás no han salido en las últimas elecciones entre una partida de *élus* ni uno que represente una idea política, artística, ni higiénica siquiera, está dicho todo. El tipo electoral es el del barbero, elegido por París; es decir que la mayoría de los parisienses,por lo menos en un *arrondissement* comprende la cuestión social exactamente como el barbero que cascorrotea de día y de noche en su establecimiento. En realidad no era necesario que un hecho

viniera á demostrarlo; ya habrás tú notado que en las barberías las pocas personas sensatas que entran tienen que callarse por no llevar la contraria á los rapabarbas; mientras que la generalidad de los parroquianos *forma* su criterio escuchando al barberil oráculo arreglar el gobierno y la sociedad en menos tiempo del que emplea en descañonar un lado de su cara.—En el orden moral hay otro hecho más bonito aun del que ya te he dado cuenta; los antiguos iletrados ó los que no sabían leer y escribir, al aprender á leer y escribir continúan lo mismo en el fondo que antes eran, pero cambian en un punto, en el de conocer la mayor trascendencia de la moneda y en el de sentir con mayor imperio los instintos que antes les inclinaban á apoderarse de lo ageno y que ahora no sólo les inclinan sino que les empujan y les llevan á paso largo. Aquí no hay tenducho indigno donde la tendera no maneje el lápiz ó la pluma y te haga en un periquete la cuenta de lo que compras aunque sea cosa que no pase de medio renglón; pero cuando uno ve el lápiz ó la pluma en ristre sin saber por qué, por lo sabio, sin duda, que es el sentido de la olfación, se lleva la mano al bolsillo, como previendo que le van á robar ¿qué digo previendo? como teniendo la seguridad de que le saquean. Qué verdad tan hermosa dijo Mr. Bernaert, cuando dijo ante la Cámara baja: «Es que los belgas somos *si fraudeurs*» ¡tan ladrones! y no hubo nadie que protestara, antes todos se sonrieron como or-

gullosos de verse tan bien retratados. Hoy mismo he tenido carta de mi madre, y según ella espero que á estas horas se encuentra ya con el resto de la tribu (palabras tomadas de una carta recibida de Guillermo) en Granada. Creo que la tal Calahonda no progresa nada y que está como hace quince años cuando yo fuí con las mismas casas y los mismos moscos. No deja de tener gracia el sistema andaluz de explotar los balnearios; da la gente en ir á uno (y entre los muchos que tiene la provincia de Granada los hay de todas clases y condiciones) y aumenta la concurrencia hasta el punto de que no hay ya casas en el pueblo ni fondas donde encontrar hueco, y el sobrante debe irse á otra localidad, ó construir casa propia, sin que haya temor de que á nadie se le ocurra no sólo atraer, sino ni siquiera preparar el recibimiento á los veraneantes. Parece que hay empeño en dar á todo el mundo en la matadura, y sin embargo, cuánta filosofía en el fondo! ¡Desgraciado del que anuncie y bombee en mi tierra! ¡Ese se ha caído y ni la caridad lo levanta! Queda mucho espíritu moruno albergado por allá, mucho amor al aislamiento y á los antiguos usos comerciales y tiene fuerza de verdadera ley el refrán de que el «buen paño en el arca se vende.» Por cierto que ya que hablo de filosofía popular debo romper una lanza en favor del sentido de mi pueblo, sentido filológico, manifestado en la palabra *rumina* que tú me censuras. En Andalucía se forman muchos verbos con una *n* eufó-

nica para diferenciar el sentido recto del figurado, para dar más vigor á éste. Así rumiar por cavilar se dice *ruminar*; como se dice también *trotinar*, *rondinar, cansinarse* y otros muchos. Trotinar no es llevar un trote menudo (de trotín) sino trotar varios animales que no tienen trote propiamente dicho, como el del caballo, el del mulo ó el del asno. *Rondinar* no es rondar sólo sino rondar con astucia, con solapa ó con silencio y cansinarse (ó acansinarse) no es sólo cansarse sino *cansarse de andar*, y expresa ese cansancio especial en que las piernas se fatigan y la respiración es difícil. Así por el estilo te podría citar otros ejemplos, y aun de el mismo ruminar la idea no es la misma que la de rumiar sino la de rumiar una idea *con mala* intención, concentrando el pensamiento. Es muy corriente hallar entre los provincialismos de mi tierra muchos de corte árabe, y que consisten en modificaciones arbitrarias de la idea radical para añadirla varias particularidades; no me acuerdo qué verbo árabe significa «bailar en la media noche á la luz de la luna en los aduares del desierto»; como éste hay algunos en el castellano de las Alpujarras hacia abajo, hasta llegar á los límites de la provincia de Jaén, que ya hemos convenido en distinguirla por el famosísimo *ronquío,* que, sin embargo, para el que conoce el terreno, no es tan importante como el *dejo* ó *deje* con que los motrileños preguntan á todo Dios: ¿ha vistosté er Cristo der postiguiyo...? El Cristo del postiguillo es lo grande de

Motril, como en Toledo no es tampoco cosa de todos los jueves el de las enagüillas. Pero bueno está lo bueno y no abusemos de la filología, que es cosa seria, ni nos familiaricemos con las cosas santas que lo son muchísimo más.

Está predestinado que no pueda hoy meter baza en el importante asunto de mis trabajos más ó menos literarios. Si tuviera título elegido te lo copiaría, pues por él formarías idea por lo pronto, pero es el caso que no lo he fabricado aún. Este podría ser algo así como «El maestro restaurador de sociedades desvencijadas»; pero ya te digo que lo he dejado para el fin. El primer título que se me ocurrió fué: *Cánovas-sive-De restauratione,* pero no me pareció luego bien, porque particulariza demasiado, y lo dejé para que brote espontáneamente. Después de todo, para una guasa sin pretensiones trascendentales, no hay que pensar mucho. Lo mejor sería hacer como con los chicos de la gente pobre, ponerle el nombre del día que nace. Quiere decir, que el día que concluya de parir, miro el almanaque, y si leo San Roque, pongo: «D. Roque Pérez, astuto viajero andaluz y domador de pueblos salvajes, etc., etc.»

XII

16 Septiembre 1893.

Para que no tomes por omisión intencionada lo que fué sólo aplazamiento impuesto *por la falta de espacio*, empiezo hoy esta carta por donde tú deseas, aprovechando la salida del cónsul para el campo, desde donde espero no volverá hasta fines de mes. Este viaje ha retrasado el mío á Bruselas, donde de todos modos no podré vivir oficialmente, porque el cónsul teme que me roce demasiado con la Legación. No me ha dicho nada, pero lo ha dado á entender; y en vista de ello, aunque me vaya, tendré aquí un descansadero ó apeadero, que probablemente será en la rue Sanderus. De todos modos dejo el cuarto que tengo, porque los patrones son sastres y, por tanto, habilísimos en el manejo de la tijera, y ya que me roben, quiero que sea sin arte ó, por lo menos, que el botín se reparta entre la mayor suma de ladrones posible. En ese descansadero tendré piano, que ya he apalabrado, y el

tiempo que permanezca aquí, sobre todo las horas interoficinales, lo aprovecharé para adelantar un poco en mis manipulaciones musicales.

Respecto de la obra en elaboración, no creo que has dado hasta aquí en el *busilis* de ella. No es la que había de llevar por título *No hay tales carneros*, pues ésta era de carácter filosófico pardo. También tengo otra en embrión, de carácter histórico contemporáneo, llamada, si se escribiera, á hacer ronchas, no por su mérito, sino porque las levanta siempre todo lo que se refiere á política y á personalidades que viven y, sobre todo, que comen. Sin embargo, me parecería denigrante acudir á ciertos recursos de interés momentáneo para dar atractivo á lo que debe tener fines más decorosos, y me tentaría mucho la ropa antes de meterme en un terreno que ni para pasarlo rápidamente me agrada. También tengo otros materiales archivados en uno de los depósitos de mi mollera, con los cuales se podría hacer un poema doloroso, titulado *Apechuguemos*, cuya esencia sería la representación de esa continuada transacción de *intereses humanos*, haciendo notar que en el fondo de todo eso lo que hay no son intereses ni humanidad, sino estupidez innata, falta de voluntad y sobra de apetito. Claro está que al hombre no se le aplica, como á la bestia que no quiere tirar por buenas del carro atascado, una paliza brutal para que se convenza de su sinrazón y apechugue con su carga; pero analizados á conciencia varios elementos importantes

del vivir, nos quedamos con la verdad escueta de que, exceptuando Diógenes y algún otro, no ha habido quien viva, según creía que debía vivir, siendo la historia de los hombres una indecente claudicación de los principios racionales y del convencimiento personal ante la *imposición exterior*, ante la fuerza ciega, directriz del mundo, providencia, especie, instinto, medio viviente ó como se la llame en cada uno de los órdenes de la vida.

Aunque todo este preámbulo no trata de la obra en discusión, sirve para revelar cuáles son los caminos por donde ando metido, pues de todo lo dicho, más quizás que de la explicación que te dé, sacarás en claro lo que deseas conocer. Porque así como de todos estos proyectos anteriores tengo precisa y completa idea y hasta palabra ó título para expresarlos, de la obreja que estoy ya á punto de acabar, no tengo más que un recuerdo confuso, y á derechas no sé lo que quiere decir ni sé cómo se ha de llamar. Y no lo tomes á broma. He ido escribiendo á lo que salga, y sólo he corregido en segunda lectura algunas palabras y conceptos demasiado brutales; he metido las cuartillas en la cómoda y allí están esperando á sus compañeras. Veremos si en lo que queda de mes acabo la faena, que no es pequeña para mí hilvanar más de 400 cuartillas de letra menuda. Y ya que te digo esto, desearía que me hablaras algo sobre el berengenal ese de impresores y precios y demás cosas que se rozan con el arte editorial, si es que lo hay, del

que yo no sé una bendita palabra. A N*** le escribí ayer contestando á una carta en que me da cuenta de su casamiento, luna de miel, felicidad conyugal, etc., etc., y le hago también algunas preguntas sobre la imprenta en Granada, con motivo de decirme él que va á publicar un tomo de artículos; *Hojas secas del árbol infecundo de mi imaginación* las llama él. Y antes de cerrar la interrupción, te diré que me pregunta por ti y que me envía sus recuerdos para que te los reenvíe.

Aunque tenga idea tan enmarañada de mi engendro, te pondré en autos como mejor pueda. Los componentes son dos: primero, un hombre que debe tener, y quizás no tendrá, algo del espíritu aventurero de nuestros buenos tiempos; un abogado que se dedica á comerciar y á dar testarazos por la corteza del globo; amante de su patria, pero con la particularidad de que la ama más cuanto más se aleja... No sé cómo se llama, pero me hace falta un nombre castizo español y que al mismo tiempo sea vulgar y no chavacano. El nombre que le sirve en la obra es *Arimi, orador* en la lengua del país en que entra en acción. Segundo, una nación de seres racionales, que no es muy conocida aún de los exploradores, que tiene ciertos elementos de cultura, pero que parece ser que necesita alguien que la civilice y que restaure todas las fuerzas vivas, etc., etc. Esta nación es Maya, está poblada por gente morena, tirando á negra, y

casi casi podría gallear con España antes de la restauración.

Ni el aventurero ni la nación importan para mi cuento; pero como no se edifica en el aire, hay que presentarlos y trazar por lo menos los perfiles del uno y de la otra. Una vez que esto está adelantado y que Arimi se ve en posesión, por arte de birlibirloque, del poder supremo de la nación, regentada por un imbécil llamado Mujanda, que parece hecho de encargo para ser rey constitucional, viene lo esencial de la obra, que son las reformas, las innovaciones civilizadoras que nuestro compatriota introduce en todos los ramos: instituciones, poderes, industrias, artes, costumbres, nada queda libre de su influencia. Si la obra tiene algo dentro *(là dedans)*, debe estar ahí en esa civilización impuesta á contrapelo y cuyo fin aún no sé cuál va á ser, aunque ya lo tengo medio hilvanado. El tono debe ser serio con tendencias á la guasa, y guasón con tendencias á la seriedad; pero no me fío de mi equilibrio para sostenerlo, y además temo que resulte el pastel con aire estravagante, porque las necesidades del asunto me han elevado á tratar materias demasiado ridículas. Así, por ejemplo, cuando transformo el sistema parlamentario (que lo había en el país, aunque imperfecto), para ultilizar el edificio antiguo, creo un lavadero público y tengo que inventar el jabón y enseñar á lavar á las mujeres del país. De esta reforma, aparte de la limpieza consiguiente, salen la mar de adelan-

tos. Así también, para reformar la agricultura tengo que introducir los riegos y abonos, y de aquí salen mil zarandajas nuevas, como reformar la religión para introducir como elemento nuevo la santificación de los estiércoles, y tengo que crear un estercolero nacional en el palacio del rey, único medio de atraer á los súbditos á que localicen su funcionamiento. Otra serie de reformas y de progresos colosales nacen de la invención de las lamparillas de aceite y velas de sebo y de la institución del alumbrado público. Así, por el estilo, no queda ni el rabo por desollar; ahora ando en negociaciones para hacer una fechoría con unos siervos enanos que hay en el país, y que entraron fugitivos (y esto es *real)* porque los árabes habían invadido su territorio. Yo admití estos pobres inmigrantes con el gran pensamiento de llenar un hueco en la república; los siervos indígenas querían ser libres y yo les doy la libertad; pero coloco en su lugar á los recien venidos; y lo peor es que esta gentecilla da en adulterar con las mujeres del país (habrá un capítulo metafísico sobre este raro amor) que les cobran afición, y yo, velador incansable de la pureza de la raza, voy á castrarles, cosa desconocida en el país, y que una vez de moda se extiende y produce, entre otras cosas, una gran revolución de que me propongo sacar algún partido.

Por lo dicho comprenderás que lo importante no es la trama ni los personajes que intervienen,

algunos de los cuales quizás parezcan simbólicos, aunque jamás me pasó tal cosa por las mientes; si la cosa vale ó no, debe buscarse en el fondo de cada capítulo y de cada serie de reformas, y en el resultado total de mi gestión gubernamental desde el momento en que entré en el país y tomé el nombre de Arimi, ó sea desde que metí á mi héroe en campaña, hasta que lo echen muy bonitamente fuera de la nación ó él se vaya huyendo de la quema, pues de estas dos cosas no se sabe á punto fijo cuál es la que merece mayor crédito. (1)

Dime qué te parece el tal feto, si es que por lo dicho te formas idea de lo que sea y de lo que deba ser, siempre con *esa imparcialidad crítica que te reconoces*.

---

(1) Véase *La conquista del reino de Maya por el último conquistador español Pío Cid*, pues es la obra á que se refiere el autor.

XIII

21 Octubre 1893.

Hoy es el día de mi santo, y lo hago constar porque creo que es la primera vez que caigo en la cuenta. Lo ordinario es que lo recuerde después que pasó ó que lo pase por alto. Ya que no sea posible esperar ningún extraordinario, y sí la ración de aburrimiento diaria, después de meterme entre pecho y espalda unos cuantos ejercicios y lecciones de piano, tomo la pluma y empiezo á contestar á tu LXXI causerie, dedicada desde la cruz á la fecha á hacer suposiciones críticas sobre *mi libro.*

La principal dificultad para hacerlo como es debido está en que no tengo idea exacta de él; me pasa casi lo mismo que á ti, y ya puedes comprender si es peliagudo discutir de una cosa que ni el defensor ni el impugnador conocen á fondo. Debes haber conocido algún ejemplar de esas mujeres que se casan tarde y sueltan una ó dos crías por año para aprovechar el tiempo; pues á mí me ocu-

rre algo parecido, es decir, me ocurriría si me dejara llevar de mis ímpetus. Recogido dentro de mí mismo por falta de medios de comunicación, todas las fuerzas se gastan en cavilar y en barajar ideas y planes, de algunos de los cuales ya te dí cuenta. De entre éstos hay uno que me «gusta extraordinariamente», y que exigiría varios años para darle cuerpo; no porque el cuerpo hubiera de ser grande, sino por la rareza de su hechura, y sobre todo porque habría que afilar uno á uno los conceptos, para que llegaran á donde debían llegar. Para esta obra necesito nada menos que (no es *blague)* estudiar á fondo los profetas, especialmente Jeremías, Platón y los satíricos españoles, en primer término tu favorito Quevedo. Y ahí tienes tres nombres, que para la generalidad sonarán así reunidos á disparate, y que, sin embargo, son como las tres patas del trípode ó los tres tercios de la unidad. Pero ocurre muchas veces que quiere uno hacer una cosa y empieza por hacer otra muy distinta, y no por necedad, sino por exigencias lógicas. En las tierras incultas, antes de sembrar, hay que roturar, desecar, desarraigar, hacer varias operaciones, según los casos, que son imprescindibles, pero que, por lo pronto, no dan fruto. También puede ocurrir que en medio de la haza haya un enorme peñón, que cubra una gran parte de ella, y convendrá sacar el peñón, antes de pasar adelante. Como al que cuece y amasa de todo le pasa, á ti te habrá pasado esto, de atravesársete una idea ó un

asunto complicado en medio del cerebro é impedirte el libre movimiento de los demás. En tal caso no hay más remedio que quitar el estorbo, procurando, si es posible, que, ya que se han de gastar fuerzas en ello, no se pierdan del todo. Cosas inútiles hay que, cambiadas de lugar, se convierten en utilísimas, y cosas perjudiciales que se convierten en inofensivas ó beneficiosas. He aquí por qué lo que yo traigo entre manos no ha sido cosa de mi gusto, y por qué no me he enterado bien del caso, ni puedo enterarme, pues siempre que intento releer lo escrito me sobrecoje un dolor de cabeza y un *raimiento* de estómago que no puedo resistirlos.

No se trata de una obra ideada con intención (aunque al parecer obedece á malas intenciones), de un libro necesario, ni propio para dar fama y dinero. Creo haberte dicho claramente que ni siquiera pondría mi nombre, y que se trataba de un trabajo de *apretar* para echar fuera un peso fatigoso y para quedar expedito y desembarazado. Ahora se te ocurrirá preguntar dos cosas: primera, que por qué no echo fuera el embrión de la mejor manera posible y lo tiro al cesto de los papeles viejos; y segunda, que cómo me ocurrió quedarme preñado con tan mala ventura; y yo te contestaré á lo primero que en el arte dan muy mal resultado los abortivos, y que hay que parir por sus pasos contados. Y nada tiene de particular que cuando se pare con tantas molestias se tome cierto apego

instintivo á la cría. ¿No hay quien guarda las piedrecillas que le sacan de la vejiga y se las enseña á todo el mundo? ¿Yo mismo, no tengo guardados en una caja una porción de huesos que me sacaron de distintas partes del cuerpo, y más de una vez los he sacado á relucir? Estamos oprimidos por el instinto de la propiedad, y la propiedad que nos ha costado algunas penas y fatigas nos subyuga y llega á formar parte de nuestro organismo.

Lo más curioso es saber cómo se verifican en el espíritu esas fecundaciones espontáneas, esas concepciones caprichosas, independientes de nuestra voluntad y de nuestro entendimiento. He aquí las dos ideas simples que han producido la combinación: cuando se vive alejado de la patria se sufre, sin saber cómo ni por qué, una serie de accesos psicológicos, que á los unos les extranjeriza y les hace menospreciar á su país, y á los otros les excita el patriotismo y les hace mirar con malos ojos lo extranjero. Hay una aclimatación espiritual distinta de la fisiológica, y hay individuos que no son aptos para la primera, y yo soy uno de ellos. Los que aman las cosas á bulto, todo lo encuentran casi igual; ciertas diferencias en la construcción, algunas en la cocina, más frio ó más calor, trato más ó menos abierto; los que contemplan el espectáculo humano con ojos filosóficos suelen hallarlo todo igual y encontrar tan despreciable lo de arriba como lo de abajo. Pero hay otra contemplación que á veces se impone, la patriótica,

que en suma no es más que una comparación entre lo que vemos, bueno ó malo, sin pasión, y lo que hemos visto durante el período de nuestro desarrollo psicológico, lo que hemos amado y nos hemos asimilado, malo ó bueno, para vivir. Yo siempre he entendido por patria esto, la cantidad de medio que de pequeños nos hemos asimilado y que forma parte latente de nuestro ser físico y casi todo nuestro ser psicológico. Resultado de estos accesos de patriotismo es una revolución en el modo de juzgar cosas y personas. Se encuentra uno á distancia, todo parece más pequeño y vago, y la comparación abarca mayores distancias. ¿Querrás creer que casi todos los días se me presentan unidos los nombres de Sagasta y Gamazo, Cisneros y el Canciller Pero López de Ayala? En literatura ocurre que sin querer busca uno la ilación y considera como buenos ó malos á los escritores, no en comparación unos con otros dentro del período presente, sino atendiendo á sus conexiones con los que les precedieron. Esta es una de tantas pruebas de la necesidad de ponerse á honesta distancia para juzgar bien. Descendiendo, descendiendo llegan algunos á revolverse en el cieno (en el famoso cieno de Degetau y González), sin notar la diferencia entre el punto de partida y el de llegada.

Desde que empecé esta carta hasta hoy han pasado la friolera de diez días, los cuales se han ido en lágrimas y en otras ocupaciones peores. Las lágrimas han sido motivadas por un catarro de prin-

cipio de estación, pues esta es la única cosa en el mundo que me puede á mí hacer llorar. He pasado cuatro ó seis días incapacitado para ver, oir, oler y gustar, quedándome sólo el tacto libre. Así es que el piano ha salido ganando. Con cuatro catarros como el pasado (y no del todo) adquiero una digitación digna de Portal ó de cualquier bruto por el estilo y rompo media docena de teclados. Lo otro que me ha molestado ha sido la búsqueda, que diría el centralista R. Navas, de datos estadísticos para usos reservados. Parece que desde que yo vine se han conjurado todos los centros oficiales contra éste, y no pasa mes sin que me cuelguen algún trabajo *de confianza*. Quizás antes hubiera las mismas exigencias y nadie las atendería por no saber manejar estadísticas y legajos viejos, pero ahora ha cambiado la decoración. De algo han de servir los conocimientos facultativos que adquirí en mi famosa biblioteca. Todavía no he salido de este mal paso, y creo que aún me quedará faena para una semana.

Empalmando mi relación, te diré con brevedad que además del patriotismo *histórico* (no confundamos con la patriotería de los que no quieren pagar contribuciones y luego gritan ¡á Marruecos! ¡canalla infame!) ha entrado en juego en el «sistema de mis ideas» el africanismo, que es algo más de lo que parece. No se trata de excursiones ni de exploraciones, ni de civilización y colonización, sino del valor que el elemento africano tiene y ten-

drá en la historia futura de Europa. Bajo la tutela europea y prohibida la trata, es seguro que los negros se multiplicarán asombrosamente. Al mismo tiempo no ha de ser difícil que aprendan mucho, casi todo lo que les enseñen los europeos, y pudiera ocurrir, y á mi parecer ocurrirá, que sean un peligroso concurrente en producciones naturales é industriales, que siendo más, más fuertes y menos exigentes se hagan dueños de la situación. En América se establecieron los europeos é hicieron una segunda edición de Europa; pero en África el elemento indígena es indestructible, fecundísimo, y aun los colonos europeos lo favorecen. Pudiera ser que dentro de dos, de cuatro siglos, nosotros quedáramos arrinconados como Asia y pasara el centro de la nueva vida á África; de Asia hemos recibido nosotros casi todas nuestras ideas, y con ellas hemos establecido organizaciones nuevas y hemos cortado el movimiento de expansión asiática; algo así podría hacer África con nuestras ideas. Por lo menos nadie negará que el pensamiento no sea razonable y posible, especialmente desde que está de moda el sufragio universal y todo se arregla en votación más ó menos ordinaria. Y donde se demuestra con más claridad nuestra positiva decadencia, es comparando el papel que nosotros desempeñamos en otro tiempo en estos asuntos y el que desempeñamos hoy. Nosotros, los que más debíamos pensar en las cosas africanas, que quizás con el tiempo podrían ser nuestras propias cosas, no sa-

bemos hoy de la misa la media de lo que ocurre, mientras no hay nación de Europa que no meta baza en estos asuntos y no procure sacar astilla por lo que pudiere tronar. De aquí que no pudiendo intervenir como no podemos materialmente, se me haya ocurrido á mí intervenir con la pluma, y como tampoco era posible hablar de lo que no se conoce de *visu*, he tenido que suponer un escenario y echar mano de algunos ingredientes para componer el tan necesario sabor local; de donde resulta que la forma exterior de mi composición es africana y el fondo es africanófilo, puesto que rompo una lanza no en defensa de nadie, sino contra ciertos procederes absurdos que me parece que se siguen por querer sacar las cosas de quicio. No hay intención alegórica, aunque siendo en lo esencial iguales los hombres de todos colores, lo que se dice de los blancos puede venir de perlas para los negros, y viceversa. Todo esto te parecerá un caos y supondrás que una cosa que nace de orígenes tan embrollados y tiende á fines tan diversos no puede ser buena, ni siquiera pasadera. Así lo creo yo también, pero por ahora lo que me interesa es acabarla para quitarme el peso de encima, y después me dedicaré á otras cosas de más jugo.

Creía en estos días recibir carta tuya, pero debe haberte ocurrido lo mismo que á mí, con tanta más razón cuanto que te supongo casi enganchado en el regimiento que va á formar tu ex-alcalde señor Navas. Tengo por seguro que *comulgarás* con *El*

Imparcial y que arderás en entusiasmo patriótico, pues otra cosa no se puede esperar de tan legítimo español como tú. Si quieres que te diga la verdad, esas salidas de tono que ahí producen efecto nuy deplorable, en el extranjero le causan bueno, y contribuyen á que se consoliden nuestros derechos á intervenir en Marruecos el día que llegue la hora de la disolución. La opinión se va formando poco á poco, y tanto se repite una idea que al fin llega á parecer natural hasta á aquellos que la creyeron al principio irrealizable. Por estas veinticuatro horas la opinión exterior, esa que se siente aunque no se vea en letras de molde, es que España está llamada á intervenir más tarde, no siendo hoy posible porque no estamos preparados, ni tenemos prestigio para que las demás naciones nos hagan el caso debido.

Si España tuviera fuerzas para salir de la tregua actual, que la obliga á restaurarse por los cuatro costados antes de decir esta boca es mía, y pudiera *inclinarse* á cualquier grupo de los que están en Europa arma al brazo, nuestra intervención en Marruecos era cosa de éxito seguro. Pero yo creo que ni en cincuenta años nos conviene todavía cargarnos con ese fardo tan pesado y con las obligaciones que traería consigo. Y claro está que no siendo posible ir al fin, será casi inútil todo lo que se haga. Será una demostración nueva de nuestra intención, pero resultado práctico ninguno. Y á todo esto falta un detalle importante, y es que en-

tre tanto como se habla y se chilla no suena ninguna «voz de hombre», del hombre que haya de hacer *eso*. Tal vez una buena escaramuza sacará á luz algún desconocido, Del elemento civil no hay que hablar. Cánovas sería mejor para el caso, pues en Sagasta no creo que se pueda pensar para asuntos gordos. Y aun Cánovas tiene la desgracia de verlo todo demasiado negro, sin contar con que en España no llegaremos nunca á ninguna parte por pasos contados; hay que dejar siempre el 50 por 100 á la casualidad, que en los trances de apuro suele estar de nuestra parte.

XIV

17 Noviembre 1893.

Hoy he recibido tu carta y aunque el 15 te escribí, aprovecho un rato desocupado para contestarte, pues preveo que en tres ó cuatro días no nos va á dejar ni respirar siquiera el despacho de un buque, que viene mañana para recoger armamento destinado á Melilla. Esto se ha venido á última hora y hay que saber cómo las gasta el cónsul para comprender la cantidad de celo y patriotismo que va á echar fuera de sí. Yo me permití indicar que no había que tomar la cosa muy á pechos, pues ni el gobierno ha dicho nada todavía, ni nuestra intervención puede ser más que de trámite y sujeta á lo que se nos ordene (si se nos ordena algo, que tal anda el fregado que es de esperar que nadie sepa lo que hay que hacer); pero se me ha dicho hasta por el canciller que yo soy muy joven y no puedo *aun* comprender la *enorme* trascendencia que tiene para la patria el asunto en cuestión.

Sería cosa de consultar á Azcárate para saber algo sobre esa trascendencia, que así á primera vista es tan difícil de percibir. Nadie más refractario que yo á los engranajes administrativos, pero nadie más enemigo de que ya que se acepta un cargo, se pretenda salir del orden natural de las cosas. Con que un funcionario cumpla su deber á secas creo yo que ha hecho más por su patria que con los excesos de celo, que suelen aparecer cuando ya no sirven para nada. Es un sarcasmo defraudar diariamente al Estado y darse tono de buen patriota con algún arranque sentimental y populachero. Es probable que la mitad de los que hoy *cubren* las suscripciones populares y ofrecen vida y hacienda por la patria sea de lo peorcito que tenemos de puertas adentro; los buenos ciudadanos suelen cumplir sus deberes en silencio, pagar con mayor ó menor resignación y creerse con esto dispensados de hacer nuevos alardes de amor nacional. En la administración suele ocurrir lo mismo y si yo tuviera la batuta desconfiaría de los que *hacen celo* por sistema. Estos son tontos, cuando no egoistas y vanidosos. Tengo entendido que uno de los que más enterados están de la cuestión de Marruecos, de los que más trabajan y çon más éxito é inteligencia, es el consul de Tánger, Lozano, cuyo nombre no suena, ni sonará probablemente. Así hay algunos empleados *todavía*, á pesar de que el espíritu democrático parece exigir que los ascensos vayan precedidos constantemente por el aplauso po-

pular. Si á un hombre así, se le designara para dirigir alguna cuestión difícil es seguro que la opinión pública se *preguntaría extrañada* por medio de la prensa que adonde íbamos á parar. Hay que hacer un poco ruido antes de hacer cosa de mayor importancia; esta es ley del tiempo: si no, el eterno *¿Quién es Pedregal?* detendrá nuestros pasos. Y ya que cito á Pedregal, no estará demás decir que en él se ve clara la influencia de este espíritu democrático puesto que siendo tan poca cosa como era y es, cuando desconocido le insultaron, y después de sometido al procedimiento de la popularización le respetan como á un sabio. Y lo peor es que estos engaños no los sufre sólo el público, los sufren *las clases* directoras casi en igual grado. Al ministro más largo se la pega el más memo de sus subalternos. Vaya un *specimen:* se adquiere una noticia que puede interesar al gobierno pongo por caso; cualquiera creerá que lo más derecho es trasmitirla por la vía más corta, en la forma mas rápida posible. Esto, sin embargo, sería una bobada y el que la cometiera no saldría nunca de ranchero. Lo diplomático es escribir siempre con fecha atrasada, por ser esto de más tono y más propio de lo oficial; nadie va á fijarse en si el correo tarda día más ó menos. Así, pues, se escribe anunciando que según todas las probabilidades ocurrirá tal cosa; dos días después se asegunda diciendo que ocurrió y que se prepara un nuevo aspecto del asunto, etc., etc. De esta suerte se consigue fama

de penetrante y agudo, de profeta si se quiere, sin grave perjuicio para nadie, pues todo queda reducido á que las noticias llegan con dos días de retraso y á que se gastan doble papel y dobles sellos. Así por el estilo hay mil triquiñuelas sencillísimas é infalibles, con las que á expensas del mismo Estado se endereza quien sabe emplearlas por el camino de la fama. No creo que por otros lugares falten estos ó parecidos manejos con los mismosó parecidos resultados. Sin ir más lejos, hoy que se trata de aparecer buen patriota lo consiguen los que tienen la suficiente vaciedad de juicio para entusiasmarse ó hacer que se entusiasman ante la *brava infantería española* y el *león encrespando la melena*. Si en Toledo se hace pública tu carta, sobre todo aquello que alude á la ropa blanca del cuerpo expedicionario tienes que huir al Quintillo. Entre gente que se paga de palabras, desgraciado del que hace algo. Los hechos aun siendo afortunados siempre quedan por debajo de las finchadas obras de la imaginación. Por lo que te decía en mi carta anterior y por lo que te digo casi siempre, puedes comprender que me hallo afectado por una instabilidad extrema; á duras penas puedo escribirte y me sería imposible hacer cualquiera otra cosa. La tensión ordinaria ha aumentado por las razones expuestas. Tú mismo que dices que no tienes energía para nada ¿no te irritarías de que te dijeran mal patriota y poco celoso después de haberte pasado un mes revisando papeles para descubrir un lío en

el que no te fuera ni te viniera y que nada te había de reportar, sólo porque encontraras inútil telegrafiar á diestro y siniestro, sin ton ni son, á costa del Estado y pidiendo informes, que cuando no los han mandado ya no deben de hacer gran falta y no la hacen realmente? No te importaría el que te llamaran esto ó lo de más allá, pero te incomodaría que se creyesen monopolizadoras del patriotismo gentes incapaces de comprender dónde tienen la mano derecha, de incomodarse en lo más mínimo por nada ni por nadie, si no es por su propia conveniencia ó por satisfacer pequeñas vanidades. Esto es general, pues por lo visto no va quedando ya ningún patriotismo anónimo, que es el grande. Hasta el último ranchero quiere ver su nombre en letras de molde, y se comprende que muchos que no esperan bombos no se sientan con ganas de perder el pellejo. El mal ejemplo cunde y el mal ejemplo aquí es que muy pocos se mueven ya por móviles interiores ni se satisfacen con la interior satisfacción. Estos bajos sentimientos arraigan cada día más por la influencia de la prensa interesada en extender su poder y de ellos no se libran grandes ni chicos. El chico se contenta con aparecer distinto de los demás, mencionado de buena ó mala manera, aunque sea como orador anarquista ú ocultador de bombas explosivas; el grande quiere aplausos de la gente docta. Tú mismo si publicaras alguna obra no te satisfarías con saber que era buena y que era apreciada por personas inteligen-

tes; querrías que dijeran algo de ella; te preocuparían los más pequeños detalles de lo que dijeran. En lo cual me fundo yo para creer que estoy más avanzado que tú en punto á *desligamiento*, con la diferencia de que mi organización un poco más sanguínea, me obliga á cometer algunas barbaridades que tu no cometes. Y ya que entro en este magnífico tema voy á ser un poco largo y explícito. Comprendo perfectísimamente lo que me dices en la primera parte de tu carta; ese estado de ánimo lo *siento* con mayor intensidad que ningún otro, he pensado muchísimo sobre él y *tengo mi decisión casi tomada ya* para salir de tan grave situación. Tú crees que el origen de ese apartamiento gradual de la sociedad está en la flojedad de espíritu y más aun en el egoismo; cualquier psicólogo al uso diría que el quid está en el temperamento, término general, ó tapadera para cubrir un hueco que no se sabe cómo rellenar; Schopenhauer lo explicaría por la teoría de los centros de gravedad moral; un evolucionista diría que se trata de organismos refractarios á una nueva organización; no hay otro remedio aplicable al caso que dejar pasar el tiempo y que se extingan esas especies irreductibles. En sociología esta solución es hoy confirmada á diario y los políticos la emplean con alguna variante, que consiste en aniquilar las razas refractarias á la civilización para ahorrar tiempo al tiempo. Y aquí entra una bonita aplicación del sistema de nuestros doctos catedráticos, que des-

pués de exponer y refutar todas las doctrinas, exponen el verdadero concepto, la verdadera tía Javiera del asunto de que se trata. Como idea general sabes tú que la evolución es un molde no del todo malo para encajar ciertas cosas. ¿Qué inconveniente hay en decir con Pero Grullo que la sociedad evoluciona y que no todos sus individuos se encuentran á gusto en las nuevas formas producidas por la evolución? ¿Quién duda que la instrucción obligatoria tiene refractarios, los unos que no quieren aprender (¡Dios los haga santos!), los otros que aprenden y no quieren después someterse á los trabajos brutales, á que por necesidad deben consagrarse la mayor parte de los hombres y se sublevan contra la sociedad entera, que no puede darles un fin proporcionado á los medios que estúpidamente les entregó? ¿Dónde sino aquí está el germen de socialistas, colectivistas, anarquistas, nihilistas y dinamiteros?

En otro sentido la evolución democrática nos ha traído, sin que sea una novedad, la moda de vivir «todos como formando la gran familia humana»; de donde parece deducirse que hay que vivir en medio de la calle, con excesivo *tacto de codos*. Aún subsiste la familia árabe para contraste vivo con la nuestra de hoy; nuestras mujeres vivían hace siglos como las moras; en Granada quedan aún algunas que siguen la tradición. Creo que se ha evolucionado en firme para llegar á la época de los congresos femeniles, de la emancipación y demás ridi-

culeces. Al formar la gran familia democrática se va destruyendo la familia natural y nos vamos quedando desligados sin esfuerzo de nuestra parte. Al sentimiento que antes nos sujetaba á la casa solariega ha reemplazado cierto cosmopolitismo, que para algunos mentecatos es el albor de la fraternidad humana con su abolición de fronteras y todo. Á casi todos los móviles interiores han sustituído los nunca bastante execrados escalafones. Y en este nuevo estado de cosas los unos se *compaginan* como tú dices, los otros se desligan; otros se quedan desligados, *declassés*. Á estos creo yo que puede ser aplicable lo que tú dices de egoismo y de flojedad. Los que triunfan suelen menospreciar á este grupo numerosísimo, en el que suele haber hombres superiores condenados por los rigores de la organización á ser elementos perturbadores; este es uno de los grandes crímenes sociales de los centros oficiales docentes: crear muchos aspirantes de donde salen de ordinario algunas cuantas nulidades, que circunstancialmente obtienen resultado, y muchas víctimas, á quienes se les da con la puerta en los hocicos, revolviéndoles de paso la bilis. En tales casos el despego que se siente por la sociedad y aun el odio contra ella, sí nacen de la falta de energía para luchar, del egoismo, entendido como excitación de la vanidad, del *yo ultrajado*, como exaltación desmedida del valor personal frente al fracaso, al menosprecio que la sociedad nos hace.

¿Pero no hay en el mundo más *solitarios* que éstos? Mil ejemplos, y si no mil, muchos tienes de hombres que no quieren pelear y que pelean y vencen y se retiran. El vulgo cree siempre ver derrotados en todas partes, por no reconocer en nadie espíritu excepcional. Si tú ocupas tu puesto y yo el mío, y manifestamos disgusto, se creerá que es que queremos algo más gordo; si llegáramos á ministros dirían que aspirábamos á la jefatura de un partido. De Espartero que lo fué todo, sin afición y sin entusiasmo, se dijo que aspiraba á ser rey. Pero fuera de estas creencias vulgares, es lo cierto que hay quien se retira de la lucha, no por cansancio moral ni físico, ni por cobardía, ni por desaliento, ni por egoismo, sino por repugnancia natural á un orden establecido. Yo creo que si tú fueras jefe del cuerpo en que estás encasillado, ó catedrático de la Central, pensarías exactamente como piensas, y tengo la convicción de que si yo me viera de cónsul (general y todo), estaría tan molesto y tan aburrido y cargado como estoy. ¿Qué puede importar el grado más alto ó más bajo de la escala, cuando se trata de cosas esenciales, de aversión constitucional, orgánica y funcional contra *el modo en que se nos obliga* á funcionar combinados con nuestros semejantes? Realmente la cobardía estaría en *seguir* funcionando, en no cortar en seco el impulso adquirido. No es cobarde el hombre que se separa de su mujer por no querer llevar pacientemente los cuernos, sino el que los so-

porta á sabiendas por no romper con sus costumbres. Supuesto que nos disguste el roce humano que hoy se gasta, ¿no es obra de prudencia disminuirlo y de resolución concluir con él? Yo creo que sí, y que en esto no hay flojedad, ni egoismo. ¿Por qué se ha de transigir con una organización á la cual no nos avenimos y que después de todo es de esperar que no sea muy duradera? Quizás los que hoy parecen refractarios á la nueva manera de vivir estén en lo firme, y la sociedad sea la que tenga que reaccionar; así lo deseo yo y lo desearían muchas personas, si tuvieran tiempo libre para pensar á solas con su cabeza, un par de horas diarias. Esa rebelión que tú echas de menos en los satánicos de hoy, no hace ya falta por el relajamiento general de los músculos intersociales; antes la religión era una fuerza y había que oponerle otra; hoy es un comodín que se toma y se deja á placer, que casi es ridículo tomar ó dejar. Así pues, si no nos sublevamos, no es por falta de fuerzas, sino por *falta* de necesidad. Casi podría decirse que la causa de todo está en la mayor ó menor *adhesibilidad* social de los individuos; al empezar á vivir en relación, ya puede notarse que los unos se van pegando cada vez más á la masa, mientras los otros se van alisando y escabullendo como bolas de billar. Al que se encuentra en estas condiciones, no le vale ninguna de las especies de fe que tú señalas. Es cuestión de estructura, de organización, que está por encima de las modalidades del vivir.

Teniendo fe religiosa muy viva, muchos no pueden tragar á su prójimo, como están ahí para demostrarlo mil órdenes regulares dedicadas á la contemplación. La fe artística ó científica, más bien acentúa la propensión al aislamiento. En suma, no creo que haya nada que sirva para interesar en los asuntos colectivos al que por motivos esenciales se ha divorciado de la sociedad ó al que no ha llegado nunca á casarse con ella. Hay quien dice que un casamiento feliz le reconcilió con la humanidad, á otros quizás, un destino de tres mil pesetas los sacaría del mal paso; pero no se trata aquí de esas ridiculeces, sino de un caso muy serio, por lo mismo que no es muy frecuente, el caso de que un ciudadano no quepa en ninguno de los casilleros en que viven los demás prójimos, no porque sean aquéllos pequeños ni grandes, sino más bien porque la finura de su epidermis no resiste las molestias del contacto, ó porque la delicadeza de las narices no soporta el *olorcillo* que las agrupaciones humanas (como las de los demás animales) desprenden de sí. Cuando esto ocurre, no hay otro recurso que apartarse más ó menos gradual y progresivamente de las expresadas agrupaciones. Una vez aceptado esto, sí hay posibilidad de encontrar ciertos remedios eficaces para dulcificar la vida puramente subjetiva; á cualquiera se le ocurre que si la causa de los sinsabores que nos amargan la existencia, es el ímprobo trabajo que realizamos para adaptarnos á un medio

que no nos es propio, no es tan difícil empezar la cura espiritual cambiando de objetivo; suspendiendo ese penoso trabajo y comenzando á deshacerlo con cierto tacto, pues un médico hábil no aconseja nunca, como un escolástico necio, levantar la causa para levantar el efecto, sino debilitar la causa para que se vaya debilitando el efecto, *sin producir otros peores* y suministrando al mismo tiempo *algo* que ocupe el lugar que ese *efecto* ocupaba, puesto que á veces es peor que el mal, el desequilibrio que se produce cuando el *mal*, que al fin es algo, desaparece. Este algo sí puede ser la fe religiosa que hace el místico, pero sólo cuando el individuo está en condiciones de recibirla. Los milagros producidos por la fe, disminuyen de una manera alarmante. Creo que nosotros hemos visto ya demasiadas musarañas en el espacio para poder sumergirnos en la contemplación mística. Tal vez tú pudieses actuar de cartujo, pero yo ni de benedictino. Por esta razón el Lázaro del *Escándalo* no se hace místico, sino astrólogo ó astrónomo; ya que no puede concentrarse en la idea religiosa, se deja absorber por las visiones astrales. Tomás Orozco tiene sus ribetes de astrófilo, pero está dominado más bien por el filantropismo. No deja de ser gracioso que un hombre á quien le revienten los ciudadanos aisladamente, sin exceptuar su mujer propia, se complazca en hacerles bien á bulto. Sin embargo, la idea es perfectamente estóica; menospreciar los individuos y exaltar la especie, la

idea de humanidad, que cada cual cree está por él representada. Las humillaciones individuales, los sufrimientos, la degradación más profunda, todo es bueno, si se sabe revestir con dignidad, para demostrar la fuerza, la vitalidad de nuestra especie. Si quieres que te diga, me parece más natural Lázaro que Orozco, pero no recomendaría ninguno de sus procedimientos. No falta quien crea que la tabla de salvación es el trabajo como medio para llegar á la ciencia; esto ha sostenido Zola, pero Tolstoi acaba de darle varios palmetazos, diciéndole que trabajar por que sí, es de buenos y por la ciencia á secas, de tontos. Es preciso tener fe en la ciencia, en una ciencia, puesto que hay muchas y muchas tendencias, y los hechos positivos nos quitan el entusiasmo demostrándonos que quizás lo que hoy priva (la ciencia experimental) sea mañana una obra más muerta que lo es hoy el escolasticismo, ó la Retórica clásica. Veamos, pues, dónde hay que refugiarse para vivir lo más decente y filosóficamente posible.

XV

27 Noviembre 1893.

No creas que le dí importancia al artículo de Stapffer; te lo señalé solo, porque algunos de sus conceptos venían á pelo con el asunto de que yo escribía contestándote. Hace ya tiempo que me río con tantas ganas como tú de los anuncios de los sociólogos agoreros. La prueba de ello la tienes en algo de lo que te dije en la carta que fué por delante de ésta. Jamás he creído que la *unidad* psíquica, de donde brota el arte, pueda ser ahogada por la variedad material (aunque sea de orden tan elevado como la variedad social) por la gente, que sólo por ficción y capricho se toma hoy como organismo único y viviente. El trabajo de las muchedumbres será siempre *geológico*, pegado á la tierra, de donde el espíritu colectivo no se separa casi nunca. Se necesita ser un *genio* para sacar á una multitud de su bajeza y elevarla á la contemplación ideal simultánea, y esto dura un instante,

el tiempo que tarda en caer el telón al fin de una comedia ó una ópera. En política es verdad inconcusa la de Ibsen en *El enemigo del pueblo*, «que estando compuesta de imbéciles la mayoría, la minoría es la que debe gobernar»; fuera de la política, esta verdad adquiere el tamaño de nuestro globo; la humanidad entera no es nada mientras no hay un ojo que la vea y un cerebro que la traduzca en ideas, que son las formas de representación subjetiva. Por eso he pensado mil veces y te lo he dicho varias, que el fin de la campaña democrática, la de los generosos amigos del progreso de nuestra especie, va á ser desastrosísimo; como que su punto de partida ha sido tan erróneo, que se podía representar, diciendo que han querido elevarse al cielo, atravesando el centro de la tierra. Por odio al despotismo (odio circunstancialmente justificado por cuatro imbéciles, á quienes la casualidad puso á la cabeza, debiendo haber quedado á la cola) se pretendió anular la acción preponderante individual, y sustituirla por el poder anónimo, la soberanía nacional; y como nunca falta gente para nada en el mundo, no faltó quien se entusiasmara, creyéndose algo importantísimo en el nuevo concepto aclamado por tantos tribunos. El que antes era un cero á la izquierda y se veía condenado á serlo en lo sucesivo, se alegró, viéndose convertido en unidad. El pueblo soberano venía á ser algo como una cifra compuesta de muchas unidades en fila; todos eran *unos*, pero cada cual se permitía el

lujo de creer que él podía ser, no el uno primero de la derecha, que vale uno, sino el tercero, que vale 100, ó el séptimo, que vale un millón. Pero, aparte del pernicioso efecto de estas adulaciones, es evidente que había algo más grave: la necesidad de confiar algo á la masa; de aquí dos teorías originales: la una consistía en decir que las tales masas lo hacían todo, pero que había hombres providenciales encargados de expresar los pensamientos de sus contemporáneos, de realizar sus aspiraciones; la otra fué más atrevida, y le cargó todos los méritos al elemento anónimo, valiéndose de la falsificación de la historia. Para algunos, no sólo han sido evoluciones necesarias los hechos históricos fundamentales, sino que éstos han sido concebidos por la masa social, llegándose hasta á lo del *pacto expreso* del sobajeado Rousseau. Este concepto político es *colectivista*, y los que, demócratas convencidos y colectivistas teóricos, se niegan á llegar al colectivismo práctico, son inconsecuentes y cobardes. ¿No es disparatado sostener en grandes síntesis históricas que las sociedades lo han realizado todo colectivamente, y después negar á estas sociedades la facultad de organizarse colectivamente? ¿No es más racional suponer que los que hoy no se entienden y se tiran los trastos á la cabeza cuando se trata del peliagudísimo asunto de señalar las horas de trabajo ó la cuantía del jornal, se entenderían menos si se les propusiera cualquier asunto relativo á la comunidad? Yo he visto, con

los ojos, que una misma recua de borricos, de los buenos borricos que usan los arrieros de la Alpujarra, ha enriquecido á un arriero y ha arruinado á otro. La razón dice que la inteligencia y hasta la suerte de los arrieros es la que decidió en estos casos; los burros se limitaron siempre á llevar la carga. Como decía filosóficamente el asno de la fábula de Fedro: «No haya temor de que á un solo burro le echen dos albardas.» Los progresistas y sus crías han descubierto lo contrario: creen de buena fe que la consulta con sus borricos es para el arriero cosa indispensable. Esta es la doctrina corriente y á la cual nadie puede sustraerse. No hace mucho te decía que el mismo Taine se contenta con ser relativamente original dentro de la norma de su época. Cuando se lee que Napoleón (que fué el *todo* del *imperio,* el que de una manotada desvió el curso desbocado de la Revolución) no fué más que un hombre que supo encauzar los múltiples (?) elementos latentes que había en el seno de la sociedad francesa de la Revolución, dan ganas de taparse la cabeza con un manto más espeso que el de César. Seguramente Francia, después de la ejecución de Luis XVI, sería una jaula de locos peleando por el poder; de lo que hicieron, tenemos una ridícula parodia en el período demasiado *largo* que duró la República española. Llega un hombre, los echa á todos á patadas, como debían haber hecho en España después de Sagunto y sin necesidad siquiera de Sagunto, hace una na-

ción, hace veinte ejércitos y en tres sentadas se traga la mitad de Europa. ¿Dónde están aquí la adivinación de las masas, el profundo sentido de la sociedad francesa y demás terminachos adulatorios que emplean los tribunos de la plebe de hoy?

Lo más doloroso es que cada día escasean más los redentores, que ya no hay quien se meta á enderezar tuertos, y que una vez tomada la *correndilla* que ha tomado el insensato pueblo soberano, no pasará hasta sacar las últimas consecuencias de la tontería hoy en boga. Como si no se bastara uno solo para pasarlo mal, se emplazan las cosas de modo que cada cual está molestado continuamente por la intervención de unas cuantas personas en la forma ridícula en que presenta la organización socialista el jefe liberal alemán Richter, que por esta guasa se quedó sin entrar en el Parlamento. Por acá la cosa es más seria de lo que parece, y de seguir las cosas como van, con un par de retoques que se les den á los programas para suavizar los tonos, dentro de treinta ó cuarenta años el socialismo será el amo de la situación. Menos mal si triunfara el elemento bruto y hubiera degollina y reparto; pero lo peor es que triunfarán los sensatos, que lo echarán todo á perder (más que está hoy) lentamente. Y como se verá que no se hunde el firmamento con el nuevo sistema, todo el mundo querrá ensayarlo, sobre todo si los resultados son malos; pues una de las verdades mejor demostradas es la de que

si se inicia un régimen cualquiera que no produce en breve plazo el derrumbamiento general, se *cree* que es mejor que el que existe ó, por lo menos, que es igual, pero con la ventaja de ser más nuevo.

XVI

9 Diciembre 1893.

Con el disgusto que me he llevado esta mañana no me queda humor para continuar tratando el asunto que el otro día quedó con incógnita; pero haces mal en creer me vaya á salir algo grueso y sustancioso. Cada día me queda menos sustancia, y ésta más difícil de sacar, y creo que lo que me ocurre es un hecho corriente en todos los que sufren varias adaptaciones. Se me viene á la punta de la pluma una metáfora culinaria que te expondré sin forma retórica, pues gusto mucho de reventar la expresión literaria de mis ideas, cuando por azar me sale así y lo noto á tiempo.

La metáfora es que las personas que se trasladan muchas veces de domicilio nacional se parecen á los huesos que la gente pobre utiliza para dar sustancia al puchero. Yo he visto alguna vez que las vecinas se prestan en casos de apuro el famoso hueso, atadito de su correspondiente cordón. Hay

ocasiones en que un hueso de estos presta largos y dilatados servicios, como si se creyera que con tanto entrar y salir en unas y otras ollas va ganando en valor sustantífico, siendo así que debe ocurrir lo contrario. Lo mismo ocurre á ciertas personas en ciertos casos; entran y salen en muchos pucheros, y parece que van ganando, porque se limpian y purifican, y hasta adquieren cierto lustre exterior; pero la sustancia creo yo que se va quedando fuera.

Este ejemplo me servirá de punto de partida y casi de apoyadero para continuar otro día. Hoy quiero dedicar el resto de mi carta á protestar contra ciertas cosas que me atribuyes, sin fundamento, en tu última. Lo que yo decía y dices tú también, explicando las causas de ello, es que la mayor y aun la mejor parte de nuestros literatos carecen de soltura ó de desahogo para escribir, que parece que siempre están tanteando cómo lo han de hacer, y que esto me parece á mí que explica el olvido en que se les tiene por acá donde se está habituado á otro modo de ver y hacer. No se te ha debido ocurrir que yo piense un disparate tan gordo como el de que nuestros escritores no valen; he dicho que no gustan, y que muchos de ellos á mí me van gustando menos que antes, no porque empiece á conocer mejor el francés, puesto que me paso muy satisfecho los meses sin hablarlo con nadie, sino porque leo menos castellano, y noto mejor ciertas particularidades que antes no me llamaban

la atención. Tú justificas esto mismo por la manera miserable de vivir que tienen en nuestro país los artistas y yo creo que, además, hay otra razón y es que se vive mal y á disgusto. Ha habido tiempos en que viviendo más arrastradamente aún se hacían grandes cosas, porque la abundancia de espíritu suplía las pobrezas materiales, y cierto concepto de la vida más noble que el que hoy se tiene hacía tomar las cosas más filosóficamente. Los que creen que ha sido un progreso la desaparición de la bohemia artística, no se fijan en que ha venido otra cosa peor. Hoy el artista lucha entre dos preocupaciones: la de su arte y la de vivir decentemente, y entre ellas el arte es el que sale perdiendo. En París no todo es brillo; hay miseria como donde más, y quedan aún restos de la antigua bohemia, y con ellos manifestaciones del arte aliado con la pobreza.

Aun dejando á un lado esos pocos que tienen todavía la audacia de pasarse el mundo por debajo de la pata, entre los que se presentan correctamente, hay muchos que llevan por dentro la procesión. No me refería al establecer comparaciones á la gente que vive del periódico, la cual no puede ser considerada como representación verdadera del arte puro, sino del arte industrial. La prensa es una industria como otra cualquiera, y en ella cabe mayor ó menor habilidad técnica, como en las demás industrias y dirección más ó menos

hábil, pero independiente del fondo, de la materia objeto de explotación. Entre mil chocolateros que tenemos en España, los ha echado la pata á todos Matías López, no precisamente porque hiciera el mejor chocolate, sino porque sabía hacérselo tragar al público. En España mismo tenemos dos empresas periódicas que marchan viento en popa, sin embargo de publicar mayores disparates que todas las demás juntas; y es que publicándolos se hacen accesibles á mayor número de personas. Ahí está el busilis. Nosotros, para aventajar algo en el orden literario, tenemos que prostituirnos, bajar el diapasón y ponerlo acorde con la estupidez colectiva; se hace indispensable que los que hayan de nutrir á las tan acreditadas mayorías sean insensatos, única manera de que engendren insensateces de una sola pieza, sin mezcla, no ya de arte, sino de discreción. En Francia y aquí ocurre exactamente lo mismo; pero con la ventaja de que la lengua francesa no está localizada en una nación ó en varias naciones, como la española, sino diseminada por todo el mundo entre los elementos más aristocráticos, en el buen sentido de esta palabra. Así puede sostenerse una literatura cosmopolita, que tanto es francesa en ciertos aspectos, como rusa ó italiana, y que es comprendida y gustada por los elementos escogidos de todas las sociedades. Este filón literario es explotado por Francia á expensas de las demás naciones, y de él sacan su sustento muchos, que en España tendrían

que escribir para un centenar de personas y contentarse con la satisfacción interior, según habla el código militar ó las ordenanzas ó lo que sea. Pereda, por ejemplo, es más artista que Pierre Loti, y con haber conseguido exitazos, de los que no son corrientes en España, es un niño de teta comparado con éste; porque á Pereda en España le entienden cien personas y le leen mil, y á Loti le entiende y le lee todo el que quiere darse algún tono. Y no es sólo la diferencia de lengua la que produce esta diferencia de resultados; es la diferencia de espíritu y de forma. Realmente Pereda vale más porque presentando mayor cantidad de materia idealizada (la frase parece propia de un comerciante), no produce sólo impresión intelectual, sino también sentimental. Yo creo que espiritualizando demasiado, no se puede hacer sentir profundamente; todos los refinamientos secan y estragan. Por esto á la larga Pereda, metido en su rincón, valdrá más que Loti leído por todas partes. Ocurre con las obras de arte, como con las mujeres: las que son de muchos concluyen por no ser de ninguno. Pero por lo pronto no se puede negar el hecho de que la prostituta extiende su imperio más que la mujer honrada. Mas ó menos efímera, la influencia existe y con ella la *ganancia*, y con la ganancia la comodidad para afinar cada vez más. Este ejemplo puede extenderse, *mutatis mutandis* á Zola y Galdós, y en general puede servir para marcar la diferencia que yo seña-

laba, y que te llegó tan á lo vivo, que te hizo ser por un momento optimista y Quijote del arte nacional; tú, que te declaraste Sancho á poco de entrar en el cuerpo del B. y de instalarte en esa imperial ciudad «que el Tajo baña y no fertiliza.»

Como si eso te pareciera poco, me atizas otro *lumbrerazo* con motivo de haber soltado yo la *especie* (ó de haberla recogido imprudentemente) de que en el arte la forma es el todo. Demás sabes tú que Menéndez declaró que no había lugar á discutir esto, y que todos convinimos (todos en cierto sentido, exceptuando por lo menos á Ripoll), en que Menéndez estaba en lo firme, aunque rabiara D.ª Emilia .Aquí viene el cuento del cazador y las perdices. Para cazar perdices es menester que las haya, pero hay muchas maneras de cazarlas; tú, siendo en esto Sancho, te declaraste por el puesto; otros, D. Paco, pongo por caso, prefieren tirarlas al vuelo. Para mí todo es accidental, siempre que las guisen bien. Aún entre los que saben cazarlas, sea de un modo, sea de otro, puede haber diferencias, porque se las puede alicortar hábilmente y se las puede tirar á boca de jarro y hacerlas cernada. Así, pues, quedamos: 1.º en que ha de haber perdices, y 2.º que se puede matarlas de mil modos, exactamente como las pulgas. Por esto hay que comparar siempre dos cosas que tengan sustancia y que la tengan parecida. Urrecha: Mabilleau:: Balart: Lemâitre. Esta proporción resume el debate.

Todo tiene fin en el mundo (menos la tontería), y esta carta va á tenerlo ahora mismo. Ha pasado por encima de la Purísima, que aquí no significa nada, é intenté empezarla el día de San Nicolás, que como te dije, es aquí día gordo. El día de los niños. Por acá se ha trasformado al arzobispo de Mira en un segundo rey Mago. En paquete te enviaré el extraordinario que le dedica *L' Indépendence*, y que tiene un cuento congolés que te gustará, pues da cierta noción de las ideas populares de la raza negra. Bien es verdad que el tal cuento está tomado de una edición publicada por el farsante de Stanley, y no tiene por lo tanto las condiciones apetecibles de autenticidad.

XVII

7 Enero 1894.

Dichoso tú, podría comenzar exclamando, que no conoces ciertos plazos administrativos tan repugnantes como fin de trimestre y fin de semestre del año económico, formalización de cuentas semestrales, balances, etc., etc., que han llovido sobre mí como aluvión estos días.

Hasta ahora me había librado de estas miserias, pero ahora he tenido que apechugar y *llenar el servicio,* como tú decías, citando á Serra, al otro Serra. Por fin, ayer sábado salí de balances, cuentas corrientes con el banquero de París, cuenta detallada semestral, formalización de los ingresos del segundo trimestre, cuenta de gastos extraordinarios... y otras cosejas con las que no quiero martirizarte. Aquí hubiera yo querido verte pasar apuros; yo he salido del paso merced á mis recuerdos de *jeunesse,* pues en mi casa también ejercí un tanto de tenedor de libros; lo único que no he podido

hacer ni bien ni mal han sido las rayas; el tiralíneas se me ha insubordinado de tal suerte, que después de varios tanteos y de dejar por todas partes grandes regueros y manchurrones de tinta tuve que acudir á los buenos oficios del joven Oscar, *qui s'est tiré d'affaire à merveille*, con gran contentamiento de todos y gran satisfacción de su parte. Luego dirás que la experiencia vale poca cosa; aquí tienes un ejemplo contundente de que te equivocas de medio á medio; yo me creía teóricamente capaz de hacer ciertas menudencias que luego he visto que no puedo ni podré hacer jamás. Yo que sería capaz, como Gylluspa, el héroe de una novela *(Maha Gurn)*, de Gutzkow, de pasarme veinte años dedicado á la contemplación místico-guasona de mi propio ombligo, no puedo concentrar un minuto la atención sobre la regleta, contra todas las leyes conocidas de la ciencia psicológica.

Todo este preámbulo tiende á justificar mi prolongado silencio, que además tiene otra explicación, mi deseo de no acercarme poco ni mucho á la gente que aprovecha estos días para bombardear al prójimo con cartas y tarjetas reglamentarias; desde antes de Pascua hasta hoy no he escrito ni hablado á nadie.

La novedad de estos días ha sido el frío; hemos llegado, el día 3 y 4, á 18 ó 20 grados bajo cero. En mi alcoba tenía yo 6 bajo idem, por supuesto, sin lumbre de ninguna clase, pues me he declarado

enemigo descubierto de todos los artificios sociales, empezando por el calor artificial. En cuanto á la luz, hace tiempo que me carga; uno de los capítulos de mi obrilla está consagrado á combatir la luz, siendo de notar lo raro de que al mismo tiempo que yo pensaba y escribía mi capítulo, pensabas tú y escribías una composición de sentido análogo, en la que insistes en una de tus últimas cartas, cuando hablas del pesimismo que engendra el sol y de la resignación que produce lo gris.

Esta semejanza en los pareceres y en el momento psicológico de ocurrírsenos á ambos tiene algo de la sugestión á distancia, en que algunos genios, Balzac por ejemplo, han creído á pies juntillas, y en la que, sin duda, hay algo de verdad, quizás mucho más de lo que se cree. ¿Por qué razón ha de existir la trasmisión física de la que hay tantos ejemplares en el telégrafo y sus derivaciones, y no ha de existir lo espiritual, lo ideal, aunque no por hilos ni cables, sino por *ideaeductos* misteriosos?

Esto para mí es elemental, y sin ello no podrá nunca explicarse cómo se difunden las ideas tan rápidamente, que, iniciadas casi á la vez en diversos puntos ó focos intelectuales, se vulgarizan antes que haya tiempo de conducirlas materialmente en libros, lecciones ó conferencias. Si la acción intelectual fuera mecánica, si exigiera el *contacto* de una inteligencia con otra, estaríamos aún, como dijo el ilustre general Serrano, contestando á Novaliches, «adorando el caballo de Calígula». Serra-

no sustituía, claro está, la acción intelectual por el sable y el cañón; pero nosotros tenemos hoy algo más científico: la accción sugestiva. Hay hechos diarios que no se explican más que por este medio: la propagación del socialismo, y más aún la del anarquismo, fenómenos subterráneos que á algunos les hacen creer en logias y catacumbas, no tienen nada de misterioso. La trasmisión de las doctrinas es algo oscura, por lo mismo que no nace de la propaganda, como se cree, sino de la sugestión *sui géneris* de mi cuento, como se demuestra más ampliamente con solo observar que, siendo á veces millares y millones los sectarios que sienten la atracción de la idea, para ellos, casi incomprensible ó solo comprendida de un modo vulgar, son dos ó tres los que definen el credo, con auxilio de sus más ó menos claras luces. Hay más de choque que de acción en todos estos manejos. Pero aunque la manera sea desconocida, el análisis de los elementos que entran en estas operaciones de química social es fácil. Que se presenten seguidamente varios hechos históricos que produzcan en determinada nación ó lugar un aplanamiento de energías individuales, y por ello una cierta comunidad de estado espiritual, y no tardará en aparecer una secta. Porque las ideas se están cerniendo siempre sobre nosotros, y nos acometen cuando pueden, se apoderan de nosotros (para hablar con más exactitud que cuando se dice que nosotros las adquirimos) y nos unen si son de la misma familia. ¿Qué de par-

ticular tiene que en Sicilia, donde por la pobreza del país, por la miseria que acompaña siempre á los países que viven solo de la tierra y sus frutos, lo más despreciable por lo mismo que es lo mejor, por los abusos del Estado, empeñadísimo en sostener una grandeza artificial y por otras varias causas, la mayoría de los habitantes se halla nivelada é igualada con el rasero más igualador que se conoce, el apetito común, se haya desarrollado, el socialismo revolucionario casi en meses y tome los caracteres de guerra civil? Esto es tan natural como que entre el cólera en Nápoles ó en otras ciudades tan abandonadas como ella y se lleve de calle en un mes el 50 por 100 de los habitantes. Todavía no se sabe cómo se trasmite el cólera, ni el socialismo, ni otras epidemias; pero sí se explica que prenda en unos sitios y en otros no, y sí se sabe por qué se desarrolla y por qué se contiene, según los casos.

XVIII

12 Enero 1894.

Había dejado para hoy hablarte de los Yambos. El tema había venido ya anticipadamente en una de tus *Causeries*, aquella en que *pestiferabas* del amor y de otras menudencias que ocupan exclusivamente el númen de los vates de algunos siglos á este lado. No puede darse, pues, mayor oportunidad para ensayar formas primitivas que esta que te ofrece á tí el deseo de retroceder á la poesía íntegramente humana. Algo de esto ocurre en medicina y cirugía; enlazados estos dos artes no se por qué, caminan hacia adelante por las trilladas vías del progreso; pero al cabo de algunos jornadas de marcha caemos... en la cuenta de que la tal cirugía en efecto se ha redondeado con varias importantes adquisiciones instrumentales y conquistas operatorias, en tanto que las ciencias médicas, después de mucho análisis natural y microscópico vuelven la cara al buen Hipócrates,

deseosas de tenerle siempre por guía. Con pretexto de varios adelantos menudos en mecánica se ha querido justificar la legitimidad de ciertas evoluciones morales, como si el espíritu fuera susceptible de manipulaciones, de combinaciones y de inventos.

Los adelantos de la mecánica quedan en pie, porque eran referentes á las cosas, sobre las que tenemos algún poder; las otras novedades no pasan de ser supercherías, reducidas casi siempre á la substitución de la parte por el todo. En vez de estudiar ó de representar el ser humano íntegro se toma un fragmento de él para dar variedad al espectáculo. A esto se reduce el psicologismo francés (en el fondo), y el colorismo y otras calamidades (en la forma). Después de darse un buen atracón de lecturas modernas lee uno el *Quijote* ó la *Iliada*, con la misma complacencia con que después de alimentarse uno varios meses de sardinas en lata, aceitunas y rajas de salchichón vería aparecer una majestuosa fuente de cocido, «con muchísimos garbanzos.»

Tan profunda es mi convicción de que hay que volver en medicina al hombre de Hipócrates y en moral al hombre de la Biblia, que hace ya muchos meses te escribí una larga carta en que con motivo de ciertas afirmaciones mías creiste tú encontrar trazas del *homúnculus* y otros engendros de alquimia psicológica.

Realmente lo que yo te decía era algo extravagante, pero te lo decía porque creo que ó no hay

medio de adelantar un paso en la evolución humana, antropológica, ó si lo hay tiene que ser semejante al indicado por mí; coger un hombre y transformarle hasta cierto punto por la influencia personal de un semejante suyo creo yo que es posible y más fecundo que instruirlo, estropearlo bajo la acción pedagógica de varios congrios, que actúan ya sucesiva ya simultáneamente sobre estas ó aquellas facultades ú órganos.

Aunque esto sea discutible, no lo es referente al arte, á la representación de la belleza humana. Aquí sí hay que tomar el sujeto con integridad. El análisis ha sido una calamidad mayor que la síntesis efectista del romanticismo; con el tiempo quedará á la misma altura que el sentimentalismo infantil de los novelistas de á un cuarto de real la entrega. Por esto estoy conforme con tus *Yambos;* aunque el pensamiento parece ser un tanto progresista y hegeliano, el espíritu no es ese; no hay realmente entusiasmo por el cantar de la *Idea*, sino contra otros cantares ya gastados.

...No *los* inspira fugaz sentimiento, etc.

. . . .

La poesía debe nacer *del aire libre*, no en las estufas en que hoy nace, *del terruño salvaje,* no entre alfombras. A fuerza de contraer al hombre se le ha deformado, y si hoy no aparece el verdadero hombre por parte alguna, es quizás porque no se le encuentra ni con auxilio de todas las linternas de todos los Diógenes. Encontrar un hom-

bre de cuerpo entero, de cuya cabeza salieran, no estupideces convencionales, sino pensamientos que «silben cual balas del campo enemigo, que hacen bajar la cabeza al escucha»—¡esto es bueno!—y trasladarlo al papel ó al lienzo y al mármol sería hoy obra colosal. Ojalá que tus *Yambos* fueran un programa, y que lo cumplieras mejor que en España hay costumbre de cumplirlos.

En cuanto á la forma creo que es esencialísimo el carácter primitivo para diferenciarla de lo que hoy se usa. Además, el éxito de una tentativa innovadora está en el tono que se emplea.

En comprobación de esto iba á citarte y te citaré un ejemplo. El día 13 fué el 272 aniversario del nacimiento de Molière, y con tan plausible motivo la empresa de «Varietés», que está *in extremis,* sacó el Cristo, uno de los Cristos, y dispuso coronar públicamente al inmortal autor de «Tartuffe». Además de la *exhibición de laurel* y del indispensable *apropósito* ó loa *(Scapin raisonne)*, soltaron *Le dépit amoureux*, regularmente representado, y *L'avare*, algo peor. Comparando estas dos obras, se verá clara una cosa: la falsedad con que suele clasificarse á los genios por la vía sintética. *El avaro*, del que yo tenía alguna idea, es el mismo *avaro* de Plauto, sin quitar ni poner comas. *El despecho amoroso*, comedia en dos actos, de que yo no tenía noticias, es hermana de las de Lope. Cualquiera creería que la diferente impresión que producen, se debe explicar por razones de fondo, por-

que *El avaro*, verbigracia, es obra más psicológica, ó porque *El despecho amoroso* tiene más acción; quizás porque los despechos amorosos continúan siendo siempre iguales, mientras la avaricia ha cambiado tanto de forma, que ya no hay medio de hacerse cargo del tipo de Harpagon (ó del de Eución) con su inseparable marmita ó alcancía, objeto propio de las investigaciones de la economía paleontológica en estos tiempos *panamánicos*. Yo creí ver, sin embargo, que la enorme diferencia estaba explicada *al oído*, porque *L'avare* es una comedia en prosa y *Le dépit* está escrito en buenos versos. No me parece que hay modo de producir la impresión (mala ó buena) de lo clásico escribiendo en rimas. Los consonantes y asonantes, recursos musicales á que acudieron generaciones degradadas para sustituir groseramente la armonía clásica, fundada tanto en el fondo como en la expresión, en el elemento psicológico de las palabras como en el fonético, son demasiado infantiles y destruyen la *gravedad* ideal, necesaria para *cuajar las líneas* de los tipos clásicos. La prosa da una idea *pobre*, pero el verso da una idea *inexacta*. Aun el verso declamatorio y severo de Racine se queda á muy *respetable* distancia de la verdad, traduciendo la pasión en efectismo teatral, y lo solemne en solemnidad de ópera. ¿No te parece que aquí sólo está la explicación de la existencia del pseudo-clasicismo? Los que intentan trabajar en sentido opuesto al corriente hoy día en asuntos de

arte, deben fijarse en este punto. Cierto que se podrían meter ideas de Quintana en rimas de Becquer, pero el resultado sería desastroso. Como éste, aunque no tan chocantes por lo exagerados, se producen muchos todos los días. La manía del amigo Rueda es una manía muy generalizada, que constituye una de las formas del anarquismo intelectual. *Le mot d'ordre* es que ningún artista digno debe trabajar con patrones usados, y esto es una verdad; pero la consecuencia es que cada hijo de vecino se dedica á buscar *moldes* para labrar sus rosquillas, soñando con que él y no otro es la verdadera tía Javiera. En buen hora que todo Dios se subleve contra el *pecuarismo*, que hace imposible la vida social; preferible es la variedad atómica á la uniformidad asnal; lo que no veo yo tan claro es que sea preciso buscar la manera de distinguirse. Así como no es legítimo que el que siente nacer dentro de sí una particularidad la sacrifique á la norma común, por cobardía ó por egoísmo, así no es tampoco decente que el que aspira á darse tono saque los pies del plato y quiera pasar por buenas sus extravagancias rebuscadas.

XIX

18 Enero 1894.

Recibo tu carta última, y aunque tengo en casa otra casi terminada y que no he querido acabar hasta que llegara tu anunciado resumen de año, empiezo esta que va consagrada á resolver tus dudas, si esto es posible.

(Adviértase que cambio de pluma por el valor psicológico que el hecho pueda tener.)

En primer término creo que el año 93 no ha pasado en balde sobre ti; á primera vista puede creerse lo contrario, porque así como la costumbre de verse todos los días impide conocer los cambios que se operan en *el físico*, así el hábito de leer tus cartas yo y tú de leer las mías, nos imposibilita para conocer las diferencias que se van señalando; pero leyendo varias de distintos años ya se saca algo en limpio. Yo, con motivo de mi mudanza y trastorno general de mis papeles, he leído algunas

tuyas, y veo claro que de dos años á esta parte has variado y no poco; has perdido en candor artístico, la buena fe con que antes te esforzabas para pensar de *cierto* modo y para expresarte de *cierta* manera. Las ideas y formas que antes querías tener, ahora las tienes *ya*, y sin pensarlo ni quererlo te explicas ahora mejor que antes pensándolo y queriéndolo. La desgracia estará en todo caso en que tus tendencias no fueran las mejores. Es muy frecuente que uno se sugestione á sí mismo (así se explica la evolución de los artistas dentro de una *manera* libremente aceptada) y se trasforme; lo que empieza por *poco* suele acabar por estado permanente y las cañas se vuelven lanzas. En broma se empieza á hacer el amor, por pasar el rato, y en serio se puede uno apasionar con todos los caracteres que exije la buena tragedia. Yo he conocido un hombre profundamente serio que se ha propuesto ó que se propuso ser guasón y llegó á serlo, y perdió la seriedad hasta en la suela del zapato. Hay quien tiene ideas *sanas*, juiciosas y tranquilas, y por variar, por salir de vulgaridades, empieza á desentonar un poquito (á tirar *piedras*), y sin saberlo empieza á desentonarse él mismo; las extravagancias, ó las necesidades de extravagancias, las ideas personales, que siendo justas no se acomodan á los términos prudentes de transacción que rigen la vida colectiva á expensas de la vida individual, son al principio motivo de entretenimiento, porque aún están fuera del que empieza á apartarse

del camino real y á correr por las trochas. Pero llega un día en que la soledad de las ideas propias nos seduce, en que nos cansa el comunismo de pensamientos; como llega el día en que nos hastiamos de prostitución... pública y deseamos una mujer... quién sabe si para organizar la prostitución á domicilio. Tantas veces va el cántaro á la fuente... Cuando uno se rompe el alma le echa la culpa á la fuente, ó sea al medio social, siendo así que el cántaro se rompe porque es frágil— como decía Epicteto—y nosotros nos rompemos por *auto-descomposición*.

En cuanto á tu vida íntima, ya veo también un no sé si decir progreso, un considerable desarrollo del egoismo, y por consecuencia del amor familiar. Esto no es paradógico. Una de tus exageraciones era tomar la familia (más ó menos en general) á beneficio de inventario; pero esta exageración no ha producido como otras sus resultados semejantes, sino el opuesto, como era natural que sucediese. Cuando se empieza á ensayar el vuelo fuera del hogar, donde nos crían los cándidos padres mientras somos *culones*, es costumbre darse aires de indisciplina. Estos son los primeros revuelos del egoismo; sólo que el egoismo no se manifiesta tal de buenas á primeras, sino que antes se declara todo lo contrario. La tan acreditada ley de los contrastes es una verdad. En vez de contentarse con el altruismo natural, con el sacrificio por los padres, por la familia más íntima, el joven altruista,

so pretexto de que sus vistas sobre la humanidad se salen de los... moldes ordinarios del vulgar amor doméstico, comienza por dejar un poco de lado á su querida familia para consagrarse á amar cosas más altas. Primera forma mitigada del egoismo, muy frecuente en los que toman estado eclesiástico, los cuales bajo achaques de amor divino ocultan un corazón vacío de sentimientos humanos. El segundo momento llega cuando el joven en cuestión no se encuentra tampoco con fuerzas para continuar amando á la humanidad... en general, ni aun siquiera en forma de ideas, ¡no ya de personas ó masas! Este egoismo perfeccionado y experimental es ya tan negro y tan tristón, que obliga á acogerse á la familia de nuevo, á interesarse por ella, como se interesa el que está arruinado por los últimos restos de su fortuna. Hay muchos hijos pródigos que no han salido más que idealmente de la casa paterna. Tal es el valor de la parábola, que lo mismo es aplicable á la vida espiritual que á la material, á la vida de aquí abajo que á la de las creencias supramundanas. Leyendo los artículos sobre «pequeñas religiones de Paris» te hartarás de ver ejemplos; ¡cuántas vueltas, revueltas, rodeos, extravagancias y chifladuras para volver á la casa paterna ó por lo menos á la casa de algún tío tercero ó cuarto! Son muy pocos los que tienen bríos para seguir las huellas del otro hijo pródigo, que no volvió ni vuelve, representado en la historia de Luzbel.

Quedamos, pues, en que el año anterior has dado varios pasos en la vía de tu perfeccionamiento ulterior é interior, puesto que se han fundido en ti varios elementos que antes no estaban acordes por completo. «Eres más lo que antes querías ser, sólo que al serlo estás más disgustado que cuando no lo eras (!)». El resultado inmediato de esta evolución es que dominas mejor lo que haces, porque te sale más natural y acompasadamente, y que según parece empiezas á pedir *alafia*, como dicen en mi tierra. Contra la idea de huir te asaltan dos ideas; de quedarte, de *ostrificarte*, y andas hecho un mar de confusiones. No te recomiendo la fuga. Hay que tener las piernas muy largas, y aun así no siempre se llega donde se quiere. ¿No te acuerdas de aquél que salió á escape hacia Málaga y fué á dar en Malagón? Y todavía hubo de dar gracias á quien todo lo puede porque no se le quebraron las *patas* en el camino. Lo triste, lo horriblemente triste es que cuando á uno se le ponen dos cosas en la cabeza, aunque sean las dos malas, tenga que elegir una sola.

La disertación aquella que suspendí hace varios correos se encaminaba por estos mismos pasos; ni tú, ni yo, te decía, podemos ver el cielo con los ojos del místico. Pero hay un sentimiento más profundo que el religioso, que es evolutivo y relativamente nuevo, el sentimiento de la naturaleza, dentro de la que comprendo yo todos los elementos exteriores que han contribuído á formarnos; nues-

tros padres, nuestra casa, nuestro campo, nuestras cosas, á las que llamamos nuestras, no fundados en el derecho de propiedad, sino en virtud de que tienen algo de nosotros y nosotros algo de ellas. Cuando se desea la apacibilidad del espíritu necesaria para los trabajos y no se encuentra en la vida de sociedad, porque el carácter se ha torcido, se ha agriado y con su influencia echa á perder cuanto toca (que esto es más justo que creer que la culpa es de los *otros*, aun siendo estos otros unos solemnes *imbéciles*) hay siempre un recurso supremo, *aislarse*, *rodeándose* de las cosas que tienen la virtud de calmar el espíritu. No es que la naturaleza tenga esta virtud, puesto que en medio de una naturaleza extraña, como estos campos flamencos para mí, la tristeza aumentaría aún y todas sus malas compañías. Este es un sentimiento que no se razona casi nunca, pero que es universalísimo. Hay propietario que vende todos sus bienes friamente, menos una casa, por ejemplo, donde ha vivido largos años. A mi abuelo le costó una enfermedad un caso así, ocurrido poco después de la muerte de mi padre. Llegados á nuestro completo desarrollo nos encontramos fraternalmente unidos con todas aquellas cosas que nos han ido formando y que están en nosotros virtualmente. En el seno de este ambiente individual, de este *yo-medio* ó *medio-yo* está la tabla á donde debemos agarrarnos fuertemente antes de irnos á fondo. Una variedad de esta doctrina es la que yo quisiera poner en prácti-

ca y la que pondré si algún día tengo medios materiales para ello. En una de sus últimas cartas me escribe mi madre que está en trato de una huerta, pues no olvida la afición que yo he manifestado siempre á la vida campesina. No sé si podrá darse el caso de que yo me encariñe con algún terruño *de nueva planta*, pero creo que esto es difícil, esto no se inventa. Y como por otra parte mi enemiga contra la sociedad y el orden que la sostiene es irreconciliable, he pensado hacer ni más ni menos lo que hizo el patriarca Noé, aunque yo sin aviso previo de nadie, ni siquiera de algún patrón ó casero: recoger los pocos trapos que poseo y los trastajos que en adelante pueda poseer y trasladarme *con ello* á una nave, de cualquier forma que esta sea; pero trasladarme para siempre, para no volver jamás á subir escaleras. Según mis cálculos necesitaré todavía diez ó doce años para realizar mi plan, porque un *yacht* por muy pequeño que sea, de unas cincuenta toneladas por ejemplo, me costará veinte ó veinticinco mil duros, con todos sus accesorios. Nuevos creo que son muy caros; pero no faltarán ocasiones de comprar alguno, ya porque no sirva para carreras, ya porque lo venden judicialmente y por menos precio. El asunto no es tener *yacht* para regatas ni para ningún otro género de diversiones acuáticas, sino para vivir en él y para huir con él mar adentro, siempre que sea posible. Dime qué te parece mi idea. Por cierto que he leído que uno de estos días han vendido por

pocos cuartos el *yacht* de Guy de Maupassant. Después de oir esto *claro está* que te extrañaría el consejo que al principio te doy. *Claro está* que yo en tu caso me dejaría llevar del naturalismo que defiendo, que es el de Fray Luis de León y el de Virgilio, me trasladaría al campo, viniendo á Toledo todo lo menos posible y me dedicaría á vivir pacíficamente entre los míos, trabajando á mis anchas. Algún peligro se corre de enmohecerse, pero limpiándose de vez en cuando con buenas lecturas se salva el peligro y además se goza de la calma necesaria para pensar y escribir, por lo menos para pensar. Podrá uno adulterarse, pero peor es que otros le adulteren. Nada importa la pequeñez del medio, si hay grandeza de ideal. Yo creo que describiendo el cristo de las enagüillas, se puede adquirir tanta fama como Cervantes escribiendo el Quijote, si se vale tanto como Cervantes. ¿De qué sirve entrar en la lucha y darse de trastazos, si al fin la gloria es para el general que está á distancia, observando los movimientos? Pero *ca uno es ca uno*. Si te encuentras atosigado en esos vaivenes y atormentado por esas dudas, y precisas seriamente á aceptar alguno de los *extremos* de que me hablas, cásate, porque esto es lo menos malo. Como que si no hubiera nada legislado sobre el caso, no tendría nada de particular.

XX

15 Febrero 1894.

Después de atravesar arenales, dicen que se encuentra siempre el oasis, y yo lo he encontrado para pasar una noche y seguir la marcha; como soy tan tragón en materia de lectura, me tiré al coleto de una vez los dos tomos. Por fortuna, en cada ser pensante hay algo de buey, y yo me dedico ahora á rumiar. De las dos obras, había leído muchas críticas, y al leerlas he visto que todas eran vulgaridades y armas al hombro. Solo es exacta una afirmación de Clarín, la de que Torquemada tiene la misma frescura que las primeras obras de Galdós. Tan verdad es esto, que no teniendo la obra última unidad propia, pues ni tiene principio ni fin, resulta *una* al modo que es uno un paisaje que se contempla de repente, sin extender la mirada hacia el horizonte; existe la unidad de la ejecución, que parece realizada con troquel, de un solo golpe. Hasta los descuidos revelan la

maestría suprema del que ya no necesita fijarse para encontrar la forma perfecta. La falta más grave á juicio de los críticos es el asunto, que *resulta* ser el mismo de *La loca de la casa,* de *Angel Guerra,* de *La de San Quintín.* Si Homero resucitara, *tengo para mí* que el señor Alas le llamaría á capítulo y con la autoridad y presunción que quiere poseer, le diría que había notado con disgusto que en una de sus obras, *La Iliada,* se abusaba desmesuradamente de los combates singulares.—En buen hora que se conserven el de Paris y Menelao para empezar, el de Héctor y Aquiles para acabar, y á lo sumo el que cuesta el pellejo al afeminado Patroclo como nudo épico. Pero todos los otros de la gente más menuda, que andan dispersos por los veinticuatro cantos, podrían sustituirse por otros divertimientos varios: v. gr., una novillada, una zambra de gitanas y su poquito de fuegos artificiales (para lo cual no faltará quien invente la pólvora.) Lo único que hay análogo en todas esas transformaciones, es el hecho de la transformación, que se encuentra en casi todas las obras de arte, desde que se cayó en la cuenta de que la unidad de los caracteres no excluye los cambios naturales que en ellos puedan producirse.

Días atrás te hablé del *Avare* de Molière, y de la impresión que me produjo. Es el avaro que desde que se alza el telón hasta que cae, no piensa más que en esconder su alcancía; pudo ser real y pudo

ser exacto el tipo; pero hoy esa *unidad* de carácter fastidia, porque la riqueza ya no es el oro amontonado, ni la avaricia el deseo de poseerlo, la riqueza es la acumulación de valores de todas clases, y la avaricia el deseo de acumular, extrayendo la sangre á todo el que cae debajo. Aquella avaricia permitiría *quizás* la unidad de carácter, la de hoy *exige* su transformación, porque cuando el avaro tiene fuerzas para levantarse á otras regiones, donde se puede chupar más, se levanta. Este es Torquemada, é imbécil se necesita ser para afirmar que el autor ha pensado en cruzar castas ó en resolver problemas sociales. Aunque no lo diga, Torquemada se casa no contradiciendo su historia, sino cerrando un capítulo y abriendo otro nuevo en que la avaricia va á ser aún mayor, más suave en la forma, pero más dura en el fondo, porque las víctimas tienen ya más consistencia. Al avaro del pasado se le despreciaba porque se le veía absorbido por una idea fija y grosera; al de hoy se le arrojan bombas porque se le siente roer incansable las entrañas del que entrecoje en sus redes; por esto el ciego Rafael dice lo que dice al final de la novela hablando con el polvorista; aquello es una declaración anarquista en toda regla y está en su punto, porque las ideas de destrucción se respiran hoy por todas partes y hacen presa segura en todo aquel que se siente vencido, y no pudiendo resignarse por falta de fe propia y sobra de ferocidad de parte del vencedor, acude á

los medios traicioneros y cobardes, que ya no repugnan, cuando la rabia llega á borrar los últimos restos de humanidad que han podido salvarse en la pelea. El tipo de Rafael es de verdad *fin de siècle*, en buen sentido. Naturalmente, Torquemada no tiene nada que ver con Angel Guerra; son los polos: el hombre práctico que ante la desgracia se enfurece y se endurece, y el teórico que ante el dolor se acobarda y se retira. Una misma desgracia hace al uno ateo y al otro místico. Hay siempre transformación, pero también la hay por ejemplo cuando el cesante hace del chaquet, chaqueta para ir á embrazar la espuerta y el azadón.

No he visto *La loca de la casa*, ni *La de San Quintín*. De ésta no me hecho cargo, porque las reseñas han sido demasiado superficiales y vulgares. Si fueran exactas, habría que creer que se trataba de algo melodramático, con recursos de brocha gorda. Debo confesarte que la aplaudida exclamación: «Ven, hijo de Adán, etc.», no me gusta, ni creo que le guste al autor. Eso es lo que se llama en literatura un valor entendido, como en oratoria lo son la «felicidad de la patria», «al calor de la inmortalidad» y otros finales de período.

Pero de todas suertes, ó la obra no tiene tesis y se limita á una intriga y á una presentación de tipos novelescos, ó si la tiene, esta tesis es el cruce de las clases extremas, simbolizadas en un hijo na-

tural, pobre y socialista, y una aristócrata en ruinas. Esa misma idea aparece en la furibunda profecía del ciego Rafael y tiene cierta realidad, puesto que es un hecho que, como en Rusia, en los países en que hoy aparece con fuerza el nihilismo ó anarquismo y otras sectas extremas, como el socialismo de acción, aparecen mezclados con *la plebe indigente* ciertos elementos escogidos, artistas, nobles, arruinados, filósofos radicales y hombres de profunda ciencia, como los seis Reclus que parecen llevar la dirección del movimiento. Ocurre exactamente lo mismo que con las predicaciones precristianas de los Profetas, salidos casi siempre de lo más ínfimo y apoyados por aristócratas díscolos y deseosos de disolver una clase sacerdotal tan hipócrita, como grosera es hoy la clase media. *La loca de la casa* no tiene nada de esto: Pepet es un plebeyazo, eructando satisfacción por su éxito, y Angel Guerra es un aristócrata de sentimientos metido á revolucionario por no encontrarse á gusto entre los políticos de oficio. Pepet, triunfante, puede llegar á ser Torquemada, mientras Guerra triunfante, sería un reformador utópico, humanitario, que no cabría en ningún partido de gobierno. Como no hay comparación posible entre Leré, que *auxilia* la evolución natural del carácter de Guerra hacia su fin, que es idealista por necesidad, y Virginia que *vence,* enfrena el temperamento brutal de Pepet y Fidela, que *se casa* con Torquemada por pura gana de comer.

Pepet y Torquemada son de la misma familia, pero en las mujeres no hay dos que se parezcan: Leré es la hormiguita, el tipo de la hermanita de los pobres; Fidela es la vulgaridad creada por la atrofia de todos los órganos superiores del espíritu; la de San Quintín es la mujer baqueteada y resuelta, y Virginia, de la que no tengo idea exacta, me parece algo así como una joven educada jesuíticamente, con todas las hipocresías y malas mañas que debajo de la capa de la religión suelen albergarse (esta frase es, poco más ó menos, del P. Mariana.)

De *Dolores* había leído algunos fragmentos; decididamente las composiciones que me gustan más son las escritas en pareados, las más naturales y las más personales: «Al lector», «Resignación», «A media noche», «Restitución...» No es libro de actualidad y por eso es más duradero. Balart es un poeta á secas, de lo que no hay; no es humorista como Campoamor, en esto le aventaja; no es escultural como Núñez de Arce, pero sin necesidad de tanto músculo le supera. (Adviértase que á mí me echó un jarro de agua fría D. Gaspar desde que leí en uno de los *Gritos* que toda esta trastienda que traemos entre manos se acabará, según él, cuando los *hombres* (¿no las mujeres?) suelten las armas y acudan con el voto á la urna electoral. A pesar del *Idilio* y de todo lo demás, esto me pareció tan indigno como que me convidaran á comer y después de un soberbio

banquete me obsequiasen para postre con una boñiga).

El amigo Zeda cree que en lo que hay que fijarse (al formar un juicio sobre *Dolores*) es en el *sentimiento*, y á escape saca á relucir, en comparación no desventajosa, otra *Dolores* de Ricardo Sepúlveda. También le da una importancia primordial al efecto lógico de ese sentimiento, á la aparición de la fe perdida; en *Ultra*, que es lo que menos me gusta, quizás porque tenga más pretensiones. Esa trabazón lógica huele á Olavide, y esos argumentos son rancios y no convencen. Que la desesperación, el dolor impulsan á creer, santo y bueno, pero no á justificar la creencia; el dolor no da argumentos, nos lleva arrastrando contra toda lógica. Si después de sufrir encuentro yo argumentos para creer, es que creía antes y sólo he tenido una flaqueza momentánea. Las conversiones son sentimentales, y las retractaciones con mayor razón deben serlo. Quizás pensando, pensando, se pierda la fe; pero pensando y argumentando, de seguro no se recobra.

Es muy superficial y muy falso decir que el mérito de *Dolores* está en el sentimiento, se entiende del amor conyugal. Hay mucho de forma también, y además el sentimiento que produce la impresión, no es el que parece á la simple vista. Lo esencial es el estado de ánimo que crea ese dolor, que en sí mismo es corriente y vulgar. Hoy mismo leo en diez líneas un drama en que el dolor es más inten-

so. Un minero llegó á un pueblecillo próximo á Charleroi y se instaló con su mujer; estaban recién casados y se adoraban, según dice la gente, á la que chocó este amor. Hoy choca el amor entre pobres. Vino el embarazo y el parto, y por falta de dinero no se pudo encontrar una partera. Se murió la pobre mujer, y después la criatura por falta de una porción de cosas indispensables; y el marido vendió algunos trastos, compró una pistola, se acostó en la cama de matrimonio y se hizo polvo la cabeza. He aquí un dolor que no deja nada que desear, aunque no haya sido exhalado en tristes cantos, sino arrojado en una sola frase por el cañón de una pistola. Esto es ser poeta á su modo. En la poesía lírica no basta el sentimiento si no hay un estado de ánimo interesante y apropiado á las circunstancias. Si Balart se casase en segundas nupcias, el efecto de sus poesías se iba á todos los diablos, y sin embargo podría casarse por necesidad material y conservar ese profundo dolor que le inspira. Pero es que su *estado* sería antipoético. La fuerza de sus poesías está en la *soledad* de que aparece rodeado. Por eso las mejores son las de versos pareados, las más monótonas y las que por consiguiente corresponden mejor á la idea que mueve al poeta. Siendo vulgarísimo el sentimiento del amor perdido, conmueve delicadamente cuando el que lo sufre deja ver sus efectos en una actitud poética, como lo es la del solitario, que se aparta de todo lo material para vivir con *su idea*, con

su recuerdo y con su dolor. Quizás la composición que contiene mejor el espíritu del libro es una de las más cortas, «Soledad». Como la que contiene todo entero el espíritu de Espronceda es el «Canto á Teresa», inspirado por un sentimiento semejante que en él produjo efectos contrarios.

XXI

19 Febrero 1894.

Con tu carta se han cruzado dos mías, que te demostrarán que no me duermo. Con el frío que ha vuelto á apretar de firme y con ayuda del pan de centeno, con el que ahora me alimento á todo pasto, estoy en plena robustez y actividad cerebral, y deseando meter mano á algo serio y de *largo aliento*. En medio de las miserables rutinas que nos rodean, antes de que la actividad se vicie y se mercantilice hay que darla buenos cambios en la cabeza; nada más natural que encanallarse viviendo en estas alturas, donde el tema diario es introducir alguna modificación en el curso del Escalda y en las instalaciones marítimas, para sacar mayor utilidad á esas importantísimas fuentes de riqueza. En la oficina, lo más espiritual que solía suscitarse era la discusión de las escalas, en las que con el pensamiento se destruía á todos los antiguos para imprimir el debido movimiento *á las mismas*.

Gracias que el Cónsul ya ascendió y no ha vuelto á tocarlas, y me deja en paz, sin recordarme la partida de bautismo y servicios de mis distinguidos compañeros. En los comienzos de este mes me cupo la honra de romper una lanza en favor de Galdós, y de influir para que se pidiera á España una colección de sus novelas contemporáneas, de las que sólo era conocida *Marianela*. En Amberes no tienen noticias de Galdós más que dos personas: el antiguo Canciller, que le creía un inspector de primera enseñanza, y el Cónsul que creía que se llamaba Pedro Gáldo (quizás pariente de D. M. M. J. de ídem). ¿Creerás que se han decidido él y su gente á leer *Dolores*, sólo porque Cánovas ha publicado en *La Época* una carta pontificalmente laudatoria?

Ayer te mandé en un paquete un tomito de la «Biblioteca Universal»; mañana, probablemente, irá *El Lazarillo de Tormes* y luego *Der Dreispitz* ó *El sombrero de tres picos.* Con estas tres obras tienes para empezar, pues por lo que he visto se prestan, en efecto, á lo que te indiqué. Yo he traducido ya varios capítulos del *Quijote*, comparándolo con la edición española, y si no hay exactitud literal, la hay lo bastante exacta para seguir el hilo y para ir aprendiendo palabras y frases. El *Quijote* («Der scharfsininge Yunker D. Quijote von der Mancha von Michael Cervantes») está en diez tomitos, agrupados en dos. ¡Dime qué te parece esa *Pepita Jiménez* por dos reales, y *El Lazarillo* ó

El sombrero de tres picos por un real! En el catálogo, que varía mensualmente, verás todo lo que se ha publicado y una vez sabido no tienes más que decir esta boca es mía. Sólo que exijo, como condición para mandarte los tomitos que desees, que aprendas el alemán, para que puedas siquiera leerlos; de lo contrario te expondrías á que te aplicaran el epígrama tan sabido:

«De libros un gran caudal
aquí un ético dejó;
no temáis tocarlos, no,
que no se les pegó el mal.»

Estoy deseando leer *La de San Quintín*, para que se me vayan ciertas dudas que tengo. No conozco más que tu opinión: la de Bofill, que me pareció mal intencionada, y las de Arimón y L. Ballesteros, que no salen de los modestos límites de la gacetilla. La duda principal que tengo está en un punto; en la manera de marcar la tendencia socialista que parece contener la obra. Las teorías políticas en que el nuevo estado llano entra como principal ingrediente son susceptibles de dos aspectos, que pudieran llamarse popular y aristocrático ó noble y vulgar. A cualquiera se le alcanza que el socialismo, que predican la mayor parte de los políticos de oficio, que han tomado la nueva dirección, es un mercantilismo tan grosero si no más que el que hoy disfrutamos. Toda transacción en este sentido me parece mala, porque despertar deseos de reivindicación para sustituir simplemente

las personas, no el sistema, es un revolucionarismo de clase, que no resuelve nada, porque hace falta todo lo contrario, romper con esa tradición que nos presenta en *turno pacífico* el gobierno de ciertos grupos explotadores en esta ó aquella forma, hoy aristócratas, mañana mercachifles, pasado quizás *las masas*. No es que yo crea que Galdós sea capaz de adular los sentimientos vulgares, pero sí creo que al suscitar un tema (no digo tesis) como el del cruce de *elementos* (aquí de Torquemada) para indicar una especie de orientación en este tejemaneje de intereses encontrados, convendría «poner los puntos sobre las ies». Puede producir mucho bien ese enlace final de lo viejo y de lo novísimo, para que la gente se acostumbre á ver juntas ciertas cosas que parecen estar separadas por abismos. Poner al lado del noble aristócrata el obrero noble, aunque tenga ciertas deficiencias de detalle en su partida de bautismo, es de excelente efecto. Mas el ennoblecimiento del obrero no debe ser, á mi juicio, materialista, científico, ni el fin la lucha por la vida, á estilo norteamericano. Cabe en las sociedades, como en las personas, una organización estática y otra dinámica; vivir sin apresuramientos, sin excitaciones por grandezas de oropel ó progresos indefinidos, sin trabajar á lo burro ó á lo Zola por *devenir*, ó *parvenir* á algo puramente ficticio y pasajero. El mundo convento y no el mundo locomotora. Cualquiera persona que no esté aturdida por el vaivén de los aconteci-

mientos, por la *fiebre del día*, prefiere, no ya la calma relativa, sino el estado de nirvanhi á esos trotes brutales en pro del garbanzo.

Se comprende que el curso de teología búdica que Rosny da en la Sorbona tenga muchedumbre de oyentes y aún que la doctrina tenga no pocos sectarios. Todo el que mire con alguna benevolencia las cosas humanas debe inspirarse en este alto sentido de paz, y recomendar á sus semejantes que paren un poco los pies, y que, cuando menos, den tiempo á que las ideas arraiguen un poco, pues con este trasiego incesante, en que todas van pasando de largo y dejando sólo impresiones vagas, surge un estado de sobrexcitación, de locura general, de donde no puede salir nada bueno.

Dos profundos errores han traído estos tiempos desastrosos, dos errores en uno solo, el deseo de unificar y centralizar: la creación de las grandes nacionalidades y la exaltación de la competencia. Tú recordabas días atrás los tiempos felices de Grecia, cuando aún no había aparecido la idea estúpida de ahogar la vida de las ciudades con lazos de unión política, que es una especie de confraternidad en que todos se abrazan para... reventarse. Ha habido otro momento semejante á aquel, el renacimiento italiano, preferible, ni hay que decirlo, con sus luchas menudas, á la unidad nacional, con que hoy se divierten nuestros vecinos del Mediterráneo. En Grecia como en Italia, cuando carecían de «superior expresión política» se dió el caso rarí-

simo en la Historia de vivir el arte en medio de la calle, respirado por todo el mundo, con la misma avidez con que hoy se respira la atmósfera de *negocios* que nos rodea. Ciertamente aquello era más hermoso que esto, pues aun en el punto débil que fué, y es el de combatir unos con otros ya por pasiones ya por intereses, entonces se combatía con más arte y se moría con más variedad. Quizás en medio siglo de gobierno de los Borgias, á pesar de lo que se dice, no fueron asesinados tantos ciudadanos como ahora en un mes con motivo de las huelgas, de los escapes de gas *grisou* ó de los choques de trenes.

Urge, pues, volver pies atrás en la forma en que esto es posible; no pidiendo que se cambie el orden de los acontecimientos, sino el tablado en que éstos se realizan. Con nueva organización y tiempo, la nueva vida surgirá. Oponer á todas las ideas de engrandecimiento nacional, de unificación, de asimilación, la de individualismo radical, ya que no sea prudente decir anárquico. Es evidente que si yo vengo á Flandes pierdo el tiempo lastimosamente, puesto que no por venir aquí seré flamenco, aunque perderé mucho de españolismo. Aunque pudiera llegar á aclimatarme del todo, no cambiaría el orden de los factores, puesto que siempre resultaría que para ser flamenco había yo tardado una porción de tiempo, siendo así que los indígenas lo son por el hecho de nacer. La vida internacional y los seres internacionales no suelen ser

carne ni pescado, y algo de esto ocurre en las naciones artificiales; en Alemania, al espíritu alemán diseminado antes por los pequeños Estados, ha sustituído el espíritu autoritario, militar y mercantil, pudiendo decirse que en el punto y hora en que nacía el Imperio moría su madre, esto es, Alemania, opinión que no es inventada por gente extraña, sino profesada por espíritus eminentes de Alemania, como Spielhagen que ha dedicado á defenderla casi todas sus novelas. Me acuerdo de dos en este momento: *Sturmfluth—Inundación*—y *Der neuer Pharao—El nuevo Faraón.*—En la primera presenta, con cierto sentido apocalíptico, la inundación de oro (de los dos millares extraídos á Francia) y la terrible inundación que por entonces hubo en las costas de S. O.

En la segunda sostiene, vigorosamente, que así como Faraón no conoció á José, Bismarck no ha conocido al pueblo alemán y queriendo levantarle ha hecho todo lo posible por destruirle, sustituyendo la inmensa variedad de la vida en los pequeños Estados por la vida uniforme, imperial y cuartelera, y el idealismo pacífico por el materialismo febril, que ha producido al momento ese ejército formidable de socialistas, que en el fondo son nada más que aspirantes á ricos ó víctimas de la seducción militar, no en el sentido de amar el ejército sino en el de sentirse atraídos por la organización marcial. Como hay un millón de hombres armados y viviendo á espensas de la nación,

bien pudiera haber cuarenta millones, la nación, viviendo sobre sí misma «In Reih und Glied», en filas ó hileras, según dice el mismo Spielhagen en otra obra que lleva ese título.

Este socialismo es el que á mí me repugna tanto como el individualismo feroz de los que luchan por la materia. ¿Qué espíritu podría desarrollarse en una sociedad tirada á cordel, sometida á una promiscuidad íntima, cuando la sola unión constitucional nos ha traído á donde vemos? El cosmopolitismo del hombre es como el de los animales y las plantas, un hecho que por posible que sea no llega á ser conveniente. Como la planta en su clima propio, el hombre en su medio vive naturalmente y cuando llega la hora de que exprese algo bueno, lo expresa con naturalidad y espontaneidad, condiciones indispensables de la gran creación. Cuando la comunidad se extiende demasiado y se sustituye á la vida natural la vida nacional, si aparentemente se eleva el nivel de las inteligencias, dando una *cierta alteza* de miras y un cierto barniz mundano, en verdad se falsea el carácter y se da principio á todo género de artificios y extravagancias, á todos los decadentismos, que no son más que formas en que se manifiesta la incomodidad psicológica, degeneraciones análogas á las de las plantas criadas en invernadero ó á las de esas bestias feroces que dan horror en el desierto y causan risa en los circos de Europa. No se puede dar un paso sin encontrar cien ejemplos de lo que te digo.

Ahora me ha caído en las manos un recorte de los que me envías y leo en una de las crónicas de Kasabal, que Castelar ofreció enviar á doña Emilia un libro de Mr. Sabatier sobre San Francisco de Asis, y doña Emilia contestó: (se entiende con voz tragona) «si, enviémelo y escribiré sobre él un artículo.» Esta buena señora que podía haberse quedado en Marineda, vulgarizando los conocimientos modernos entre sus paisanos y acaso influyendo en el resto de España ha creído, como creen todos, que hay que vivir en la corte y jugar al cortesano, que debía colocarse en medio del foco intelectual de la nación y ser una de sus moléculas más activas. De donde esas ansias de trabajar á destajo, ese flujo de echar á perder cuanto lee por medio de adaptaciones industriales. Un día le mete mano á Copée, otro á Tolstoi, otro á Gautier y siempre para estropearlos; y lo que es peor, no por incapacidad, sino por falta de tiempo, por acudir á la procesión sin dejar por eso el repique. Yo comprendo que hagan mucho en Madrid los que comprenden la vida madrileña, Galdós el primero. Pero ¿qué hizo Zorrilla y qué harían Pereda ó Verdaguer, estos dos regionalistas duros de pelar, como aquel regionalista á su modo, puesto que vivía en una región separada de la nuestra por unos cuantos siglos? Siendo tan pocos los que en España pasan de la marca, se nota que aun de estos la mayor parte no hacen la mitad de lo que pudieran por pura falta de ambiente propio. De aquí la urgencia de

relajar los tan funestos vínculos sociales que desde principios de siglo se han ido amarrando y estrechando después con auxilio de los ferrocarriles. Hace cuarenta años ó cincuenta que en Granada había ciertos núcleos intelectuales con jugo propio y abundante, de donde se desprendieron por tandas hombres de pró como Fernández y González, Alarcón, Valera, Castro y Serrano. Lo mismo ocurría en otras partes. Había como criaderos y hoyas donde se preparaban, entre muchas plantas destinadas á perecer por falta de suelo, otras que una vez suficientemente robustas eran trasplantadas á otro terreno más fuerte y donde acababan de desarrollarse y daban de sí lo mejor. Estos pequeños viveros han sido siempre convenientes y aun necesarios para la vida no sólo artística, sino científica y práctica, pues en los grandes centros se estropean casi siempre los hombres nuevos por exceso de nutrición y falta de tiempo para digerir. Hoy todos los gurripatos (y yo el primero) que acaban la carrera levantan el vuelo asqueados por la vida local y se plantifican en las *metrópolis*, donde alguno, quizás el más rudo y duro é inútil resiste la aclimatación, pero donde los más débiles se adocenan y se convierten en seres anónimos y mueren adheridos á algún cargo de oposición ó libre elección.

¡Abajo, pues, esta centralización que convierte en ridiculez el provincianismo! Como el ideal de hoy es ensanchar la nación á costa de Portugal ó

de Marruecos, sea el ideal de mañana crear en cada ciudad la polis autónoma, donde los ciudadanos puedan vivir en familia, quién sabe si paseando en mangas de camisa y filosofando bajo la dirección de un Aristóteles. Conseguido esto, vendrían por añadidura la calma y el desinterés. En este régimen federativo es fácil la implantación de un socialismo práctico, porque sin necesidad de reglamentos, por la acción personal mutua se puede establecer el medio único, radical de resolver el problema social, la sopa boba, repartida á quienes no queriendo ó no pudiendo trabajar se contentan con que se les asegure la alimentación. En un pueblo, donde existe la seguridad de comer todos los días poco ó mucho habrá, es cierto, holgazanes, pero no habrá dinamiteros, habrá quien viva sin pensar, pero habrá quien dedique á pensar todo su tiempo, sin bajas preocupaciones. Este socialismo-anárquico-nirvánico es el mío: este es mi credo filósofo político, económico, familiar y religioso. Esto no será del gusto de las clases mercantiles é industriales y parecerá una blasfemia á los progresistas de la materia, pero es lo humano y aun lo divino, pues creo yo que si existiera un Dios pensante á quien le preocuparan nuestras cosas y que viera la sucesión de los acontecimientos desde la altura, encontraría más noble y digno ese reposo chinesco de quien no se apresura por nada, que esta actividad estúpida con que corremos incesantemente para no ir á ninguna parte.

XXII

19 Mayo 1894.

He recibido tu carta y espero el paquete que me anuncias. El jueves pasado te escribí, y durante la semana te envié dos ó tres colecciones de lo más sustancioso que cayó en mis manos. Habrás leído «La Journée parlamentaire», de Barrés, y un «autour du monde», de Mabilleau, lo único que, según mis noticias, ha publicado *Fígaro*. Dime tu opinión sobre *Mes paradis,* de Richepin. Esta semana he tenido algunas salidas; he visto la última de *Manon,* que me ha parecido musicalmente tan trivial como todo lo de Massenet; *Cousin-Cousine,* una opereta estúpida; he asistido á las representaciones del *Ba-ta-clan,* de París, en Eldorado, en las cuales Paulus, la Duclerc y su cuadrilla han lucido una pequeña parte de su indecente procacidad, y, por último, ayer vi por primera vez *La fille du tambour-major*. Como resultado de todo esto hoy me he dado un baño, el primero de

esta temporada, que preveo ha de ser acuática, y me he vestido de verano, aunque no hace calor bastante para ponerse tan fresco. He hecho un balance de mi debe y haber hasta el día de hoy, y resulto con un remanente líquido de 60 francos. He dado un paseo por el parque, me he fumado un cigarro, he comprado una lámpara para el piano y me he puesto una venda en la muñeca del brazo izquierdo, donde me ha salido un granito primaveral que me molesta con el roce del puño de la camisa. Y esto es todo lo que me ocurre desde mi última, que sea digno de mención.

Por lo que te digo del balance, verás cuán descaminado vas al creer que me dedico á cultivar *l'épargne,* vicio ó virtud que no sienta bien á un español neto. Me contentaré con reunir dinero para el viaje de vuelta. Acuérdate de que el piano se lleva 50 francos al mes, otros tantos la casa, que no es de caña, sino una casa de ladrillo muy mal hecha, pero en esquina, lo que me permite disfrutar de dobles vistas con auxilio de cuatro balcones ó ventanas, puesto que aquí los balcones volados son raros. El de la *dégustation espagnole* me consume no pequeña parte de mi hacienda, 50 á 60 francos al mes, debiendo advertir que el vino es auténtico á pesar de su precio módico, pues á causa del *desnivel de los cambios,* lo que en España vale una peseta (en Bilbao ó Navarra, de donde traen el vino), aquí se puede vender por un franco, ganando 27 céntimos. Si no fuera por la sobriedad y fruga-

lidad que ahora me caracterizan, no hubiera podido dedicar nada al arte, y aun así y todo ando á grescas para comprar pasto intelectual; y en cuanto al musical eche Dios porque haya. Por cierto que se me ha olvidado decirte que si tienes á mano algunas cosillas fáciles y con sabor nacional te agradeceré me las envíes para ir aprendiendo algo que sirva.

Mi último devaneo amatorio fué con una flamenca monumentalmente hermosísima, cuyos interiores, harían suspirar á la Gabriela ó cualquiera otra carnicera; y sin embargo, toda la historia se quedó en los preliminares, pues en el momento álgido me ocurrió lo que á las personas de estómago delicado cuando ven una mosca ó un cabello, así sea en el plato más apetecible del mundo. Me reintegré en mis *hábitos* y alcé el vuelo. Este asco de la materia se me ha desarrollado gradualmente y explica mis nuevos rumbos culinarios. Desde hace tiempo me limito, siempre que es posible, á los preámbulos, á las suertes de adorno; pero, como toro con resabios, cuando me citan á la suerte me escupo. Busco el bulto y no lo encuentro, porque para encontrar el bulto á las mujeres, hay que dedicarlas demasiado tiempo y exponerse á recibir una estocada. He llegado á convencerme de que para amar hay que descender en la escala de la civilización; desde la más encopetada, que es la más adulterada y corrompida, á la más záfia y bruta, que es la más natural; y esto, no para pa-

rarse ahí, no, sino para adquirir el convencimiento de que lo natural es *objetivamente* insuficiente para inspirar por sí un noble sentimiento, (¡qué *harmonía!)* Delante de la hija de Eva que tira coces y huele y no á ámbar, no queda más vía libre que la del hidalgo manchego ante la moza tobosina; tomar de ella la *idea de sexo* nada más (el olor como quien dice) y reconstruir sobre este pequeño cimiento un castillo imaginario que llegue hasta donde se pueda. Dentro de ese castillo es donde únicamente puede habitar la señora de nuestros pensamientos, la que nos inspire un amor que sea algo distinto del usual y corriente entre los animales. ¿No es esto preferible, á buscar objetivamente un ideal y creer que se encontró en una mujer perfeccionada? Este género de hembras no es en sustancia distinto del salvaje, pero tiene la contra de dar una falsa idea de las cosas. Aquí asoma una cuestión morrocotuda, de la que ya te he hablado mil veces. La civilización trae el rebajamiento y el caso particular este de las mujeres nos lo patentiza.

Cuando la realidad es demasiado grosera, no hay más recurso que embrutecerse ó idealizarse; cuando la realidad tiene apariencias hermosas, se toma el término medio de prostituirse, confundiendo la idealidad pura con ciertos refinamientos materiales. Se dice que ya no se crean figuras imaginarias porque el arte debe ser más ó menos realista, y lo que realmente ocurre es que ya nadie siente deseo

de idealizar, porque encuentra en el mundo ficciones que le entretienen. Yo comprendo á Heine y á Goethe y aun á todo el que se haya conformado con disfrutar á todo pasto cualquier distinguida cocinera. Lejos de ver aquí una degradación, veo una sublime depuración del buen gusto, un conocimiento acabado de la perspectiva. Viviendo con un mostrenco realizaríamos el ideal estóico: degradarnos materialmente, pero regenerar nuestro espíritu, desembarazándolo de ligaduras que le entorpecen. Más vale pájaro en mano que buitre volando, dirá un positivista; más vale una mujer espiritual que todas las que podamos crear imaginativamente. Esto es razonable, hasta el punto de que establecido como sistema desaparecerían casi todas las figuras femeninas que el arte ha creado, y quedarían sólo las decadentes, las coetáneas de Ovidio y de Clovis Hugues. Y no es lo peor que desaparecieran las mujeres, sino que con ellas se iría todo lo demás; porque, aunque protestes, tú que crees que se ha exagerado la parte del amor en las artes, hay que reconocer que yéndose Dulcinea nos quedamos sin *Don Quijote*.

He leído las dos comedias de Galdós, y mucho podría decirse sobre ellas, no todo bueno, por lo cual, y teniendo en cuenta la presencia probable de Pepito, apóstol de Galdós, me andaré con tiento. No se trata de negar las condiciones, ni de decir que las comedias acaban en el tercer acto si tienen cuatro, ó en el segundo si tienen tres, se-

gún los procedimientos críticos de Urrecha y Bofill. Lo que yo creo es que tratándose de ciertos hombres, se debe ver única y exclusivamente si las obras son maestras ó no. La crítica debe ser benévola con los pipiolos para dejarlos ir ganando puestos y arrastrar penosamente sus medianías; pero con un hombre qué ha llegado á donde Galdós ha llegado en la novela, la cuestión se reduce á saber si conviene que siga su tradición ó consagre el tiempo á nuevas empresas en las que el resultado sea más ó menos dudoso. Aunque en obras dramáticas no baste la lectura, me parece que á Galdós le pasa lo contrario que á Echegaray; éste consigue el efecto, porque concibe plásticamente las situaciones; pero no crea tipos permanentes, porque se vale de sus personajes como de medios para representar el cuadro. Galdós concibe plásticamente los personajes (Pepet, Virginia, el viejo Buendía, etc.), pero las situaciones, los conjuntos son puramente *lógicos*, y de aquí que el desenvolvimiento de sus comedias sea demasiado gradual, novelesco. Sin necesidad de buscar el efecto se puede con la mayor naturalidad del mundo producirlo, sustituyendo la acción general, demasiado trabada, por momentos de esa acción en que la plasticidad es mayor. Cuando la acción no falta se evita el inconveniente de que los personajes tengan que sustituirla por explicaciones á veces enojosas. ¿Te parece bien que Virginia tenga que decir repetidas veces lo que ella representa enfrente de Cruz

y que su última frase sea: «tú eres el mal..., etc.»? Siempre que en una comedia se hace necesario que uno ó varios personajes expliquen lo que los otros son, puede afirmarse que éstos no pueden teatralmente manifestar lo que representan y que la obra, como obra de teatro, es defectuosa. En *La de San Quintín* hay una figura con acción, Rosario; pero en cambio Víctor es un tipo de novela. Lo que es, lo sabemos por lo que de él dicen; si nadie se ocupase en descifrarlo, quedaría siendo un enigma. No hay, por tanto, que confundir el entusiasmo producido por una idea más ó menos significativa con el que produce el interés de la acción; porque es seguro que si éste no ayuda á la idea, la perjudica, por el hecho de impedir que en su lugar figure otra forma más artística. Cuando un autor consigue el efecto, á pesar de que la forma artística que ha elegido es defectuosa, no hay que entusiasmarse, sino entristecerse, porque, si por un procedimiento que no domina completamente logra darse á entender, ¿qué no conseguiría con otros procedimientos que le fuesen más familiares? Lo esencial es crear la obra artística con todas las perfecciones posibles, y es un crimen inducir á quien puede ser un Mozart á que coja los pinceles y sea un Madrazo ó cosa por el estilo.

Me he reservado para lo último tu consulta, allá voy con ella. En el recorte adjunto, verás como está hoy á la orden del día uno de los asuntos que traes entre manos, que por esto y por razones más

generales no me gusta. Ni el título (el *tuétano* que dice mi jefe), ni la idea me hacen felíz, porque tales atrocidades se dicen sobre la materia, que ya todo parece cosa de cajón. Aunque una idea tenga valor permanente, no por eso lo tiene circunstancial, hay circunstancias en que ciertas ideas se cubren con un velo para no ver ni ser vistas. La causa principal de este *imbroglio* en que estamos, es la misma rapidez con que todos nos convertimos en diagnosticadores, médicos y enterradores. Cierto es, me dirás tú, que yo también traigo entre manos un librucho, hoy paralizado, sobre ese tema; pero conste que yo tomé la cosa en broma y que resolvía el problema mediante el uso frecuente del jabón y de los baños, la prescripción del alumbrado, la institución de una especie de juegos olímpicos rudimentarios (medio de hacer pasables los ejercicios gimnásticos). En cambio el otro tema, el teogónico, me parece soberbio y tan difícil, que creo que no te atreverás á hincarle el diente. No es esa idea de las que deben tratarse por encima, y no te hablaré de ella hasta que yo la haya masticado bien, hasta que la haya calentado con mi poco ó mucho fuego imaginativo. Creo que voy á diferir mucho de tí en un punto, en el de la centralización esa en favor del Cristo y los Apóstoles; esa significación de Cristo, es más bien que otra cosa geográfica, puesto que hay quien significa lo que él en otros modos distintos del nuestro. Lo real es que toda la caterva de dioses

ha salido de nuestro meollo, unos más divinos y otros más humanizados, el más humano Jesús, y lo real es que nosotros los occidentales á éste nos agregamos por ser el último en el orden del tiempo y en el de la posibilidad. Hoy ya los dioses que nos formamos somos nosotros mismos, como pensaba Feuerbach, y por ésto y por no poder salir de nosotros y por encontrarnos insuficientes, es por lo que nos desesperamos. Que venga la barbarie, que el hombre vuelva á embrutecerse y no tardará en crear otros Dioses; pero ya no hay bárbaros á quienes invocar (como invocaban los profetas) y por eso los profetas de hoy tienen *que ejercer de bárbaros.*

XXIII

9 Julio 1894.

Cuando varias personas dan su parecer sobre un asunto, el que acierta más y está más en lo justo es el que juzga á más distancia y á más largo plazo. Por eso una cosa tan sencilla, tan natural como la que tú haces te parece extraordinaria; porque la juzgas al día. Si pensaras que todo eso es una especie de preparativo para lo que has de hacer dentro de ocho ó diez años, te parecería muy razonable, como me lo parece á mí. Yo puedo enorgullecerme de tener tanto egoísmo que ya no tengo ninguno; mis asuntos los resuelvo á muy largo plazo; lo que más me interesa lo dejo aquí para dentro de una docena de años. Así me evito el apresurarme por nada, y me doy la satisfacción de creer que en tanto tiempo bien puedo hacer algo de particular. Este sistema no tiene quiebras, porque caben los aplazamientos y porque en caso de morirse uno no se entera del fracaso. No hay que desistir de nada, sino que hay que empezar inmediatamente

á hacer lo que quiera que sea, como si fuese una obra muy larga. Cuanto más larga, más dura la distracción que es lo único que yo creo que se saca en limpio. ¡Para cuando yo vuelva de España! tengo decidido irrevocablemente dedicarme á la pintura, y en breve empezaré á dibujar yo solo. Me parece que tengo mejor vista que oreja y que sacaré más sustancia al empleo de un órgano que al del otro, pero convencido de que el resultado es siempre casi negativo, por muy brillante que sea. Bien mirado, lo que hacemos los hombres tiene sólo el mérito de ajustarse á reglas que nosotros mismos damos. Los genios se dan reglas más amplias, pero reglas siempre. Cuando yo iba al gimnasio recuerdo que muchos admiraban á ese señor Carranza, de quien se ha hablado tanto con motivo del testamento falso, porque hacía ejercicios más pesados que los demás, que éramos novatos; y á mí me parecía que tanto daba levantar cuatro libras como ocho, habiendo como había pesas de 20 á 40 á las que nadie les hincaba el diente. Cierto que el orgullo nos lleva á querer llegar muy alto; pero la razón debe decirnos que alto y bajo todo es sustancialmente lo mismo, porque en todo hay límites convencionales que nadie traspasa, y tan pobre hombre es el descubridor del protoplasma como el que no ve tres sobre un burro. Según esto, lo más sensato es la indolencia árabe, y en verdad, como dices tú, nada hay más grosero que la actividad mercantil, tanto por ser actividad, como por

proponerse cosas tan bajas; pero las naciones que tienen cierta velocidad adquirida no pueden pararse, y los individuos que vivimos rodeados de velocidad no podemos hacer cosa mejor que transformar las energías que se nos desarrollan por contacto en actividad intelectual, con este ó aquel pretexto. En la sección inglesa de la Exposición he visto un tejedor que funciona identificado con el telar, como si fuera un pedazo de hierro. Creo que en Inglaterra lo ordinario es trabajar diariamente doce ó catorce horas de esa manera. Y ocurre pensar que si la supremacía inglesa está cimentada en esos orígenes, y si el ideal de todos es llegar á suplantarla, está en su lugar el anarquismo; esos hombres máquinas han de ser imbéciles ó, si alguna vez piensan, han de ser nihilistas; el que se siente uncido á la máquina, déspota peor que cien Nerones juntos, tiene que desear destruirla, y la suerte de la sociedad, si suerte puede llamarse, es que muy pocos sienten su esclavitud, que la mayoría se *mecanifica* ó se *mecaniza* en fuerza de obrar con sujeción al motor externo. Al lado de ésta son plausibles las escenas de la calle del Cairo, sección marroquí, barrio sirio, Argelia y demás porquerías de la Exposición, donde no se encuentra más que gente semisalvaje, tocando perezosamente un instrumento, danzando, fumando y tomando café. Aunque todos los pueblos así representados sean hoy comidilla de las grandes potencias, se ve bien que este dominio es puramente formal, y que los

esclavizados son los que trabajan como burros para darse la satisfacción de apabullar á los otros. Lo que decía un periodista indio visitando hace poco Londres: «con la energía que aquí gasta un hombre para vivir, vivimos allá una docena de familias bastante mejor». El buen hombre no veía la necesidad de correr tanto, y su asombro fué enorme cuando vió un día el sol, que, según él, no servía para descalzar á la luna de la India.

XXIV

6 Agosto 1894.

Yo he terminado ya mis operaciones de jurado; el miércoles 8 damos el último golpe á la patusca, y me libraré con gran contento de estos ridículos vaivenes. Nada he visto más inmundo que un jurado y su obra. Los expositores de nuestra sección merecían á lo sumo un par de patadas por lo mal que lo han hecho, y creo que el que menos sacará medalla de plata. En tabacos, que es donde había más expositores españoles, el agente nombrado aquí los metió en un pequeño kiosko, del que segregó aún la mitad para taberna. Á pesar de esto eran 48 los expositores y se han dado 48 recompensas, con la circunstancia atenuante de que sólo 11 son de plata; las demás de oro, diplomas de honor y grandes premios. Á esto le llama el Cónsul un triunfo sin precedentes, sin saber que todo el intríngulis está en que todos los expositores han sacado lo mismo, pues se han dado grandes pre-

mios á todo bicho viviente, hasta á Honduras y el Transwaal, que hoy es una nación civilizada con el nombre de República Sudafricana. Poca cosa debe de ser la civilización, cuando en una docena de años se la tragan los negros más brutos del vecino continente. Claro está que todo el mundo se da lustre con esas hornadas de premios, y que aquí escribiremos un despacho rimbombante con objeto de sacar á cambio una docena de cruces, que hacen falta para tapar bocas; pero no estaría demás que se dijera por vía de aclaración, que estos combates y estos triunfos se asemejan á las aglomeraciones que se forman al salir de un teatro junto al guardarropa. Desde lejos parece que allí debe ocurrir algo, y luego resulta que cada cual coje sus chismes y se marcha á su casa. Hay un poco de apretura porque todos quieren despachar pronto, pero después cada cual encuentra su sombrero ó su gabán, y todos quedan iguales. De nuestros expositores de vinos, algunos no tenían ni una botella de muestra por haberlas robado en el camino ó en las instalaciones; pero todos han sacado medalla, porque se presentaban vinos de otro, dándose el caso de que un expositor sacó medalla de plata con su vino, y otro, del que ya no quedaba ninguno, la ha sacado de oro con la misma botella del anterior. No faltan guasas por el estilo. En tabacos los que no querían juzgar sin probar, juzgaron al día siguiente de recoger los *echantillons* de cada marca, como si en un día hubieran podido

fumarse dos centenares de cigarros. Los acuerdos principales se prepararon en un banquete que dió el presidente, y al que tuve el gusto de no asistir, como no he asistido á ninguno de los cinco ó seis que se me han disparado; el último, hoy, dado en Bruselas por el ministro de Fomento y seguido de gran soirée en el palacio real. Me he decidido á no concurrir en adelante á estas invitaciones, porque me molestan el estómago y me incomodan lo restante del organismo, y porque, como tengo mala memoria para los asuntos de etiqueta, no me acuerdo luego de pagar las visitas de digestión, ni de dejar las tarjetas á tiempo, etc., etc., con lo cual me expongo á quedar mal. Al principio, algunas veces aceptaba, creyendo hacer un favor, en vista de que hay verdadera insistencia por atraer á los extraños á casa, mayormente si tienen alguna representación oficial, y de que á cambio de lo poco que uno se come, tiene que hacer gasto de cabeza durante varias horas. Pero resulta que los mismos que ruegan para que se acepte y comprometen y se rebajan luego que se acepta se quedan como á la recíproca, y como siendo uno el obligado. Así, pues, no me incomodo nunca más por consideraciones de ningún género, y no vuelvo á salir de mi pan de centeno, que es más digerible que el de Viena y el francés. Las comidas oficiales son más libres, y no tienen consecuencias desde el punto de vista de la etiqueta, pero son aún más estúpidas, pues no se conoce á nadie, y se tiene

uno que sentar en el sitio predestinado, como en una pesebrera, á veces entre un B*** y un L***, como quien dice entre Dimas y Gestas.

Por lo que antecede comprenderás, que mi estado de espíritu no es mucho más claro que el tuyo, ni mucho menos. Cree el vulgo, que los grandes dolores son aquellos que nacen en nosotros y que nos afectan personalmente, cuando la verdad es lo contrario. Comparando la tristeza, el dolor que producen, por ejemplo, la muerte de un padre ó de un hijo, con los que producen los choques de nuestro temperamento con las circunstancias exteriores que nos son repulsivas, se nota que los primeros son más intensos, más *escandalosos*; pero pequeños en consecuencias, al lado de los segundos. Dichoso aquél á quien no afecta lo que no le interesa; á mí me ocurre que me afecto solo por aquello en lo que nada me va ni me viene. Por más que eso de no irle ni venirle á uno nada, no deja de ser un modo torpe de hablar; lo que para otro es extraño, para mí puede ser íntimo, porque mi epidermis sea más sensible. Yo me encuentro estos días con la misma angustia que aquél que sueña que le andan por todo el cuerpo sapos y culebras, ratas ó chinches (que tu estómago me perdone el simil, pero me sale espontáneo), y despierta sobresaltado y ve que el sueño... es una realidad. Se encuentran aquí ahora tipos cuyo contacto mortifica como el contacto de la fauna antes descrita. Hace muchos siglos que los hombres delicados se des-

atan en improperios contra la plebe, cometiendo una gran injusticia. La plebe es baja y ruín, pero con bajeza y ruindad naturales; es el estiercol que sirve para abonar las tierras y nada más. ¿Quién tiene la culpa de que algún tonto haya creído que el estiercol se siembra solo y produce de por sí algo? Yo nunca he sentido incomodidad alguna cuando me he encontrado en contacto con obreros estúpidos; á lo sumo me molesta verlos metidos en lo que no entienden, politiquear y hacer el oso al son que tocan cuatro granujas de levita, que acá y acullá los adiestran como á bestezuelas que van á hacer reir en el circo. La verdadera ruindad y bajeza, está en la plebe adinerada, que se sirve de la riqueza para realzar su villanía. Una boñiga no incomoda en medio de un camino, ni en el campo, ni en el estercolero; allí está en su sitio; pero si se la coloca bajo un fanal como centro de mesa, no hay medio de resistirla. Por esto se me ocurre pensar que lo que el socialismo pretende, siendo justo, sería sin embargo el principio del fin. Si lo que hoy nos hiere y nos incomoda á los que aún tenemos la desgracia de sentir y de pensar, es el endiosamiento de la plebe por medio del dinero, la imposición del frac sacramental á los que aun no han tenido tiempo para sacudirse los piojos y arrancarse la costra ¿qué ocurriría si por arte de birlibirloque se improvisaran varios millones de burgueses de nuevo cuño, sacándoles de su ruindad actual, no por los medios naturales de depu-

ración de la materia bruta (obra sólo del tiempo y del personal esfuerzo), sino por el conocido sistema de la acumulación de utilidades y el uso de la *ropa negra*? Esas improvisaciones serían incompatibles en absoluto con la vida social. Dígalo sino quien asistiera al banquete que dió hace días el G*** del S***, de que te hablé. Improvisado hombre internacional, y creyendo que con su dinero podía hacer lo mismo que hacen otros, llegó, vió y dió un banquete á los jurados (en el que reunió á unos 50), en el mejor restaurant de la ciudad. Lució sus cruces, hizo los honores, etc., etc. y se lanzó hasta á discursear, no obstante no saber casi nada de francés. Cuando se le acabaron los materiales que llevaba preparados, quiso redondear por medio de algo de su cosecha, y dijo (me lo han contado y no lo creía, aunque es verdad), que el libre cambio es la tabla de salvación de los pueblos, y que el puñal que había herido á Carnot debía haber ido contra Méline. Esto, delante de 20 ó 30 franceses y del Comisario francés, que tuvo que oponer el indispensable palmetazo. Ese mentecato no es responsable de sus actos; ha venido á Madrid, ha tertuliado en casa de Canalejas, donde ha visto varios diputados cerriles como J. J. G. G., pongo por caso, y ha pensado que él no es menos que los demás. Este pensamiento es acertado, como lo sería en la cabeza del compañero Iglesias, Martín ó Pelotas, y como lo es el de estos expositores, al pretender el diploma de ho-

nor, que todos pueden ganar, por lo mismo que no vale nada. Tanto se baja la talla, que todo el mundo puede llegar á ella; hasta que un día llegue al suelo y se meta debajo de él y desaparezca esta mascarada. No es posible que el bromazo dure mucho, y del mismo mal saldrá como siempre el remedio. Pero esto no quita para que lamentemos heber venido al mundo en una época tan cochina, y para que deseemos que los acontecimientos se precipiten y venga un tirano que nos deje en cueros vivos y exija triunfar en veinte combates singulares, antes de usar por derecho propio el taparrabos.

XXV

14 Agosto 1894.

En la carta que ayer le escribí á F***, le envié una sarta de consejos favorables al desaguisado que medita. Creo que te alarmas sin motivo y que te conviertes á ojos vista en un Calcas, adivino de males; pero al fin y al cabo, errando ó acertando te reconozco autoridad para predicar mientras no se te presente ocasión para arrastrar tu autoridad por los suelos. Pero yo en estos asuntos carezco ya de ella, porque he dado al fin mal ejemplo y porque estoy dispuesto á dar otros muchos en cuanto me encuentre con más fondos y mejor humor. Además soy, según te consta, fatalista y creo que la suma sabiduría está en las cosas y en dejar que las cosas obren, incluyendo en las cosas á las personas, siempre que funcionen normalmente y sin intención de enmendar la plana á las fuerzas naturales. Quizás te parezca contradictorio el hecho de ser fatalista y tener una voluntad fuerte, que tu

me reconoces y que yo no me encuentro por ninguna parte; pero la poca ó mucha voluntad que se tenga se puede desenvolver hacia dentro, mientras por fuera va uno rodando con sujeción á las leyes físicas de los cuerpos racionales. «Hay momentos en la vida en que es necesario dirigir una pregunta á la suerte, al azar», decía Schiller, y se fundaba en que hay realmente momentos en que el espíritu universal (ó lo que sea), está más cerca de nosotros y se deja sentir con más fuerza. Yo decía que hasta se puede uno ahorrar el trabajo de hacer esas preguntas, que bastaría dejarse llevar por los hechos, como si uno fuera una piedra, en aquellos momentos en que el instinto nos aconseje que nuestra inteligencia y nuestra energía deben callarse.

En la naturaleza se dan á cada paso ejemplos de fuerzas latentes, que no se pueden manifestar en ciertos estados de los cuerpos y que se reservan para mejor ocasión. ¿Por qué en el hombre no se ha de permitir que estos hechos se realicen cuando sea menester? Como hay tipos cursis que apenas se compran algo nuevo se lo echan encima, sin fijarse en pequeñeces y salen vestidos de colores en día de Semana Santa, hay personas impacientes que no pueden guardar nada para luego, que creen que hay que hacer alarde de lo que se tiene ó se puede en toda ocasión, como los malos tenores que están deseando dar el do de pecho, aunque dejen en claro todo el resto de la escala. La mayor parte

de las veces que hacemos alarde de una cualidad, deberíamos prudentemente estarnos quietos y dejar que otro talle ó que no talle nadie. Quizás el placer que se busca en vencer, se encontraría retirándose. No es que yo me haga apóstol de la gandulería, pues se puede ser enérgico y activo en mil cosas que no se oponen á ningún hecho natural ni producen colisión de ningún género. Hay quien trabaja toda la semana y el domingo por vía de descanso se anda veinte leguas en velocípedo ó hace varias horas de gimnasia. Hay quien suspira porque una pasión le sacuda y le desentorpezca, y cuando la pasión viene, se dedica con motivos fútiles á arrojarla de sí. Tan disparatada estimo yo esa manifestación de fuerza bruta, que triunfa en un *record* de 200 kilómetros, como la manifestación de energía moral que se pavonea porque ha triunfado en una colisión pasional, dejando incólumes la moral pública y el Código. Aunque uno tenga fuerza para vencer, no por eso ha de vencer; porque á veces esa fuerza que se pierde inútilmente haría falta para otro trance más duro, que no es raro el caso de que un hombre fuerte se arranque de los brazos de una Margarita para caer en los de una Maritornes.

Desde mi anterior no ha ocurrido más cosa de particular que el haberse agotado todas las operaciones tabaqueriles que teníamos entre manos, y celebrado como fin de fiesta un banquete, que para ser el primero á que he sido forzado á asistir, me

ha costado cinco duros y una ligera indigestión. El joven A*** se embriagó como un atún, y Z*** pronunció un brindis de dos minutos en que dijo lo menos diez veces *je remercie*. A mí me aludieron todos los oradores, pero yo no me digné hablar, ni excusarme siquiera, por lo mismo que la representación de España estaba en tan buenos bigotes (los de Z***). El brindis más sensato fué el del secretario, un joven calvo de Lovaina, diputado provincial (conseiller) que aspira á ser diputado á Cortes con el apoyo de los tabaqueros belgas, que trinan, no sé por qué, quizás porque la moda es que todo el mundo trine. Por fortuna después del banquete, que fué el sábado, han venido las fiestas de la gran kermesse, del domingo 12 al miércoles 15, y me encuentro en los cuatro días de vacaciones sin ganas de salir y dedicado á estudiar un poco el piano, en el que hace un mes no doy golpe. Así es que adelanto como los cangrejos.

XXVI

23 Agosto 1893.

Comienzo por exhortarte por todos los medios que indican los tratados de Retórica y algunos más, á que no cejes en tu empeño de prepararte para la licenciatura en derecho. No es cosa de discutir sobre si el ser abogado es malo ó bueno, útil ó inútil. Hablando ayer, antes de despedirnos el activo secretario del «Comité de Cataluña para la E. U. de Amberes», Mariano Capdevila y yo, mientras tomábamos una copa de Oporto y luego oíamos la relación del viaje de Stanley al través del continente misterioso y del *échange du sang* entre el tal farsante y Tippo-Tib, tuve yo el gusto de arrojar una serie no interrumpida de insultos contra la clase de leguleyos, con gran extrañeza de mi auditor, que aún no estaba en el secreto. Todo cuanto tú dices de los estudios jurídicos es poco, y si pasamos á la práctica es cosa de no acabar. El amigo Capdevila, ingeniero agrícola, que censura

al Ayuntamiento de Barcelona porque se gasta el dinero en organizar salones de Bellas Artes y no ha reformado aún las cloacas con arreglo á los últimos adelantos, es un hombre superior á todos los abogados de España juntos, porque su idea es disminuir la mortalidad, y ella le salva; por el estilo hay miles de hombres pequeños que inventan un freno automático ó una nueva bujía, ó una lámpara de petróleo inexplosible, ó un paragranizos, y que en su género son dignos de estima. Por debajo de todos está el teorizador y el practicón de la ley, que embrolla por sistema, que no profesa ni ciencia, ni arte, ni industria, ni comercio, que no produce nada, que vive de la ignorancia de todos, sacerdote de la necesidad del engaño, que á falta de fe, es hoy el *instrumentum regni*, único de que se puede echar mano.

Si algo irrevocable puede salir de mi boca, no es seguramente afirmación de fe, ni de ciencia, ni de nada, sino de que antes pediré limosna que ejercer la abogacía, ni nada que se roce con ella. Así, pues, por este lado no creo que me ganas, y así como yo llegué hasta el fin tú debes llegar también, aunque no sea más que para poder despreciar el oficio con autoridad, formando parte de él, y para... aprovechar alguna de las infinitas ventajas que nuestros colegas de varias generaciones se han ido atribuyendo á sí mismos.

Respecto de los *Yambos* dedicados á F***, he de decirte que además de molestarle con ellos demues-

tras una parcialidad censurable. Yo creo que la *brava hermosura* será una de tantas, y que tú, que eres muy impresionable y que formas juicios por adelantado con datos insuficientes, te fabricas lo que te da la gana. Parece que eres un niño de teta y que ni sabes la distancia que hay de la fotografía á la realidad y de los juicios de enamorado á la verdad monda y lironda. A mí, que soy perro viejo, que no me venga con ese hueso, pues sé que bajo ciertas entonadas apariencias se ocultan á veces vulgaridades de tomo y lomo. Mientras no vea no digo esta boca es mía, aunque me envíes un volumen así de gordo, bien repleto de Yambos. Y no digo más, porque si me dejo llevar de mi genio... teorizo y generalizo un poco y volvemos á sacar á relucir la vieja cuestión de las mujeres finas y delicadas, que sigo considerando como el *mayor mito de todos los mitos*. No hace mucho tiempo seguí yo hasta su madriguera á una joven de regular facha, que resultó ser una tal que se defendía detrás de un estanco establecido en el centro de Berchem, un *faubourg* de Amberes. Un mes después la moneda falsa había pasado por buena, y un Tenorio de aquí la ponía cuarto y la mostraba *á son dos* en los principales teatros hecha una mujer de orígenes misteriosos. No establezco comparaciones, pero opino que dada la escasa práctica de muchos de nuestros primeros puntos, se encuentra uno á veces con que donde se hablaba de tocinos no hay ni estacas.

El *Torquemada en el Purgatorio* me ha proporcionado un buen rato. Es un informe pericial que debe unirse al proceso de nuestra época. Lo que he encontrado más notable es la suma facilidad con que está pensado y escrito; la premiosidad que muchas veces se notaba en Galdós, debía provenir de su irresolución; ahora va tomando más parte en algunos de los personajes. Es un caso raro comenzar por escepticismo glacial para concluir por entusiasmo juvenil, y á Galdós le va á pasar eso. Has de ver cómo en cada nueva obra se calienta más y llega á ser, con humorismos y chacota y todo lo que se quiera, un propagandista. La ligera tendencia romántica de sus comienzos se perdió, y ahora empieza otra tendencia más fuerte que no se perderá, á mi parecer. Y me fundo para ello en que Torquemada en la Cruz estaba más impregnado aún, y en que Galdós, queriendo *quitar hierro,* en su nueva obra no lo ha conseguido ni á medias. Hay algo más fuerte que él. En cuanto al estilo, lo que he notado es la influencia... ¡del *Quijote!* Como se le deben haber ido las ganas de estudiar, el buen don Benito se dormirá leyendo á Cervantes, á falta de un *Libro de la oración* y *meditación;* porque á la verdad, algunos de sus párrafos están sacados de la misma fuente.

Ya creo haberte dicho que el 5 de Noviembre se cierra la Exposición, y que para fin de otro mes me veré libre de las últimas incidencias del dichoso certamen. Ya han concluído los jurados hasta

en los trámites supremos, y no quedan más que los banquetes póstumos y algunos congresos rezagados. El último, celebrado ayer, es el de *propiedad* intelectual. Se discutió y nada se acordó, salvo declarar una vez más genio á Víctor Hugo, que fué el fundador del congreso. En el banquete habló el único representante de España, un tal B*** y S***, de Talavera de la Reina, tipo estupendo que trata de tú por tú á Sagasta y Balaguer, y que produjo (según él, pues yo no estuve) gran admiración con un paralelo... agárrate... entre su paisano el P. Mariana y Rubens. La semejanza está en que ambos, según nos dijo, son genios de marca mayor. En realidad, lo que ocurrió, lo que acaeció y lo que pasó, fué que B***, que no sabe palabra de francés, habló en español y le aplaudieron por fórmula, sin entenderle. Más vale así. Quedamos, pues en que á fin de Noviembre quedo libre y que á mediados de Diciembre estaré en Madrid, de paso, pues he de pasar las pascuas en Granada. Es probable que para entonces estés ya licenciado y no necesites de comadrones, sino de alguien con quien festejar el feliz alumbramiento.

Ya leerías la crítica de *Lourdes* por Rodenbach; con ella me ha bastado para no leer la obra. Yo no vuelvo á leer nada de Zola, de quien nunca he sido admirador. Verdad es que soy un hereje en estas materias y que opino porque sí, que todo lo que han hecho Zola y los Goncourt, y casi todo lo de Flaubert etc., es una guasa fúnebre de puro

seria. He leído en *La Época* un fragmento de *Lourdes*, la descripción del tren de enfermos, y me parece la obra de un majadero; no es una *equivocación*, es una tontería. Solo á un necio ensoberbecido se le ocurre meter el *escalpelo del análisis* en un cuadro humano, cuya composición es tan puramente sentimental, que en cuanto se piensa, en cuanto se mira siquiera friamente un instante, se evapora y no deja más que un amasijo de seres repugnantes de puro tontos y desventurados. Ahí no cabe más literatura que la del libro de oraciones, y gracias. Zola es un literato hecho para engañar incautos. Hay muchos que creen que la literatura francesa tiene en él su primer representante, cuando en realidad entre una y otro no hay relación. Recuerda que Taine (que por su parte es otro ejemplo de un espíritu *extranjero* que tuerce el espíritu francés, sacándole de la brillante y oratoria ampulosidad de Renan que es la legítima, para llevarle á ciertos profundos abismos críticos, á los que apenas si ha habido alguno, como Ribot, que haya asomado la nariz), digo que recuerdes que ha sido vapuleado, porque convirtió á Napoleón en extranjero, y le presentó como un perturbador de la marcha mala ó buena que seguía la revolución y república francesa. Si Napoleón, que no comprendía el modo de seguir la ruta indicada, sino el de echar por los cerros de Úbeda y convertir una obra colectiva en personalísima, no hubiese aparecido en Francia, no ocurrirían hoy mil

cosas que ocurren. La revolución, siguiendo su curso natural, hubiese creado una forma de existencia política tan perfecta como la piel que cubre cada cuerpo humano, perfecta, no en sí, sino por acomodarse á la estructura. La piel de un jorobado cubre también la joroba. Napoleón cortó como buen sastre, un traje á la medida, que después ha servido de modelo para que nos vistamos todos. Yo creo, que hoy no hay en Europa, más que una nación que viva á gusto, Inglaterra; las demás se encuentran tan incómodas como un paleto con frac y chistera. Pues bien, este mismo papel perturbador representa Zola en Francia; su obra es personal y cerrada, como tú dices bien, y tiene que venirse abajo, aplastando á los que la admiran, incluso Clarín. Zola es en grande, el tipo internacional, que apesta en congresos y conferencias. Es un italiano astuto, con temperamento de artista, que no pone en *uso* sino en *explotación;* por esto, en vez de dejarse ir al amor de la corriente, ha querido ir río arriba; al principio produciendo efecto, despues fatiga, y luego nada. Puede decirse que ahora está en Elba, y que después de los 100 días, irá á Santa Elena. Pero la leyenda de Zola no renacerá con el brío de la Napoleónica, porque esta tiene lados prácticos, lados brillantes, que aun son explotables en política y literatura, más claro, porque creó intereses que la otra no dejará tras de sí.

Porque me tomé la libertad de llamarte Calcas te desatas contra mí en una lluvia de denuestos y

palmetazos que duran la friolera de cuatro páginas. No sé cómo se te ha ocurrido que yo procuro quedar en buena postura, siendo así que sabes que, sin comerlo ni beberlo, quedo siempre tan mal en todas partes, que bien pudiera decirse de mí como del caballo de Atila. Exceptuado el rarísimo caso de que alguien se tome la molestia de conocerme y encuentre dentro de mí algún agarradero oculto por las melazas, lo general es que todos formen mal concepto. Estoy seguro de que á F*** le ha molestado más mi carta que la tuya. Aquí ahora en la última tanda de personas que he tenido que tratar, he quedado mal con el 95 por 100. Como hace tiempo se me acabaron las tarjetas y no pienso hacerme más, no he podido alternar en el cambio, y en cuanto terminé mis funciones, no he vuelto á hacer caso de nadie, aunque algunos me habían invitado repetidas veces para que continuara cultivando las relaciones. Esto no es orgullo, pues yo no distingo de chicos ni grandes: es cosa instintiva ó de los nervios, que se me distienden y engorritan como locos cuando hago visitas *pro formula*. En cuanto á la frase de Schiller, considera que mi amigo Schäfer me la enjaretó un sin fin de veces, y que tengo que darla salida y no hay en España nadie más que tú que pueda ayudarme. Por cierto que Schäfer la comentaba como idea propia del Schiller filosófico, aunque fuese pronunciada en la escena esa de Wallenstein y Piccolonini. Por lo demás, conste que yo decía que no había que aplicar

esa frase ni preguntar nada, sino dejarse ir. La frase aun para Wallenstein es rimbombante, y ya me extrañaba que Schäfer, maniático de la *naturalidad*, la prohijase con otras varias no menos tumefactas: *la fuerza de la sangre.*

XXVII

1 Septiembre 1894.

Con objeto de librarme del mote de bilateral que me aplicas, voy á escribirte, bien que no ocurra nada de particular por estos contornos. Nada subjetivo y nada objetivo, á no ser que creas digno de cantarse el resultado *noir et rouge* de las primeras elecciones con voto plural que han gozado los belgas. Yo he leído con interés todas las noticias electorales, y casi estoy entusiasmado con las tales elecciones, por lo simplificadoras que han salido. Eso de ver desaparecer un partido, es siempre agradable, porque hace pensar en que un día desaparecerán todos. Aquí había un partido liberal moderado, cuyo jefe, Frère-Orban, un protestante justo y honrado, amigo del bien y enemigo de las masas, anticlerical y antipático (¡buena unión de adjetivos!) ha gobernado cuarenta años y ha hecho muchas cosas buenas: entre otras, la abolición del impuesto de consumos, que aquí no existe. Pues bien:

este partido moderado y ese Frère-Orban han sido barridos con un formidable *coup de balai* socialista. Es decir que al desaparecer ese partido casi puede decirse que ha desaparecido el menos malo de todos, cosa muy de acuerdo con la justicia objetiva que administran las cosas aquí abajo.

Había otro partido liberal radical popular, masónico, entusiasta y tabernario, dirigido por Janson, Feoon y los demás pinches que conoces por los retratos de la Independencia (entre los cuales hay nueve (Graux, Vanderkendire, Buls, etc.) moderados). Éstos dirigían el cotarro en Bruselas y han sacado á pulso el sufragio para asegurar la breva, pero el sufragio les ha dejado en medio de la calle. Sólo han conseguido colocar en la Cámara 17 miembros, especie de residuos políticos, que siempre quedan, por muy bien que se barra. También los moderados han sacado algunos senadorcitos para consolarse. En resumen: de 59 liberales ambidextros que había, quedan 17 del lado de la cola, y en cambio entran de fresco 32 socialistas. Los católicos eran 93, y son 103, y continúan con la sartén por el mango, no obstante haber sido derrotados el jefe visible, ó sea el presidente del Consejo (Burlet), y el *papa verde*, ó jefe oculto (Woeste), uno que quería organizar de nuevo el Tribunal de la Sangre para limpiar el país de heterodoxos.

Lo importante de la jornada es ver cómo aquí van las gentes á los colegios, derechas como balas, por interés político y, en casos, por temor á

la multa; pues aquí el voto es obligatorio. La elección es seria, por lo tanto (aunque no hayan faltado tentativas de corrupción, y corrupción auténtica, á razón de 5 y 10 francos por barba), y no hay aquello de volcar el puchero, pues todos votan, y no habría más que contar el número de boletines, el de electores y el de votos para conocer cualquiera irregularidad. Así, pues, si se introdujera el socialismo en Flandes, como ya lo está en la Walonia y aun en la capital de Gante, se habría de ver muy pronto en Bélgica un ensayo de gobierno socialista, porque cabezas no faltan. Yo creo que el ensayo no tendría nada de expuesto, porque estas tropas están muy disciplinadas; y es tal la práctica socialista que llevan en cooperativas, sindicatos y ligas, que pasarían sin esfuerzo á ocupar su puesto en las filas que les designasen los cabecillas. Aplicado á esta gente, baja en muchos grados el horror á la reglamentación socialista, que pone el pelo de punta á los que conservan aún vivo el sentimiento de su individualidad, como el amigo Spencer y con él la mitad de Europa.

Es más, yo creo que inclinada la cervíz en el punto importante ese del catastro humano lo demás es muy aceptable. Si todos los individuos tuviesen la docilidad necesaria para someterse al acuerdo de los directores y contentarse con el puesto que les tocase en suerte, sin envidias ni ambiciones, la vida no perdería nada de su in-

dependencia, antes al contrario, sería más libre porque la alimentación estaría asegurada.

¿Quién será más feliz, un obrero que libremente busca colocación y libremente se queda sin comer, ó un obrero que está obligado á trabajar en oficio, tiempo y lugar determinados, pero que cuenta con una asignación fija para vivir, asignación tan durable como la sociedad que la garantiza? En suma, el socialismo se presenta cada vez más en forma de pacto, que ofrece á los que lo acepten, á cambio de la enagenación de su libertad *económica*, los elementos necesarios para vivir *siempre* y *todos los días*. Y he de confesarte que yo, aunque tuviera muchos millones, suscribiría á ese pacto, si no fuera porque temo que tras la libertad económica se pierda la libertad intelectual, quién sabe si hasta la libertad del domicilio íntimo. En esto, como en todo, se tropieza siempre con el mal eterno, la ambición de *uno* que por egoismo invencible quiere centralizarlo todo en sí, la bajeza de la *masa*, que lejos de aceptar con alegría esa seguridad económica, para consagrar el tiempo libre á la dignificación espiritual, (único terreno en el que será lícita la acumulación de bienes, sin límite), dedicaría sus ocios á examinar si la repartición era justa, si los directores ó sus parientes y amigos no comían faisán, mientras la turba suelta se limitaba á engullir ternera ó pollo.

Mil veces he pensado y hasta he soñado si el socialismo no podría tomar una dirección espiritual y

hacer que el centro de la actividad humana, colocado hace tantos siglos en la conquista del dinero y á veces del pan, cambiase de sitio, neutralizando la vida económica por medio de un pacto que asegurase la manutención y dirigiendo todas las ganas de pelea hacia las regiones hoy polares del pensamiento; pero cada día me convenzo más de que todas las fuerzas de Hércules no bastarían para conseguir que, no ya un rebaño humano, sino el más débil de sus borregos se apartara de la alfalfa material que representa hoy el metal acuñado. El secreto de esa resistencia está en la necesidad de que exista algo universal al alcance de todas las inteligencias. Este algo no existe y hay que sustituirle con aproximaciones. En nuestro tiempo la aproximación empleada en el capital, la riqueza ó más vulgarmente el dinero. El que no es capaz de comprender este tema es un imbécil calificado, como en esferas más altas, en la del arte, por ejemplo, el que no comprende la emoción estética es reputado por tonto. En las inteligencias superiores hay un deseo constante á elevar ese algo centralizador ó unificador de la sociedad; en las inferiores, resistencias á los cambios de postura, que exigen ó un esfuerzo para continuar estando á *nivel* ó una degradación. Por lo cual la inmensa mayoría de los que piden el exterminio del capital no serían capaces de hacer nada después de exterminarlo sino es defender ó combatir lo que le sustituyese, v.gr., la distribución de medios económicos. Jamás la instruc-

ción, por muy universal y obligatoria que sea, llegará á producir nada en este sentido, porque la instrucción es solo medio que la mayoría no sabe ó no puede emplear. La instrucción artística tampoco puede darse en las escuelas. En suma, sería preciso multiplicar las formas públicas del arte, los juegos, los certámenes musicales y dramáticos, para que el arte tuviera tantos escalones como grados de mollera se registran en el mundo, dando por de contado que si hoy hay tantos que no comprenden el modo de ganar dinero, cosa tan fácil, mañana habría más que no entendieran jota, ni se interesaran por nada de arte, cosa algo más dificil por lo mismo que no es medio de conseguir cosas materiales y universales sino idealidad incomprensible para muchos é incapaz para emocionar á otros. Sólo en un estado tan ideal como este que de vez en cuando nos complacemos en figurarnos, sería eficaz el socialismo comunista y la extirpación radical de la idea de propiedad aplicada al yo, ó si no era posible extirparla, el abandono de la misma á los estúpidos Eucliones que siempre han existido como excepción en la sociedad y que hoy han conseguido democráticamente dejar en minoría á los espíritus generosos y despreocupados. Cuando á muchos les choca el malestar general en nuestro tiempo en que la vida ha mejorado tanto, dan ganas de tirarles á la cabeza el Evangelio, donde ya está dicho para siempre que el mal viene de dentro y no de fuera, que el descontento no es obra de la mise-

ria exterior sino de las malas pasiones interiores. ¿Cuándo ha de mostrarse contenta un alma de judío, devorada por el afán de atesorar y trastornada por las cábalas mercantiles? Nunca, porque lleva en sí la necesidad de marchar siempre en el mismo sentido y aunque consiguiera trasformar la tierra y sus habitantes en valores y poseerlos todos aun tendría que continuar trabajando, no por el afan del infinito de que se abusa tanto, sino porque el esfuerzo adquirido no le dejaría en paz, porque una vez que la máquina no puede pararse, hay que echarla algo para entretenerla. Cáese siempre en el mismo resultado, en que la causa de todos los males está en dar á la vida una tendencia dinámica artificial. El que se prepara con todos sus bríos para la lucha sepa que será devorado al fin, porque aunque venza á los demás no podrá vencerse á sí mismo y será destruído por esas mismas energías insaciables. Una sociedad cuyo objeto fuera realizado permanentemente, compuesta de individuos que viviesen sin objeto determinado y gobernada más por la fuerza de las cosas que por el arbitrio de las personas, sería una verdadera Jauja. Pero ocurre todo lo contrario: cada nación vive preparándose para realizar fines grandiosos, que son reventar á otra nación enemiga; cada individuo vive como una máquina, realizando su máximum de trabajo inutilmente puesto que todos van á ganar lo que tenían ya los otros, sin que de ello se consiga ventaja general; y cada día se publica una en-

salada de leyes nuevas que bastarían para desarreglar el mundo por muy arreglado que estuviese, y luego por única distracción hemosde montarnos en la bicicleta y correr tres ó cuatro mil kilómetros para desengrasar.

XXVIII

8 Noviembre 1894.

Siento que tu tardanza en escribirme sea motivada por las dichosas enfermedades; parece que de algún tiempo á esta parte sois víctimas de la jettatura de un médico mal intencionado; pero como no hay mal que cien años dure, confiemos en que después de estos tiempos turbios vendrán otros más serenos. Yo puedo darme por dichoso por este lado, pues mi familia está siempre rebosando salud. Tú tienes la suerte de estar al lado de la tuya y la desgracia de estar siempre preocupado con los achaques de los unos ó de los otros. Aquí de la ley de las compensaciones.

Aunque mi viaje sea muy rápido, no faltará tiempo para que nos intervievemos recíprocamente. Iré por San Sebastián y llegaré á más tardar el 20 á Madrid, donde estaré hasta el 22 ó 23, pues tengo compromiso formal y deseo de pasar la Nochebuena en el hogar doméstico. Tú me has corre-

gido muchas veces cuando decía *la casa* por casa ó mi casa, y á pesar de la corrección continúo y creo que continuaré siempre, aunque llegara á habitar un palacio de mi propiedad, llamando *mi casa* al molino de Granada, y la casa á cualquiera otra que habite aquí ó en Chicago. Después de dos años y medio iré á mi casa como el que vuelve de un paseo *corto;* las distintas *chambres garnies* por donde he ido y voy arrastrando mi personalidad, las considero como bancos públicos donde uno se sienta para descansar un momento. Te daré un detalle que te ilustrará sobre el caso, diciéndote que casi toda la ropa la tengo en las maletas desde que vine, así como los papeles, de modo que en quince minutos podría estar en la estación, sin haber dejado detrás de mí más que dos ó tres sombreros viejos y varios pares de botas ó zapatos usados. Las relaciones ó influencias del medio no pasan de ser puramente morales, y esto debe ser así, porque yo tengo fuerza de asimilación y no para ejercer influencia sobre los demás. La primera aptitud no necesita de hechos materiales que la favorezcan, pero la segunda no puede obrar sin apoyarse en ellos. Ahora mismo estoy yo aquí tan al corriente como si hubiera nacido en Amberes, y en cambio la gente que me conozca me creerá un extranjero tan cerrado que aún no puede moverse sin el plano de la ciudad en el bolsillo. La influencia mía tiene que ir de persona á persona, y aquí no he tenido aún ocasión de entrar en suerte. Re-

conozco que es muy fácil influir sobre las masas ó sobre las colectividades, pero para ello hay que emplear medios bajos ó que á mí al menos me repugnan. Hay que exteriorizarse y procurar que esta nueva forma no sea conforme á nuestro carácter, sino al carácter de la generalidad. En suma, fuera de aquellos contados casos en que un hombre por su posición, por causas heredadas ó adquiridas accidentalmente llega á tal altura que obrando con arreglo á sus ideas se impone á los demás, sin apelación, no hay medio de influir sino por la adulación rastrera ó disfrazada con nombres sonantes. Vicio de origen, pecado original que llevan sobre su puerca historia todos los campeones de la democracia, y en general todos aquellos hombres que no pudiendo sufrir la oscuridad y el silencio, se lanzan á ser algo *sobre* un comité, sobre una turba, sobre una colectividad ó sobre un pueblo, retocando diariamente la careta con que han de dar el pego á todos. ¿Acaso no sabemos de sobra que esa habilidad, mayor ó menor, para el engaño, es el mérito principal de los que imponen sus jefaturas y el único de aquellos que en fuerza de afinar la puntería para triunfar, se convierten en algo parecido á las gentes de curia, que saben todos los trámites é ignoran todas las leyes?

En lo que me dices de Alarcón, no sé si ver una reforma de tu juicio que no ha sido nunca favorable á mi paisano. Si lo leyeras después de conocer el terreno, le pondrías muy por encima de Pere-

do y á la altura de Pérez Galdós. Alarcón es un escritor castellano en la mejor acepción de la palabra; su color local no impide que sus obras sean nacionales, universales, cosa que no puede decirse casi nunca de Pereda, más poeta y más pintor, pero sin fuerza para sacar sus crías de la montaña. Alarcón es también mucho más pensador; no es ninguna novedad decir que en punto á cacumen científico ó filosófico, Pereda está por debajo de un seminarista. En cuanto á Galdós, su aparente superioridad está en haber venido después, en ser más observador y meterse más en el fondo de los asuntos. Pero por encima de esas diferencias, fijándose sólo en cómo ha realizado cada uno según sus procedimientos sus ideas artísticas, hay que reconocer en Alarcón una maestría consumada. Quizás, con haber escrito *Realidad*, no haya llegado Galdós al summum de perfección á que llegó en su estilo Alarcón con *El sombrero de tres picos*. Y conste que, á pesar de las afinidades que tú sacas á relucir, no me es simpático Alarcón ni mucho menos. Me ha chocado siempre en él su doblez, pues se ve claro que era un impío y sin embargo, aparece no se por qué, creo que no ha sido por interés bajo, como un creyente convencido. De Alarcón podría decirse que fué una naturaleza *problemática*, término de que abusan los alemanes para indicar las personas que no representan solución, que viven merced á la reunión de varios elementos cuyo resultado es siempre una

incógnita, porque el problema es insoluble. En cuanto á tus consideraciones sobre los árabes, nada más positivo. Los que hoy sirven en la Alpujarra, son castellanos enviados como colonos después de la conquista. La sangre árabe que queda aún en Granada, no influye, creo yo, mucho más adentro que lo que está á la vista, los ojos y sobre todo los labios. Los escritores que han salido de Granada, son los más clásicos entre los modernos, y el carácter granadino se explica más por la climatología que por la etnografía. Nosotros no hemos formado *nunca región*, después de la conquista de los Reyes Católicos.

XXIX

22 Noviembre 1894.

Te comunico que, después de seis meses de lluvias, llevamos varios días de sol, y que por aquello de la ley de los contrastes he cogido un catarro superior, que aparte de varias molestias me va á costar tres ó cuatro francos de lavandera. Ayer me fuí á Bruselas para distraerme y despejarme la cabeza y hoy la tengo más segura y he entrado en caja. Para ayudar mi curación han venido al pelo unas 160 botellas de toda clase de vinos, que me han tocado en el reparto de lo que no se devuelve de la sección española. Aunque ya he distribuído bastante y no me quedará ni la mitad, todavía si vinieras por aquí cogeríamos una pítima soberana. Tengo hasta champagne catalán y cognac cordobés. Lo más decente de todo es el aguardiente de Escatrón y el Jerez de Valdespino. Lo demás tiene mucho de *camelotte*. No sólo han sido vinos lo que ha caído de gorra: también hay alcaparras,

aceitunas sevillanas, nueces y avellanas y alguna otra porquería. Ahora mismo, después de almorzar, acabo de suministrarme una ración de almendras y avellanas fritas con sal y una botella de champagne. Te parecerá todo ello una porquería, pero yo te aseguro que me gustan estas mezclas y que el resfriado mejora mucho con ellas. Después de dos años de silencio me escribe mi amigo Schäfer. De profesor que era en un gimnasio de Wurtemberg resulta ahora en Winterthur (Suiza) de director de un *Lloyd*. También he recibido carta de F***, declarándose el más feliz de los mortales y deseándome, si me caso, la misma suerte que él ha tenido.

La verdad es que las personas que tienen aspiraciones vulgares disfrutan de períodos de tregua felicísimos; aquellos en que no se acuerdan de sus asuntos. F*** es un hombre que se consume pensando en los negocios y en la manera de medrar mucho y pronto; pero ahora el casamiento le da un compás de espera, y el buen ciudadano no *cabe* en sí de satisfacción interior. Deseando que continúe entregado á sus *deliquios*, me declaro una vez más enemigo de las dichas conyugales y de sus consecuencias. Sobre todo, la consagración pública del acto es cosa que hay que tener tragaderas de burro para aceptarla, á menos de estar en un período de optimismo á prueba de bomba.

Hace tiempo que leo en los períodicos artículos y sueltos sobre Monescillo y el Concilio Toledano.

Con este motivo veo que tu entusiasmo por el ilustre purpurado ha decaído y hasta ha desaparecido por completo. Yo no quiero meterme en lo que no me importa, pero sí afirmo que quien ame con sinceridad el catolicismo tiene motivos de sobra para suspirar por la venida de un régimen absolutista que paralice las tendencias disolventes que corren. Toda la alta sabiduría del Papa, la diplomacia profunda de León XIII, se reduce, por hoy, á una transacción honesta con los partidos triunfantes aquí y allá para sacar todo el partido posible. ¿Esta política responde á la convicción de que de estas flaquezas se han de sacar fuerzas para lo futuro ó á la idea de que el catolicismo ha perdido su fuerza propia, y antes que desaparezca hay que echarle tapas para que prolongue un poco la vida? A pesar de lo que se habla de la reacción católica, yo no veo, imparcialmente mirando, la tal reacción. ¿Qué importa que cuatro personas entendidas provoquen movimientos artificiales en pro de esta ó aquella idea, si el público, si la masa ha perdido la fe y ha desaparecido para siempre el fundamento del catolicismo (y de todas las religiones cristianas), el amor entusiasta y profundo de las doctrinas evangélicas? Ante tal estado de cosas hay dos caminos: uno que trata de abarcar mucho, debilitando el valor de las ideas; otro que trata de reducirse á la más pequeña expresión, acentuando el valor de esas mismas ideas. Los unos sostendrán el tinglado un poco tiempo hasta que desaparezca

del todo; los otros crearán una minoría resistente que durará uno ó dos siglos después que el predominio de las ideas católicas haya desaparecido. El fin de todos es dar en la nada, porque así como no hay vida orgánica permanente, no hay vida ideal permanente. La vida del catolicismo es ya milagrosa, y de aquí á dos ó tres siglos (á diez si quieres) no quedará de él más que un recuerdo histórico. Y en ese recuerdo figurarán en primera línea los que defendieron la idea con exageración, pero con entusiasmo, y en la cola los *prudentes*, los *diplomáticos*, los utilitarios en una palabra. He aquí por qué yo, sin ser católico y despreciando las pequeñas pasiones que hay en el fondo de muchas líneas de conducta, estoy con los *intransigentes*.

XXX

2 Enero 1895.

Recibida tu carta del 22, á la que contesto sin tardanza con el buen propósito de ayudarte á pasar la mala hora que sobre ti ha caído. Mala hora en sentido relativo, porque *bajo* el punto de vista económico, buena es y aun de las que entran pocas en libra. Después de todo, hay que reirse de esos trabajos. Ojalá no tuvieras otros peores en tu vida. Con ellos se experimenta el cansancio físico, precursor del sueño tranquilo y de las buenas digestiones. He oído decir que una de las grandes facultades de Gladstone era ó es la de dormir diez ó doce horas como un ser inorgánico. Ahí está el *quid* de su famosa resistencia y la explicación de esa caricatura que le presenta cortando árboles en el bosque de Hawarden. Es muy posible que trabajando tú como un arador te acostumbres á dormir mucho y bien. ¿Quién sabe si tu debilidad ó estado *abúlico* tendría su origen en el poco dor-

mir, que ha contribuído siempre á debilitar el cacumen y aflojar todos los tornillos y aun á secar la mollera?

Valga por lo que valiere, te aconsejo que recuerdes biografías de hombres notables y te fijes en una coincidencia muy repetida; la de que el salto mortal lo han dado cuando las penalidades de la vida les habían conducido á tener que sustentarse, si no de yerbas, al menos del producto de un trabajo rudo y gañanesco. Porque en estos trances acaso la voluntad aún vacilante ha adquirido el temple necesario para dar el último estirón sin hacerse añicos. Y ve aquí cómo se confirma lo que yo digo constantemente sobre la realidad del fatalismo y la ventaja que hay en dejarse llevar y formar y completar por los acontecimientos como si uno fuera un mueble. (No cito por esta vez la frase de Schiller, por la que me hiciste mofa.) Tú has tenido ocasión de irte á Madrid y no te has ido ni quieres irte, cuando hace poco lo deseabas, y te explicas el cambio por el amor al nido. No hay tal. Eso no es más que un pretexto con que te explicas tú una cosa no explicable á primera vista. Todos los actos instintivos, fatales, aparecen encubiertos bajo ciertos disfraces con los que voluntariamente nos engañamos para hacer como que obramos libremente ó por un estímulo libremente aceptado, cuando lo cierto es que somos maniquíes. En el fondo tú estás conforme con esto; sólo que tú aplicas el cuento de otro modo que yo. Tú di-

ces: ese esfuerzo constante del instinto favorece nuestro desarrollo material é intelectual, para que de cada quisque salga más fácilmente aquello que naturalmente debe salir. Ahí está el fin propio individual y no en otra parte. Yo no niego estas penalidades secundarias, pero creo que esas fuerzas propias son juegos infantiles; creo que siendo el instinto cosa de la especie, debe trabajar en pro de la especie, aunque nuestra pequeña vanidad sufra en ello. Si el instinto ó la fuerza conservadora de la especie pudiera hablar, cada vez que los hombres se han envanecido por un acto importante, les habría dicho, como á la pulga de la fábula: ¿Pero estábais ahí?

Ya es hora de acabar con esas contradicciones creadas por nuestro egoismo más ó menos amplificado. Cualquier fin que se atribuya en particular al hombre, ó á las especies animales, ó á la tierra entera y aun á nuestro sistema planetario, es un fin caprichoso, porque finis, lo hay, no puede haber más que uno, y los demás son incidencias á veces imprevistas que nada valen ni significan en absoluto. Es cierto que hay que poner mucha agua al vino cuando hablemos de tejados abajo, y que no es cosa de pegarle á quien se empeñe en creer que lo que hace se encamina á algún fin. Hay que tener tolerancia con los *yos* pequeños ó más grandes que se empeñan en sacar sus pequeñas cabezas por cualquier pequeño agujero. Quizás en esa obstinación se revela una vitalidad mayor del in-

dividuo y una aptitud mayor también para servir los ocultos planes de *quien* los tenga. Y creyendo yo, como creo, que no tenemos ningún fin que cumplir ¿cómo me atribuyes tú eso de que lo que se hace sea obra de la voluntad y la reflexión, y no de la naturaleza? Yo estoy convencido de que se debe hacer lo que buenamente salga, pero estoy más convencido de que salga lo que saliere no sirve para realizar ningún fin particular nuestro; de que vivimos atados á la noria, unas veces para dar vueltas en tonto, porque la noria está seca, y otras para sacar agua, sin saber si sale ó no, porque tenemos los ojos vendados para evitar el mareo. ¿Y de dónde sacas tú que con estas ideas haya de convertirse uno en un canalla? Yo las profeso cada día con más sinceridad y no me tengo por canalla, aunque sí reconozco que no seré muy útil á la sociedad. Comprendo hasta eso de dar vueltas alrededor de una noria seca, pero no que artificialmente se complique el aparato para que vaya uno sudando la gota gorda, cada vez tirando de un armatoste más pesado y luego para no sacar nada en limpio. Por esto odio con toda mi alma nuestra organización y todas sus infinitas farsas, y veré con entusiasmo todos los trabajos de destrucción, aunque sea yo el primero que perezca. No trato de reformar nada, ni de obtener nada, ni siquiera de protestar. Me lío la manta á la cabeza... y no para hacer una atrocidad, sino para no ver. Y si estuviéramos en los tiempos del marqués de Villena,

te juro que hacía pacto con algún mago para que me metiera en una redoma encantada y me dejara allí en paz varios millares de siglos, hasta que habiendo nacido alas á los hombres, pudiera resucitar con ellas y vivir dando tumbos en el espacio, comiendo aire á todo pasto y sin miedo de tropezar más que con algún pico del Himalaya ó cosa así.

No solo sé que se me obstruye el camino, sino que yo mismo me dedicaré á obstruírmelo, con objeto de no ir á ninguna parte; no temo á la cerrazón del horizonte porque no creo ni en el real, ni en el aparente; no amo la acción ni la contemplación, ni me encanta el misticismo ese convencional de los que después de una buena comida se elevan á las alturas para hacer una digestión espiritual. Cuando se es cínico, hay que vivir en el tonel como Diógenes, y cuando se es escéptico, hay que dejarse atropellar por el tren que viene resoplando, y morir creyendo que el tren es una ficción, y cuando se es cristiano, hay que serlo como San Francisco de Asis. Estos ejemplos son los que vivifican las doctrinas, pues aunque el hecho práctico destruya realmente la doctrina, ésta queda en pie, á pesar de los fracasos y hasta en virtud de ellos. Porque lo que afirma á la idea no es la demostración práctica (ésta podrá ser útil para la vacuna del Dr. Roux, ó cualquier otra zarandaja), sino la convicción personal. Si en el momento supremo, Jesús se hubiese acobardado, y

por medio de una *hábil* rectificación se hubiera librado de la cruz, toda la generosa moral evangélica valdría hoy lo que un episodio de la *Iliada*. Comparados con Jesús ó con San Francisco, nuestros místicos son pedagogos de cuatro al cuarto, que ponen una gran idea al alcance de los niños. Los más grandes entre ellos son Santa Teresa y San Juan, dos sublimes histéricos. No te ensanches, pues, ¡oh verdolaga! con el ejemplo de Santo Tomás, que bajo un sutil espíritu escolástico, encierra como creador de ideas una vulgaridad y crasitud dignas de cualquier capellán castrense. Y perdónenme sus manes y D. Alejandro Pidal y compañeros, resucitadores de la filosofía tomista.

No quiere decir esto que yo haga profesión de santidad ni siquiera de rectitud. Una vez que tantos redentores han redimido en balde y que la humanidad continúa mereciendo una lluvia de fuego cada mañana y un diluvio universal cada tarde, no hay que meterse á reformar más. Bueno está ya. Lo mejor es apartarse á un lado y no querer tocar pito en nada. ¡Abstine! Y si le cae á uno una teja encima, ¡Sustine! No aspiro tampoco á ser consecuente, porque si ahora practico estos que tú llamas disparates, es por dejarme llevar de la corriente... de mis ideas y no de las de los demás. Claro está que esas ideas pueden cambiar, porque no son mías, sino producto de las circunstancias y de mis instintos; y si éstos han variado poco, que yo recuerde, aquéllas quién sabe cómo serán mañana.

Pero no quiero hacer premeditadamente nada contra los deseos que yo mismo me noto muy claros y definidos, y que no pueden hacer daño á nadie más que á mí mismo, y no en la realidad, sino en el concepto vulgar de los aspirantes impelentes que hoy todo lo infestan. ¡Procura librarte de esa plaga!

XXXI

4 Enero 1895.

Entre plato y plato, durante el almuerzo, he leído tu última carta, en que me envías el tristísimo balance del año. Un poco que hay de verdad, sin duda, y un mucho que tú aumentas, forman la relación, que, por no faltar á la costumbre, adquiere de año en año mayor intensidad dentro del color negro, único de que está embadurnada tu paleta. Contra ese modo de ver, no cabe consuelo alguno, como no cabe consuelo cuando se muere una persona amada y sentida de veras. Las reflexiones, consejos y demás zarandajas de razón, resultan impertinentes y hasta enfadosas y ridículas; los motivos sentimentales son contraproducentes, porque si las ideas tienen la facultad de mezclarse y combinarse, los sentimientos íntimos no se combinan con otros, sino para destruirlos y para adquirir mayor fuerza, sin perder su carácter. Cuando sopla el mal viento y nos sentimos dominados por la

desesperación sin causa, que es la más terrible de las desesperaciones, todas las gracias y todos los chistes y todo cuanto en el mundo se ha inventado para hacer reir, no servirá más que para enfurecernos más contra nosotros mismos y lo demás, contra el yo y el no yo. Si hay medio de conseguir algo, éste es solo la exageración de ese estado agudo, que al llegar á cierto extremo no puede sostenerse más y da lugar á una reacción opuesta. En estos asuntos soy perito. Te diré, además, que cometes una gran torpeza suponiendo que esa situación sea producida por el vacío de tu vida, cuando la produce el vacío de la vida en general. Si tú tienes esa predisposición, no adelantarías nada cambiando de aires, ni de climas, ni de ocupaciones; *omnia mea mecum porto*, que decía Simónides, y no llevaba más que una túnica y el *resto del cuerpo*.

Lo que sí es cierto es que el pesimismo ó, mejor, la tristeza natural y espontánea, se refina con el uso y por el contacto con los objetos exteriores (entre ellos las personas), siendo relativamente menos desagradable sentir esa tristeza en esferas elevadas y por cosas elevadas, que sentirla al ras de tierra y por el contacto con las cosas más bajas. Con el tiempo llega uno á convencerse de que está de más en el mundo; que no hay fines propios del hombre, porque los únicos fines (que son la generación y conservación) son fines específicos, no individuales, que no hace uno nada esencial ó si hace algo es engendrar otro ser análogo ó peor, y

que todas las demás ocupaciones son formales ó imitativas y como eflorescencias que produce el roce orgánico. Somos ni más ni menos que motores; trabajamos para tirar de un peso, para producir movimiento, para dar este ó aquel resultado *útil*. Pero el motor ¿qué es en sí? Parece algo, porque puede funcionar solo, porque echa chispas ó vapor ó humo; pero su razón de ser es la máquina. Así, nosotros, para que el engaño sea más agradable, echamos varias cosas hacia fuera y creemos que son algo, siendo así que lo que hay positivo es la máquina de nuestra especie, á la que vamos uncidos como esclavos.

No sé si estos pensamientos nacen de la melancolía ó si son ellos los que al contrario la engendran; lo que sí sé es que cuando el hecho ocurre no tiene vuelta de hoja. Y es tal la fuerza atractiva de las ideas tristes, que una vez que se enseñorean de nuestro ánimo nos hallamos muy felices con ellas y no las cambiaríamos por las más optimistas y regocijadas de los que viven bien avenidos con sus rutinas fisiológicas. Las consecuencias de este modo de ver son las de la moral panteista ó las de la moral estoica, sin meterse en dibujos. Son las mismas que yo te he repetido siempre cuando ha tocado hablar contra el amor y la propiedad. Un hombre es un motor de cinco caballos, un hombre con diez cortijos es un motor de diez; y como el objeto es no mover nada material (antes al contrario moverse uno solo si es posible), hay

que dar de lado á la propiedad mueble, inmueble y semoviente y convertirse al cristianismo puro, al de los mendigos de corazón, primeros discípulos del Mesías. Asimismo hay que sacudirse del yugo del amor, en el que no caben más que tres grados á cual peor: 1.° el de burro padre, 2.° el de *fournisseur* ó empresario de espectáculos, 3.° el de *dupe*, ya en el género Werther, ya en el F***. Dígase lo que se quiera, todo requiere un fin en el mundo, y el gran desencanto llega cuando en el fin más alto se descubre el vacío. Un amor sin objeto es muy bonito, pero muy poco consistente; un amor con objeto es más prosáico, más duradero y embrutecedor en demasía; porque ese objeto es la cría de los hijos, en los cuales no sólo no está la finalidad del padre, sino que tampoco puede estar la suya propia. Así todo lo que el hombre crea tiene fines aparentes que se alejan como el horizonte visible; el horizonte está en los ojos y no en la realidad, y nuestro fin, que es cooperar á una obra inacabable, aunque tenga un valor real, es inapreciable y hasta digno de desprecio.

Como demostración de que fuera de esa aplicación práctica de esta existencia, no existe nada que pueda considerarse con un fin, no hay más que fijarse en lo que significan, por ejemplo, la ciencia y el arte. Ambos amplían la vida real completándola aparentemente y modifican «los modos de vivir». Una idea puede cambiar una sociedad, no se sabe si para daño ó si para provecho, pues siempre hay após-

toles convencidos del progreso y entes refractarios á todo lo que sea apartarse de la monda y lironda naturaleza. (Y éstos son los prudentes.) Pero nótese que todos esos lujos que nos permitimos ó que se permiten los pueblos iluminados por la antorcha del genio, son tolerados por la cachazuda naturaleza á condición de que no se falte á lo convenido; en cuanto el progreso daña demasiado á las funciones de reproducción, vienen los bárbaros, las reservas del orden, y vuelve todo á su primitivo estado, que es el de la fornicación permanente. No dejarás de notar que con poco trabajo podría sacar de aquí un sistema de filosofía de la historia, una fisiología de la historia, bastante superior á todo lo fabricado hasta el día; pero aquí cuelgo la péñola, y me dejo de generalizaciones, puesto que mi idea ha sido solamente inculcarte el odio á ese último asidero del arte á que te agarras. Por vía de distracción venga todo en buen hora, pero nada vale la pena de molestarse. Plantéese este dilema:

¿Quiero ser útil ó inútil en este mundo á que he llegado en mal hora?

Sí. Pues me caso de este ó aquel modo, con una ó varias.

No. Pues me dedico á tomar el sol y á pedir limosna, si no me vienen á mano medios fáciles para ir rellenando el pellejo.

En ambos casos puedo permitirme la satisfacción de entretenerme con mis imaginaciones para disfrazar las miserias de la vida é impedir que se

acerque la idea del suicidio, que no resuelve nada tampoco, si como es de temer tenemos varias ediciones, y cuanto antes nos inutilizamos tanto antes nos echan tapas y medias suelas en el laboratorio de las almas, para lanzarnos á funcionar de nuevo en este planeta ó en otro, si hay varios que nos ayuden en estas faenas.

ÍNDICE

OBRAS PUBLICADAS

DE ANGEL GANIVET

GRANADA LA BELLA. *Un tomo.* (Agotada.)

IDEARIUM ESPAÑOL. *Un tomo.*

LA CONQUISTA DEL REINO DE MAYA POR EL ULTIMO CONQUISTADOR PIO CID. *Un tomo.*

LOS TRABAJOS DEL INFATIGABLE CREADOR PÍO CID. *Dos tomos.*

CARTAS FINLANDESAS. *Un tomo.* (Agotada.)

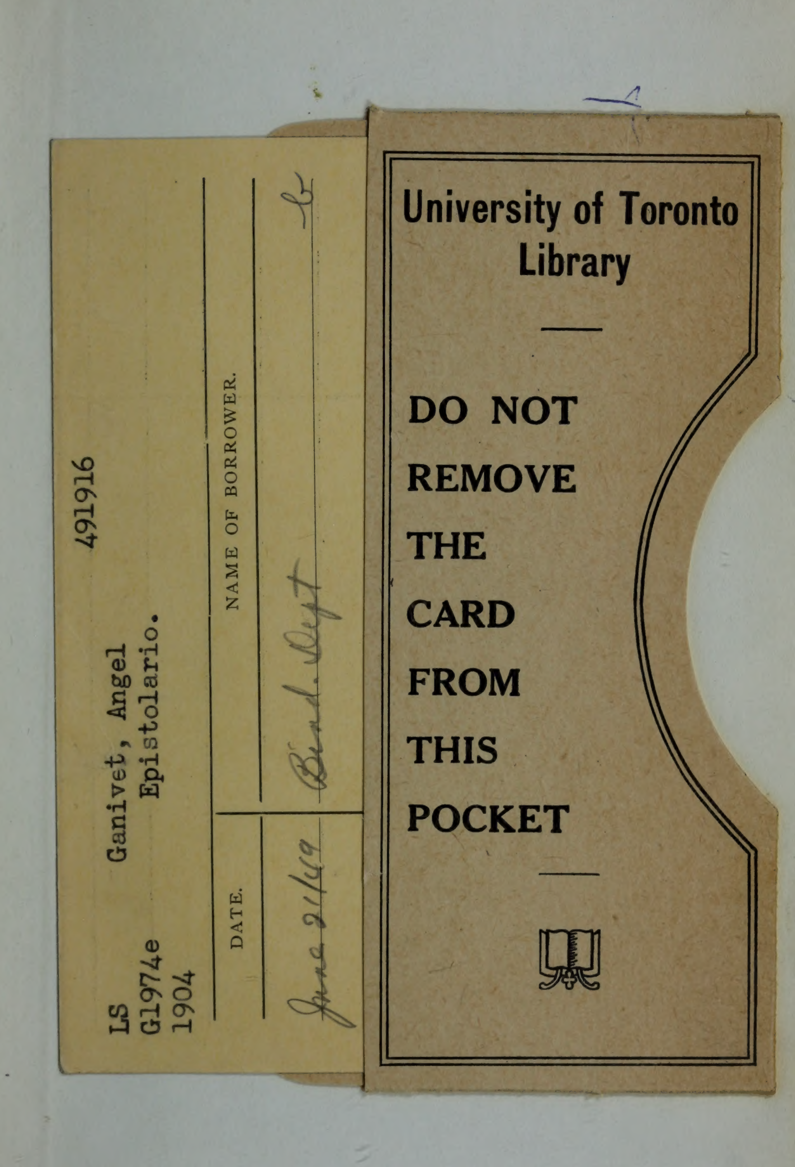
HOMBRES DEL NORTE. *Artículos publicados en el* Defensor de Granada.

OBRAS INÉDITAS DEL MISMO AUTOR

EPISTOLARIO COMPLETO. *Varios tomos.*

EL ESCULTOR DE SU ALMA. *Tragedia mística en tres actos.*

candondo
siliugo
gamuzas
tangarillos
83
arrendajo
Catolicismo
176 - sidenas


University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
LS
G1974e
1904
Ganivet, Angel
Epistolario.
491916
DATE.
NAME OF BORROWER.
June 21/49
Bind. Dept